



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

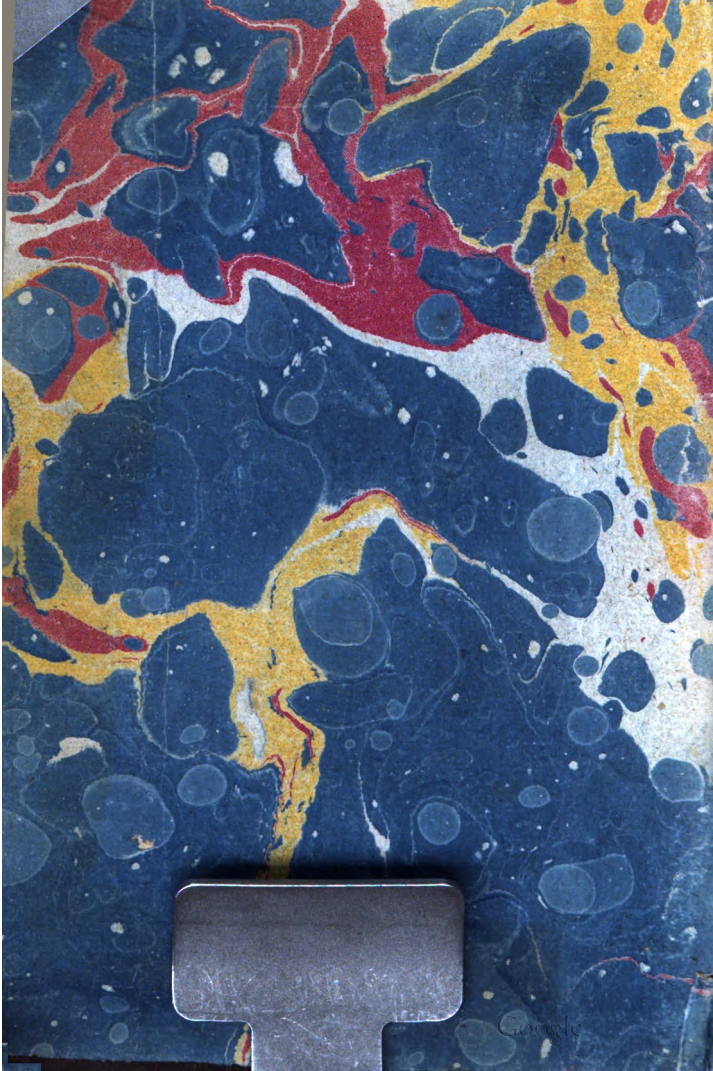
Asimismo, le pedimos que:

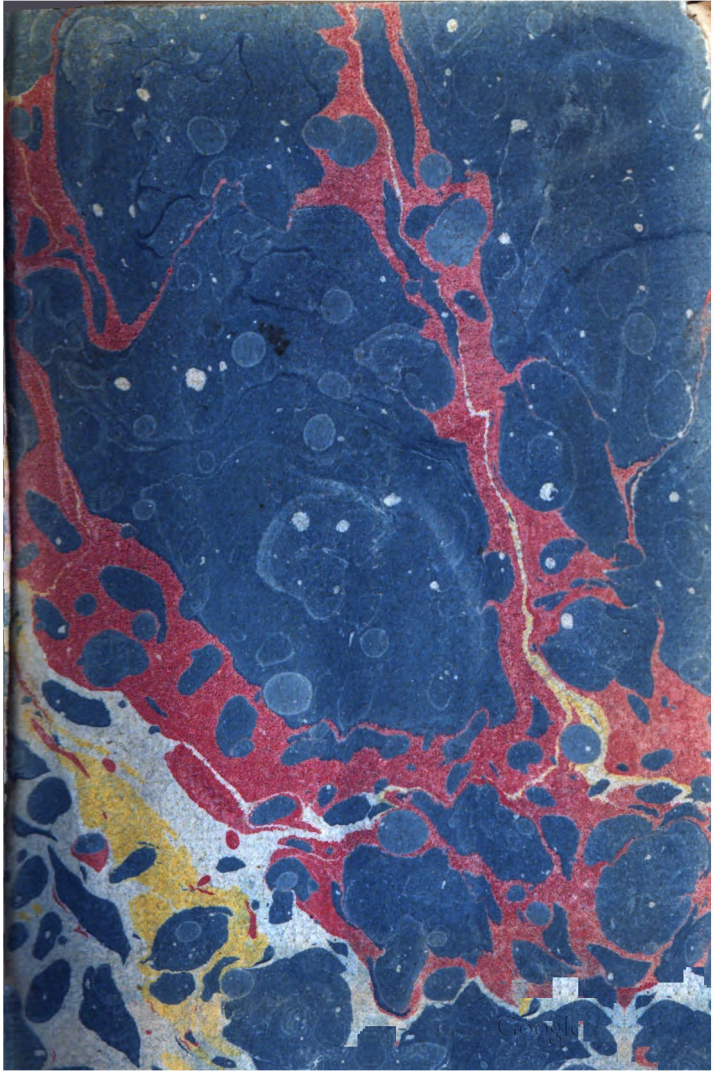
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>







S. L. - 648.

2-10-No 648

~~132a~~ S

~~137a~~ S

APOLOGÍA
DE LOS RELIGIOSOS,

ESCRITA EN GRIEGO

POR

S. JUAN CRISÓSTOMO,

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR EL PRESBITERO

EUSEBIO PANPHILO.

9142



MADRID

IMPRENTA DE IBARRA

1814.

ALBA

1913

1913

1913

1913

1913

1913

1913

1913

1913

1913

1913

1913

1913

PREFACIO

DEL TRADUCTOR.

En el qual se da una idea general del origen, progresos y decadencia del estado religioso, que sirve de introduccion para leer con mas fruto la Apologia de S. Juan Crisóstomo.

La profesion religiosa, que separando los hombres de la corrupcion del siglo los consagra enteramente á Dios, no se puede dudar que sea de institucion divina ; pues consiste principalmente en practicar dos consejos que Jesucristo nos ha enseñado en su santo evangelio, es á saber, en renunciar al matrimonio y á la propiedad de los bienes temporales, abrazando la continencia y la pobreza voluntaria. Desde el principio de la iglesia hubo muchas personas de ambos sexos que no contentos de cumplir los preceptos

(IV)

del evangelio se resolvieron generosamente á practicar los consejos, viviendo de un modo mas regular que los demas cristianos retirados en sus casas , aplicándose á la leccion de las divinas Escrituras, á la meditacion de las verdades santas, y á la penitencia. Los obispos dirigían su vida y velaban sobre su conducta de un modo mas particular , que sobre la del comun de los fieles.

Muchas de estas personas conociendo los peligros á que estaba expuesta su virtud , viviendo con los hombres en medio de la corrupcion del siglo , ó desconfiando de poder resistir al furor de las persecuciones para librarse de un naufragio horroroso, se retiraron á la soledad, como S. Pablo el primer hermitaño, y otros muchos santos, cuyos nombres no han llegado hasta nosotros , ó porque murieron muy pronto en lo mas horrible de las persecuciones , quando estaba enteramente interrumpida la comunicacion entre los cristianos ; ó porque

la providencia divina por sus altos designios no ha querido manifestarlos al mundo.

S. Antonio el grande, que fué uno de los que se retiraron al desierto huyendo de la corrupcion del mundo para entregarse enteramente á los ejercicios de una vida penitente y laboriosa, despues de haber vivido mucho tiempo en la soledad, exercitándose en todo género de virtudes, y haber llegado á un grado muy alto de perfeccion, empezó á reunir muchos discípulos, á formarles en la virtud, instruirles y dirigirles en este género de vida, inspirándoles con su doctrina, y con el exemplo el amor á la soledad, al trabajo, á la mortificacion, á la penitencia y á la oracion. Los discípulos que se ponian baxo de su direccion eran tantos, que fué necesario fundar varias comunidades, que todas eran gobernadas por este santo abad, y seguian la regla que les habia prescripto.

Al exemplo de estos monasterios

se formaron otros muchos en Egipto, y en otras partes. S. Pacomio fundó los de Tabenna, y los gobernó mucho tiempo, dándoles la regla que habia recibido de la mano de un ángel. San Hilarion discípulo de S. Antonio los fundó en la Palestina, y se extendieron muy pronto por la Siria, y S. Basilio en el Ponto y la Capadocia, dándoles una regla excelente que es un compendio de toda la moral cristiana. De este modo el estado monástico que se estableció en la iglesia en tiempo de la paz de Constantino, se extendió rápidamente por todo el imperio de Oriente, y aun hasta la Etio-
pia, la Persia y las Indias.

Estos monges al principio eran pocos, y vivian treinta ó quarenta juntos en cada casa, y treinta ó quarenta de estas casas formaban un monasterio, que por consiguiente comprendia mil doscientos, ó mil seiscientos monges. Todos estos monasterios estaban baxo la inspeccion y dependencia de los obispos. Los mon-

ges se juntaban los domingos, y las principales festividades del año en un oratorio comun donde oían la misa de un presbitero secular que iba á celebrarla.

Cada monasterio tenia un abad que lo gobernaba, y baxo sus órdenes habia otros subalternos que tenian la inspeccion de las obras en que se ocupaban los monges, y velaban sobre su conducta. Todos los monasterios desde su origen, no reconocian sino un solo gefe, con el qual se reunian para celebrar la pascua algunas veces hasta el número de cincuenta mil, solamente de los monasterios de Tabenna. Porque ademas de estos habia otros muchos monasterios en otras partes del Egipto, como los de Scete, de Oxîrinca, de Nitria y de la Mareote: Estos monges de Egipto practicarón con mayor rigor la vida monástica, y siempre se les ha mirado como los modelos mas perfectos.

Su vida se reducía á la soledad, al ayuno y á la oracion, como se ve

por las vidas de los PP. escritas por S. Gerónimo, Teodoreto, y otros autores muy antiguos, y por las obras de S. Juan Crisóstomo y de Casiano. Su soledad consistia en separarse del trato de las gentes, retirándose á los desiertos y á los montes inaccesibles en medio de las rocas, y rodeados de arenales inmensos, secos y estériles. Regularmente se establecian en los lugares donde habia agua. Sus celdas eran de cañas, ú otra materia ligera. Nadie les disputaba el terreno, y no era necesario pedir el permiso para restablecerse. Quando se acercaron á las ciudades determinó el concilio de Calcedonia, que no se fundára ningun monasterio sin consentimiento del obispo.

Estos santos monges consideraban el trabajo de manos como indispensable y esencial de la vida monástica, que estaba destinada á la mortificación y á la penitencia. Se proponian el exemplo de los patriarcas y profetas, que todos se habian ocu-

pado en los ejercicios corporales, y el de Jesucristo, que hasta que habia empezado su vida pública se habia ocupado trabajando en el taller de un carpintero que se reputaba por su padre, por cuya razon, como leémos en el evangelio, le llamaban comunmente hijo del carpintero; y se acordaban tambien, que despues que pecó el primer hombre, Dios condenó á Adan y á toda su posteridad á ganar el pan con el sudor de su rostro en pena de su pecado, para que este trabajo sirviera de penitencia para expiarle.

Los monges trabajaban para evitar la ociosidad tan perjudicial á la virtud, para domar el cuerpo, y para ganar su vida, sin ser gravosos al próximo, entendiendo á la letra la sentencia del apóstol (a): *Que el que no trabaje, que no coma*. Sus trabajos eran fáciles, compatibles con la tranquilidad del espíritu, como hacer esteras, cuerdas, canastillos, papel ó telas. Esto

(a) II. Thesalon. III. 10.

es lo que mas comunmente se practicaba en Egipto; mas no dexaban de ocuparse en todos los monasterios de este pais en otros trabajos muy penosos; y S. Juan Crisóstomo nos refiere en su apología, que en otras partes se ocupaban en plantar, regar, llevar agua, y otros oficios no menos pesados.

Ayunaban todo el año menos los domingos, y el tiempo pascual. Quando no ayunaban, no comian sino pan, dátiles, aceytunas y frutas secas, ó yerbas sin estar aderezadas, y no bebían sino agua. El pan no excedia la cantidad de una libra romana, es á saber, de doce onzas que lo repartian en dos comidas frugales que hacían la una á nona, y otra por la noche. Los dias de ayuno comian lo mismo, sin otra diferencia que adelantar un poco la primera comida. Esta penitencia duraba toda la vida sin ninguna variacion, lo que la hacía mas insoportable á la naturaleza.

Sus oraciones estaban arregladas con la misma prudencia. Solas dos

veces al dia se juntaban para orar, y en cada una de ellas rezaban doce salmos con doce oraciones, una al fin de cada salmo, y dos lecciones de la Escritura. Doce hermanos de pie en medio de la comunidad cantaban alternativamente los salmos, uno cada uno, los demas estaban sentados, oyéndolos y meditándolos. Lo restante del dia lo pasaban trabajando y orando. De este modo se ejercitaban en la filosofía cristiana para purificar su corazon, y merecer la recompensa de ver á Dios

Se formaban ideas nobles, altas y magníficas de Dios, meditando con la mayor aplicacion las verdades santas que la Escritura nos enseña, y explicándolas por sus palabras y sus acciones con la mayor sencillez. Así su devocion era grande, sencilla y sólida. Tales eran los monges de Egipto que tanto celebran todos los sábios y santos de aquellos tiempos, y que fueron el asombro de los mismos gentiles. S. Basilio, S. Gregorio Nacian-

ceno, S. Gerónimo, Casiano y otros grandes santos fueron á visitarles, y hallaron en ellos mayor perfeccion y virtudes que la fama publicaba. San Atanasio y S. Gerónimo los hicieron conocer en Roma, y luego se excitó en muchas personas piadosas el deseo de imitarles, y así se introduxo en Occidente la vida monástica. Las gentes del siglo miraron al principio con desprecio á los monges, y hicieron la burla de ellos; mas Dios que dirigía esta obra de un modo particular la hizo prosperar, disipando todas las dificultades, y venciendo todos los obstáculos que oponia el demonio, siempre enemigo de Dios, á una obra tan santa. Por lo qual la vida monástica que al principio habia sido el objeto de la burla y del desprecio de los mundanos, fué despues muy estimada, y el objeto de su admiracion, y así en muy poco tiempo se vieron las islas del mar de Toscana llenas de monges, y desde allí se extendieron por todos los reynos y provincias.

Quando S. Agustin murió nos dice Posidio en la vida de este santo, que habia en África muchos monasterios , los quales es verosimil fueron fundados por el mismo santo que miraba con el mayor afecto , y defendia con el mayor vigor una profesion tan santa.

Doscientos años despues que estaba establecida la vida monástica en Occidente, S. Benito que la profesaba, y habia vivido en la soledad con algunos monges , escribió su regla para el monasterio que habia fundado en el monte Casino que está situado entre Roma y Nápoles , suavizando en esta regla la austeridad y rigor de las de los monasterios de Oriente.

Esta regla concede á los monges el uso del vino , y dos platos ademas del pan , y no obliga á los monges á que ayunen todo el año. Este gran santo proponia su regla , no como un modelo de perfeccion , sino como un principio de ella , y esto lo hacía, dice el papa S. Gregorio , que la ha-

bia practicado mucho tiempo , con mucha discrecion sin duda , porque el fervor se habia apagado mucho , y quiso en esta parte acomodarse á las circunstancias del tiempo , y á la flaqueza de los hombres, dándoles como el apóstol S. Pablo á los reciénconvertidos leche como á niños en la piedad , reservando alimentos mas sólidos para su mayor robustez.

S. Agustín apóstol de Inglaterra fundó en aquella isla algunos monasterios , poniéndolos todos baxo la regla de S. Benito. La España estaba tambien poblada de monasterios , en los quales la vida monástica estaba en su mayor vigor. La constancia con que sufrieron muchos monges los mas rigurosos tormentos en la invasion de los árabes , y el celo ardiente que mostraron en la defensa de la fé , es una prueba clara de esta verdad. De estos monasterios tan célebres en la historia de nuestra iglesia salieron hombres muy grandes en santidad y letras para ocupar las prin-

principales sillas de las iglesias de nuestro reyno. Los monjes aunque perseguidos por todas partes en estos tiempos calamitosos no dexaron de sostenerse, protegiéndolos Dios de un modo muy particular , y haciendo que los mismos árabes tan enemigos de nuestra religion , reconociendo y admirando su virtud los dexaran pacíficos en sus monasterios.

En el siglo nono el estado monástico habia perdido mucho de su antiguo fervor, y se habian introducido en los monasterios muchos enormes abusos. Las guerras, las incursiones de los enemigos, el desorden general que reynaba por todas partes, los saqueos é incendios de los monasterios obligaron los monges á abandonar sus casas, y á vivir con las gentes del mundo. Este trato les hizo perder el espíritu de recogimiento, de piedad y penitencia , y no es extraño que quando volvian á los monasterios conserváran muchos abusos contrarios á la regla, y viviéran con poca regulari-

dad. Mas nunca faltaron en los monasterios hombres muy exemplares que habiendo conservado su inocencia en medio de la corrupcion del siglo, encendian despues con su conducta exemplar, y con sus piadosas exhortaciones el fervor y el amor á la disciplina que se habia entibiado en otros. Sin embargo de la gran relaxacion que se habia introducido en los monasterios por las causas que dexamos dicho, es constante que la vida de estos monges en aquellos tiempos infelices era mucho mas regular que la de los seculares, en los quales no se veía por lo comun sino una sombra de religion acompañada de supersticion, ignorancia y vicios abominables.

Dios que velaba de un modo muy particular sobre una institucion tan santa y tan útil para su iglesia, suscitó en este tiempo grandes santos, llenándolos de celo y de piedad para restablecer en los monasterios la observancia regular, y salvar de este mo-

do infinitas almas, que sin este recurso hubieran perecido en medio de la corrupcion del siglo. Tales fueron el venerable abad Bernon, el monge Hugo, S. Odon, S. Odilon y otros, los quales restablecieron en algunos monasterios de Francia la regla de S. Benito en toda su pureza, como en el de Cluni, que tuvo tantos hombres célebres en virtud y letras. Sin embargo del celo que emplearon estos santos hombres en arrancar y destruir todos los abusos, que por las desgracias y calamidades del siglo se habian introducido en los monasterios, y del fervor que habian inspirado á los monges, pasado algun tiempo despues de su muerte se empezó á entibiar, y al cabo de doscientos años cayeron en tanta relaxacion, que Dios llenó de su espiritu, y de una ciencia divina, al célebre S. Bernardo para reformar el Cister y otros muchos monasterios, así en Francia, como en Alemania, España y otros reynos, de manera, que el

orden monástico se vió en muy pocos años restablecido en su antiguo esplendor, llenando de admiracion á todo el mundo, conciliándose la estimacion de las gentes por todas partes con su santidad, virtudes y ciencia. Acia este tiempo ó muy poco despues se apoderó de las gentes el espíritu de compuncion y de piedad, en tanto grado, que muchas almas piadosas transportadas con estas ideas se creyeron llamadas de Dios para fundar nuevas religiones, de manera, que el concilio de Letrán en 1215 se vió precisado á mandar absolutamente que en adelante nadie estableciera nuevas órdenes, para que la diversidad de ellas no causará confusion en la iglesia; y que los que quisieran hacerse religiosos entráran en alguna de las aprobadas.

Sin embargo de este decreto tan sábio, despues de este concilio se han establecido mas órdenes en dos ó tres siglos, que en los doce primeros de la iglesia. Las principales fueron las

de los mendicantes fundadas por dos grandes santos llenos de celo y del espíritu del Señor, es á saber, Santo Domingo de Guzmán y S. Francisco de Asís. Los primeros discípulos de estos santos estaban llenos de un celo ardiente por la salud de las almas, de un desinterés perfecto, de una profunda humildad, y de una paciencia invencible. Con estas virtudes inspiraron á los pueblos que estaban muy corrompidos el espíritu de caridad y sencillez cristiana, empleándose sin cesar en el misterio de la predicación, y en las demás funciones ordinarias de los pastores, que comúnmente estaban abandonadas por la ignorancia y descuido de los legítimos pastores, y muchas veces por sus vicios y desórdenes. Y así es de creer que Dios que no olvida jamás á su iglesia, se sirvió de estos dos grandes santos, y de sus discípulos para reformar las costumbres de los fieles, sostener la fe, inspirar la piedad, y restablecer la iglesia en su antiguo esplendor.

Como la avaricia, el lujo y la vanidad habian introducido por todas partes aun en los mismos monasterios una vida sensual y voluptuosa, haciendo vivir á las gentes en la dissipacion de espiritu, y en la insensibilidad de las cosas espirituales, por esta razon S. Francisco quiso que sus discipulos renunciáran en particular y en comun á la posesion de los bienes temporales, para que con su exemplo siempre vivo, y puesto á los ojos de todo el mundo, aprendieran los seculares á mirar con desprecio los bienes de este mundo, y volvieran sus pensamientos y deseos á los bienes del cielo. Los filósofos paganos quisieron corregir el mundo de la misma manera; pero su exemplo no produjo ningun efecto, porque estaba acompañado de mucha vanidad y orgullo, y destituido de aquellas virtudes que lo hacen tan recomendable y eficaz.

No teniendo nada estos buenos religiosos, y trabajando incesantemente en la conversion de los pecadores,

era muy justo que vivieran de la limosna de los fieles, pues si les repartían las cosas espirituales también debían los que las recibían hacerles parte de las temporales que ellos tenían. Por otra parte ocupados de noche y de día en meditar, estudiar, escribir y correr de unas partes á otras, donde la necesidad les llamaba; ó el espíritu de Dios les dirigía como hacían los apóstoles, ¿cómo es posible que pudieran emplearse en el trabajo corporal para ganar su vida? Es cierto que S. Pablo lo hacía así; pero la Escritura no dice que hicieran lo mismo los demás apóstoles; y aun el mismo santo recibía limosnas de los fieles, y nos dice que los que trabajan en el ministerio de la conversión de las almas, es muy justo que las recibían. Por otra parte eligieron el estado de mendicidad, como el mas vil y abatido entre los hombres, como el mas apropósito y mas conveniente á la profunda humildad de que estaban penetrados. Es cierto que S. Pau-

quiso su fundador en su testamento
 habia mandado á sus discípulos que
 trabajáran, y que todos los hermanos
 se aplicáran á algun trabajo honesto,
 no permitiendo que recurran á la men-
 diguez, ó como se explica el mismo
 santo á la mesa del Señor, pidiendo
 de puerta en puerta, sino en el últi-
 mo apuro; mas el papa Gregorio no
 explicando por una bula la regla
 del santo declaró, que no estaban
 obligados á observar lo que en su tes-
 tamento les habia mandado. Con efec-
 to, el trabajo de manos era incompati-
 ble con las funciones para que esta-
 ban destinados, que eran la instruc-
 cion de los fieles, y la conversion de
 los pecadores; y así se dedicaron al
 estudio, substituyendo ésta ocupacion
 al trabajo de manos. Se aplicaron á
 él con intenciones muy puras única-
 mente por la gloria de Dios, y el
 bien de sus almas, y con tan buenas
 disposiciones hicieron progresos muy
 rápidos en todas las ciencias de la re-
 ligion, y tuvieron infinitos escritores

muy célebres que trabajaron con grande utilidad de la iglesia, y de los fieles en la explicacion de la Escritura y defensa de los dogmas contra los hereges de su tiempo. Todo el mundo sabe que lo son y serán hasta el fin de los siglos en esta parte Santo Tomas y S. Buenaventura, el primero por la exâctitud del raciocinio, la claridad de las ideas, y el orden admirable que les ha dado, merece el primer lugar entre todos los teólogos, el segundo por su piedad tierna, la claridad de su estilo, y su solidez, ha merecido la estimacion de todas las gentes. En la escuela de estos dos grandes hombres se han formado todos los teólogos, que en los siglos posteriores han hecho tanto honor á la iglesia con sus sábios escritos, y se han adquirido con ellos una gloria inmortal. Los religiosos mendicantes mas instruidos que los de las otras órdenes, y que los mismos seculares ocupaban las cátedras en las universidades, y en las iglesias, trabajando

sin cesar , instruyendo á las gentes y supliendo la negligencia , ó la incapacidad de los pastores y prelados.

A pesar del fervor con que habian empezado estos religiosos , y de la edificación que habian causado á todos los fieles por su celo , su desinterés , y otras virtudes que los hacían tan recomendables , no pasó mucho tiempo , sin que se les viera caer en grande relaxacion , pues treinta años despues de la muerte de S. Francisco, S. Buenaventura su general en la carta que escribió á todos los provinciales y custodios les acusa de defectos públicos muy considerables y escandalosos , que les hacían odiosos á todo el mundo. Despues de la muerte de este grande santo se aumentaron los abusos con el motivo del cisma que dividió toda la orden entre los frailes espirituales , y los de la observancia comun. Esta relaxacion á manera de un contagio se comunicó rápidamente á casi todos los monasterios , y se vieron la mayor parte de

los religiosos envueltos en esta fatal ruina. En los monges ya no se veía el amor al retiro; la frugalidad, el desinterés y la mortificación que les hacían en otro tiempo tan venerables, sino la sensualidad, la molicie, la avaricia, la curiosidad, la opulencia y la vanidad. Salían de sus monasterios sin permiso de los superiores, comían con los seculares, vestían con mucho lujo, y se ocupaban en los juegos y diversiones del mundo, pasando muchos su vida en la mayor ociosidad. Los mendicantes habían substituido al desinterés una avaricia sórdida que les hacía pedir con tanta importunidad que se hacían odiosos á todo el mundo; al retiro una vida vagabunda que les hacía correr de pueblo en pueblo, y de casa en casa, siendo molestos á sus huéspedes, y escandalizando á los fieles en lugar de edificarles; á la humildad una fiereza que los hacía insupportables, y en fin al estudio y aplicación una ignorancia grosera en las

materias de religion, que fué la causa de que se introduxeron en el pueblo tantas devociones nuevas que hicieron olvidar en una gran parte de las gentes el espíritu del evangelio, quiero decir, las grandes virtudes que Jesucristo nos ha enseñado, como la humildad, la mortificacion, la modestia, la paciencia y el amor de Dios y del próximo que constituyen el espíritu y la vida del cristianismo. El pueblo recibe siempre con gusto las devociones nuevas, porque cuesta muy poco cumplir con ellas sin que el corazon se haga mejor. Y así se vé frecuentemente que muchas personas son puntualísimas en el cumplimiento de estas devociones, lo que las llena de un orgullo farisaico, y de una soberbia diabólica, y persuadidos que estan llenos de virtud á la sombra de esta piedad aparente que se presenta á los ojos de los hombres, crecen y se fortifican los vicios mas enormes. En ningunas personas se suele ver ma-

yor orgullo, la vanidad mas estúpida, la avaricia mas sórdida, la ambición mas refinada, y muchas veces la sensualidad, y las torpezas mas abominables; y así el amor propio seducido y engañado, defiende todos estos vicios con las devociones aparentes para que puedan estar en el corazón con quietud y tranquilidad.

No quiero decir que los religiosos con las devociones nuevas se hayan propuesto este fin, ni mucho menos que hayan querido introducir en la iglesia una devoción meramente superficial, antes bien estoy íntimamente persuadido que las han propuesto con el fin recto de encender la piedad en el corazón de los fieles, y para esto les habrán dado todas las instrucciones correspondientes; pero la malicia humana que abusa de todo, se ha servido torpemente de este medio tan santo para cubrir sus vicios. De este naufragio casi universal se salvaron los discípulos de santo Domingo que siempre constantes en

seguir la regla de su santo fundador, conservaron por todas partes el espíritu de recogimiento, de penitencia y de mortificación. Aplicados sin cesar al estudio de la doctrina de santo Tomas, de la Escritura y de los PP. defendieron siempre la moral pura, y dieron á los pueblos las instrucciones mas sólidas, enseñándoles con la mayor claridad y solidez las verdades santas de la religion.

El grito general que se levantó por todas partes contra la relaxacion de los religiosos, los despertó de su letargo, y muchos superiores deseosos de la reforma, no hallándose con fuerzas bastantes para una empresa tan grande y tan difícil, imploraron la proteccion de la santa silla; y los papas siempre atentos y prontos á socorrer la iglesia que Jesucristo particularmente les ha encargado en la persona de S. Pedro han empleado su celo, sirviéndose de sus legados, y de los obispos para una obra tan grande, corrigiendo con sus sabios decretos

infinitos abusos, y dando las reglas
 mas santas y mas puras para resta-
 blecer en su antiguo esplendor un es-
 tado tan santo, tan útil y tan honorí-
 fico para la iglesia. El concilio de Tren-
 to puso la última mano en esta obra,
 y por medio de sus sábios decretos
 hizo salir de la obscuridad el estado
 religioso, acabó de corregir todos los
 abusos, lo puso en tanta brillantez,
 que muy poco tiempo despues se gran-
 geó con sus virtudes, su piedad y su
 ciencia, la estimacion de todos los
 católicos, y aun de los hereges mas
 sábios y menos preocupados. Sin em-
 bargo de florecer en todas las órde-
 nes la virtud y la ciencia, es preciso
 confesar, que en hingen tiempo ha
 tenido el estado religioso tantos y
 tan temíbles enemigos como despues
 del concilio de Trento. Los impíos,
 los hereges, y los falsos políticos se
 han reunido para atacarle con todas
 sus fuerzas y destruirle. Para este fin
 se han servido de todos los medios
 que la malicia mas refinada es capaz

de inventar. Han derramado á manos llenas sobre los religiosos las calumnias mas atroces, los cuentos mas indecentes, y las sátiras mas crueles, representándoles en los libros y en las conversaciones como gente ociosa, holgazana é inútil, y aun perjudicial, así á las familias, como al estado. Se han servido de las representaciones teatrales, de las estampas y figuras mas obscenas y mas indecentes para hacerles odiosos y despreciables al pueblo. Nada de esto nos debe parecer extraño en las tres clases de enemigos de que acabamos de hablar. Pues los impíos siendo enemigos declarados de la religion, es consiguiente que lo sean de todo lo que dice relacion á ella. Los hereges de los últimos tiempos, habiéndose declarado enemigos del celibato, no tardaron mucho en declamar contra los votos, y luego descargaron su odio y su bilis contra los religiosos y sus monasterios, y en muy pocos años se vieron estos monumentos de

la piedad enteramente destruidos en la Alemania septentrional, la Holanda, la Dinamarca, la Suecia, la Inglaterra, la Suiza, y en todos los países donde penetró la atroz y sanguinaria heregia. Los falsos políticos gobiernan el estado á su fantasía, sin respetar la ley primera, y la mas principal de las sociedades políticas, que es la propiedad, aumentan el tesoro público por los medios mas injustos, echando mano con los pretextos mas frívolos de lo sagrado y de lo profano. No hay monstruos mas horribles, ni enemigos mas furiosos del pueblo que estos hombres; pues por poco que se les tolere, los particulares pierden su propiedad, la nacion su libertad y su independencia, el despotismo por medio de estos hombres viles adquiere todos los dias nuevas fuerzas, y el pueblo cae en la mas vergonzosa servidumbre.

Lo que debe llenarnos de admiracion, es que los católicos y los que hacen profesion de piedad hablen de la

misma manera que los impíos y los hereges de un instituto tan santo, insulten á los religiosos, publiquen las mismas calumnias y fábulas absurdas é indecentes que aquellos con el fin de hacerlos odiosos y despreciables á las gentes. Este mismo desorden se vió en Antioquia, y en otras muchas ciudades del Oriente quando el emperador Valente empezó á perseguir á los monges. Muchos católicos imprudentes, incautos ó maliciosos, se juntaron con los arrianos para cooperar á sus designios en esta obra de iniquidad ó de furor y de locura, como la llama S. Juan Crisóstomo. Este padre lleno de dolor viendo una persecucion tan cruel y tan injusta contra unas personas tan santas, hizo la apología del estado monástico, con el fin de poner remedio á la especie de furor que se habia apoderado de los hereges de su tiempo, y de algunos católicos; y para que si en los tiempos futuros caían los hombres en la misma locura de perseguir á los

religiosos, hallasen en ella un remedio oportuno á sus males. Aunque el santo escribió esta apología para defender el estado monástico y los monjes, porque en su tiempo no habia mas religiosos que estos, la podemos llamar apología general de los religiosos, porque está fundada sobre unos principios que convienen, y son comunes á todas las órdenes religiosas. Esta obra elocuente fué recibida con tanto aprecio y admiracion luego que se publicó, que hizo cesar la persecucion, llenándose de confusion y vergüenza una gran parte de las gentes que se habian dexado arrastrar del torrente de los malvados.

Esta apología está dividida en quatro libros: en el primero manifiesta los peligros á que se exponen los que persiguen á los santos y amigos de Dios; que no les dañan á ellos, sino á sí mismos, lo que confirma con el exemplo de los judíos que hicieron morir á Jesucristo, y persiguieron á los apóstoles, por cuyo motivo Dios

los castigó de un modo tan extraordinario; y concluye este libro demostrando de quantos peligros se libran los que renunciando al mundo se retiran á los cláustros.

En el segundo convence á un padre gentil que estaba inconsolable, porque su hijo se habia retirado del mundo, y habia abrazado la vida religiosa, que su hijo es mas rico, mas ilustre y mas feliz, que si se hubiera quedado en el siglo, y esto lo hace con razones claras y convincentes, confirmandolas con muchos exemplos de los gentiles, y sentencias de los escritores griegos mas famosos.

En el libro tercero convence á un padre cristiano, que no debe oponerse á la resolucion que su hijo ha tomado de hacerse religioso, de donde toma motivo el santo para hablar con vehemencia contra el descuido de los padres en educar á los hijos, y sobre esto les da preceptos admirables. Describe con mucha viveza la corrupcion de costumbres que reynaba en las ciu-

dades, por cuyo motivo dice que es casi imposible salvarse viviendo en ellas. Alaba sobre manera la vida de los religiosos, y nos dice una cosa muy notable, es á saber, que en Antioquía enviaban los padres sus hijos á los monasterios para ser educados, y formarse en la virtud, y despues de haberse exercitado mucho tiempo en la piedad, y en todo género de virtudes los volvian á sus casas para que de este modo pudieran entrar sin peligro en los negocios del mundo.

En el quarto libro hace una comparacion del religioso con el rey, y prueba con la mayor evidencia, que el que se entrega á la filosofia cristiana, esto es, el que se consagra á la vida religiosa, eligiendo el estado monástico (pues en todas sus obras éste gran santo se sirve casi siempre de este nombre para significar la vida religiosa, porque en ella se hace un estudio muy particular de aprender y practicar los sublimes preceptos de

moral y los divinos consejos que Jesucristo nos ha enseñado con sus instrucciones, y con sus exemplos), es mas rico, mas poderoso y mas fuerte en los combates, mas á propósito para grangearse la estimacion de los hombres, y mas feliz en su muerte, y despues de ella. Es verosímil, que habiendo insinuado el santo esta idea en el libro tercero despues quiso darle toda la extension en este último con el fin de hacer mas recomendable la vida religiosa.

En estos quatro libros verán los religiosos el grado de perfeccion á que deben aspirar para hacerse dignos del estado á que se han consagrado, y de este modo léjos de ser el objeto del odio, de las burlas y del desprecio de los del siglo, lo serán de su estimacion y de sus alabanzas. Quando los vean enteramente muertos para las cosas del mundo, entregados á la penitencia y mortificacion, ocupados solamente en las cosas del cielo, viviendo en un cuerpo corruptible, y

tan sujeto á las pasiones mas humillantes , con la pureza de los mismos ángeles , y representando al vivo la imagen de la perfeccion cristiana , llenos de una santa admiracion no podrán menos de celebrar la religion cristiana , y el estado religioso que produce y forma hombres tan celestiales y divinos. Cesarán todas las quejas , porque desaparecerá la relajacion , y el mundo formará la idea verdadera de un estado tan santo , disipados enteramente los errores que los desórdenes de los religiosos , y su poca regularidad habian hecho nacer en los seculares.

Poniendo en lengua española esta apología , no me he propuesto otro fin que hacer conocer así al pueblo como á los religiosos la dignidad y la excelencia de un estado tan puro y tan santo , que en todos los siglos ha sido la admiracion de todas las gentes.

He procurado conservar en la traduccion el espíritu y la fuerza del original sin apartarme de la letra , repre-

sentando en nuestra lengua con las expresiones mas vivas que me ha sido posible la nobleza y la energía de las ideas del santo. Alguna vez me ha sido preciso añadir alguna cosa para poner los pensamientos mas claros, y no dexar suspenso y obscuro el sentido de los periodos.

Espero que el Señor echará su bendicion sobre esta apología, y que por medio de ella se dispararán los errores y preocupaciones que con tanta malicia procuraron derramar sobre un pueblo tan religioso como el español los enemigos de la religion en el tiempo de nuestra cruel opresion. Nuestro gobierno ilustrado, lleno de piedad y celo por la pureza y santidad de la religion, no dexará de proteger el estado religioso, y debemos esperar que por medio de sus sábias providencias, lo veremos muy pronto restablecido en su antigua dignidad y esplendor.

APOLOGÍA

DEL ESTADO MONÁSTICO

Y DE LOS RELIGIOSOS.

LIBRO PRIMERO.

Contra los que impugnan y reprehenden á los que aconsejan la vida monástica.

Quando los judíos, vueltos de su larga cautividad, empezaron á reedificar el templo de Jerusalem, que habia estado tantos años arruinado, luego tal punto se opusieron á su empresa unos hombres bárbaros y crueles que ni respetaban á Dios, para quien se construía el templo, ni temian los terribles castigos que suele descargar contra los que cometen semejantes atentados, ni se

A

2. *Apología del estado monástico.*

compadecían de las desgracias que este pueblo acababa de sufrir. Mas viendo que no podían salir con sus intentos, escribieron al rey cartas llenas de falsedades y calumnias, acusando á esta ciudad de rebelde, laniga de novedades, y deseosa de la guerra, pidiendo al mismo tiempo permiso y fuerzas convenientes para impedir que continuasen la obra que con tanta alegría habían empezado. Habiendo el rey condescendido con sus ruegos, acometieron á los trabajadores con la mayor violencia, echándose sobre ellos con gran golpe de caballos, y hicieron cesar la obra por algun tiempo. Envanecidos con esta victoria, que solo debia hacerles derramar lágrimas, creyeron haber llegado ya al fin de sus deseos, siendo así que no era sino el principio de los males que muy pronto les habían de affligir. La obra sin embargo se continuaba, y se acabó con la mayor gloria, conociendo sus enemigos y todo el universo que los que resisten á los que emprenden alguna obra buena no hacen la guerra á los hombres, sino al

mismo Dios, que es honrado por ellos y que los que hacen la guerra contra Dios nunca pueden llevarla con felicidad á su fin. Puede ser muy bien que estos audaces al principio no tengan nada que sufrir, porque Dios les espera á penitencia, y les concede tiempo para que se reconozcan y dispierten del letargo en que su embriaguez los tiene sepultados. Mas si persistiendo en su locura no se aprovechan de la misericordia de Dios; su exemplo servirá de lección á otros muchos, los quales conocerán por los suplicios que padecen, y los males que les afligen, que nunca debe hacerse la guerra contra Dios, y que los que la hacen tarde ó temprano caen entre sus manos invencibles. Así fueron tantas las desgracias que luego cayeron sobre estos impíos, que en todos los siglos pasados aun no se habían visto otras semejantes. Los judíos que habían sufrido estas vexaciones las vengaron de manera que, degollando una infinidad de ellos, la sangre que corria con tanta abundancia por todas partes penetró tan pro-

Apología del estado monástico.

fundamente en la tierra, que en muchas partes la convirtió en lodo. Los cadáveres de los hombres, y los cuerpos muertos de los caballos, confundidos y mezclados entre sí cubrían la tierra, y de sus heridas, que se tocaban, salía tanta abundancia de gusanos, que por todas partes no se veía sino una multitud infinita de estos insectos, que cubrían estos cuerpos de manera que echando los ojos sobre este campo parecía que no eran cuerpos muertos los que allí había, sino muchas fuentes copiosísimas que arrojaban continuamente esta especie de animalillos, que todo lo inundaban. Tanto era la abundancia de gusanos que salía de esta corrupción, sucediendo esto no solamente diez ó veinte días, sino muchísimo tiempo. Esto es lo que sufrieron en este mundo; mas las penas que están reservadas contra ellos en el otro son mucho mas grandes y mas crueles. Porque no solamente sufrirán sus cuerpos animados tormentos y dolores incomprensibles por espacio de

mil, diez mil, ó cien mil, ó un millon de años, sino por toda una eternidad. Y entrambas cosas las conocieron bien los bienaventurados Isaías y Ezequiel, el qual tuvo visiones tan admirables; pues distribuyendo las penas que los impíos sufrirán, el uno hizo mencion de las de esta vida, y el otro de las de la vida futura.

No sin razon he empezado este discurso por la narracion de este suceso, porque llegándose á mí uno de mis amigos me ha contado cosas sumamente tristes y dolorosas, y muy injuriosas contra Dios. Me ha dicho que en nuestros dias algunos hombres audaces cometían atentados tan atroces como los de aquellos bárbaros, y aun muchas mas inicuos. Pues arrojan de todas partes á los que persuaden á los hombres que abracen el estado monástico, y con severas amenazas les prohiben que á nadie hablen palabra sobre esto. Luego que oí estas cosas di un gran grito, y le pregunté con grande ansia si hablaba de veras ó de burlas. Quita

6 *Apología del estado monástico.*

allá me dixo: ¿habia yo de hablar de burlas en un negocio tan sério, ni decir ni fingir lo que con todo mi corazón hubiera querido poder impedir, y aun despues que estas cosas han sucedido me hubiera alegrado mucho de no haberlas oido? Entonces le dixe con mas amargos gemidos, real y verdaderamente este crimen es tanto mas enorme que el de Mitídrates y sus satélites, quanto los hombres son templos mas santos y mas respetables que el de los judíos. Mas ¿qué especie de gentes, le pregunté yo, y de qué país son estos orgullosos? ¿Por qué causa, y qué fin se proponen arrojando piedras á lo alto, y disparando dardos al cielo como si hicieran la guerra contra el Dios de la paz? Sameas, los Farateos y los príncipes de los Asirios eran bárbaros, como se ve por sus mismos nombres; los quales tenían usos y costumbres muy diferentes de las de los judíos: no querian que sus vecinos se aumentasen, temiendo que sus fuerzas al fin habian de oscurecer y destruir su autoridad y poder.

Mas á éstos ¿qué agravio se les ha hecho? ¿Se les ha disminuido su libertad? ¿Se les han quitado sus comodidades, ó turbado su reposo? ¿Por qué medios y con qué auxilios pretenden llevar al cabo su empresa? Los bárbaros hacian la guerra con la autoridad y consejo de los reyes de Persia, mas los nuestros estoy persuadido que desean y quieren todo lo contrario; y así estoy pasmado de que en el reynado de Príncipes cristianos se atrevan á cometer públicamente y en medio de las ciudades todos estos desórdenes. Pues aún te sorprenderás mas (añadió él) quando sepas que los autores de estos crímenes hacen profesion de piedad y se llaman cristianos, y muchos son de los iniciados. Uno de ellos, agitado horriblemente del espíritu maligno, se ha atrevido á decir con su sacrílega boca que renunciaria á la fe, y sacrificaria á los ídolos, tan furioso estaba, porque no podia sufrir que hombres libres, nobles y ricos, que pudiendo gozar de toda especie de comodidades y delicias abrazasen un gé-

8. *Apología del estado monástico.*

nero de vida tan triste y tan austero.

Estos discursos me causaban el mas vivo dolor; y pensando en los males que de esto se habian de seguir, lloraba las desgracias que habian de afligir á todo el género humano: y lleno de dolor decia á Dios: "Quítame la vida, y librame de estas calamidades y de esta vida mortal, y transpórtame á aquel lugar donde nadie me contará estas cosas, ni yo las oiré: yo sé que saliendo de esta vida se entra en las tinieblas exteriores, donde no se oyen sino gemidos y rechinar de dientes; y esto será para mí mas soportable que lo que acabo de oir."

Viéndome tan afligido me dixo: "No es este tiempo de llorar, pues no podrás salvar con tus lágrimas los que se han perdido, y los que se perderán, porque no creo que este desorden se acabe tan pronto. Es necesario buscar los medios de apagar este incendio, y de hacer cesar esta peste. Si quieres creerme, dexando aparte estas lágrimas, escribe un libro contra estos

locos y sediciosos, dándoles consejos que sean saludables á ellos y á todos los hombres; y tomando yo este libro lo pondré en manos de estos enfermos como una medicina, pues muchos de ellos son amigos míos, y me permitirán que les visite una, dos y muchas veces; y estoy persuadido que este remedio será tan eficaz, que los veremos pronto curados y libres de la peste." Tú (le respondí yo) mides mis fuerzas por el fervor de tu zelo; mas yo no tengo talento ni elocuencia: y si en mí hay alguna fuerza y habilidad para escribir, me avergüenzo de servirme de ella en esta materia. Ninguna otra cosa temo tanto como que los gentiles que hoy existen, y los que en adelante habrá, cuyas opiniones y desordenada vida siempre he reprehendido y impugnado con fuerza, sepan ahora por mí nuestros males. Porque si algunos de ellos llegan á entender que entre los cristianos hay hombres tan opuestos á la virtud y á la filosofía, que no solamente no quieren trabajar por adquirirla, sino que no pue-

den sufrir que se hable de ella ; y no contentos con esto llevan su locura tan adelante , que si ven alguno que aconseja ó habla de esta materia , lo arrojan de todas partes , si llegan á entender (digo) esto , temo que nos tengan no por hombres , sino por fieras , ó por monstruos en figura de hombres , ó por demonios crueles , enemigos de toda la naturaleza , haciendo este juicio no solamente de los culpables , sino en general de todos los cristianos. Mas él riéndose me dixo : "Tú haces burla de lo que digo ; mas yo quiero librarte de todas tus inquietudes. ¿ Temes manifestarles por tus escritos lo que ya ellos mismos saben por los hechos hace muchos dias ? Porque como si algun espíritu maligno se hubiera apoderado de los hombres , no hablan todos sino de estas cosas. Si vas á la plaza , si entras en la tienda de algun médico , en qualquiera parte de la ciudad que te presentes , especialmente en aquellos lugares donde la gente ociosa suele juntarse , oirás la burla que hacen de los religiosos dando todos

grandes carcajadas. La narracion chistosa de lo que se ha hecho con ellos es el argumento de sus burlas y de sus comedias. Como los capitanes que se han hallado en muchas batallas han levantado algunos troféos, y se han hecho célebres por sus heróicas acciones, las cuentan despues con mucha complacencia; de la misma manera éstos se alegran de los crímenes que con tanta audacia han cometido. Oirás á uno que dice yo he sido el primero que he puesto las manos en aquel monge, y le he herido: otro se jacta de haber descubierta su celdilla: otro de haber encendido la ira del juez contra ellos: aquel tiene por un gran mérito de haberlos llevado públicamente á la cárcel, y haberles hecho sufrir los horrores de ella: éste cuenta otras cien mil cosas: todos se burlan y se rien de estas cosas, aun en las juntas y corrillos de los cristianos. Los gentiles se rien de unos y de otros, de los que insultan á los hombres virtuosos, y de los mismos que sufren con paciencia estas censu-

11 *Apología del estado monástico.*

ras; de manera que esta persecucion parece una guerra civil, y los desórdenes que se cometen son sin comparacion mas atroces que los males que aquella causa. Porque los que se han hallado envueltos en las guerras civiles, quando piensan en ellas despues que está todo sosegado (llenando de maldiciones á los que las han excitado) atribuyen sus desgracias á algun espíritu maligno que ha encendido el fuego de la discordia en el corazon de los mortales. Tambien se ve que los que en este tiempo de desórden han cometido mayores atrocidades, estan mas llenos de vergüenza y de horror. Mas aquí succede todo lo contrario. Los que han sido mas audaces en insultar á los monjes, son los que se glorían mas de su insolencia. Esta guerra no solamente es mas atroz que la civil, porque se hace contra los santos; que no han ofendido á nadie, sino porque se hace contra unos hombres que no saben hacer mal, y que solo estan preparados para sufrirlo con paciencia.

Detente, detente le dije yo, no pases adelante con tu narracion, si no quieres verme caer muerto de repente. Retírate, si no quieres acabar con las pocas fuerzas que me restan. Haré lo que me pides. Solamente te suplico que no continúes esta conversacion, sino que te vayas, y pidas á Dios contra quien se hace la guerra que disipe la nube que la tristeza ha derramado sobre mi espíritu, y me dé fuerzas para vengarle de las injurias que se le han hecho, y la gracia de aplicar un remedio conveniente á los males de los que le hacen la guerra. Sin duda alguna Dios nos dará los auxilios que necesitamos; pues es benigno y misericordioso, y no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Habiéndole despedido de este modo, empecé á escribir esta obra.

Si en este negocio no hubiera otra cosa de malo, que ser llevados por fuerza á los tribunales los santos, y estos hombres admirables, y ser presentados delante de los jueces, ser insultados,

14 *Apología del estado monástico.*

tades, atormentados, azotados, despedazados, y padecer todas las injurias que hemos referido; y no hubiera de resultar ningun daño contra los que cometen tales atentados, estaría tan lejos de afligirme; que antes bien me reiría de todas estas cosas con el mayor gusto. Quando los niños dan golpes á sus madres sin ningun peligro, les causan mucha risa, y les dán tanto mayor gusto quanto con mayor enfado lo hacen, de manera que sueltan su risa con tan poca medida que estan para reventar. Mas si continuando el niño en dar golpes con mayor fuerza, llega á herir su mano con el alfiler que está prendido al ceñidor de la túnica de su madre, ó con alguno de los rayos de la estrella que tiene colgada delante de su pecho, entonces, dexando ésta la risa, siente mayor dolor que el niño que ha recibido el daño. Entre tanto le cura la herida, le reprende severamente, y con amenazas le prohíbe que en adelante haga tal cosa para que no le suceda la misma desgracia. Yo hubiera

hecho lo mismo, si viera que este negocio no era mas que un enfado de niños, y una herida que no les habia de causar mucho daño; mas por quanto dentro de breve tiempo, lo que ahora arrebatados del furor no conocen, llorarán, gemirán, y se lamentarán no como los niños en este mundo, sino en las tinieblas exteriores, y en el fuego que nunca se apagará: haré con ellos lo que las madres hacen con sus niños, con esta diferencia sin embargo; que no me serviré de amenazas ni de injurias, sino que les hablaré con mucha blandura y benignidad. Porque no pueden hacer ningun daño á aquellos santos, sino darles ocasion de mayor mérito y confianza. Si os hablo de los bienes futuros acaso os reiréis de mí, porque haceis poco caso de estas recompensas; mas por mas inclinados que esteis á hacer burla de todo, quedaréis convencidos por los bienes presentes, y no podréis resistir á verdades tan claras como la experiencia nos enseña. Sin duda habeis oido hablar de Neron, famoso

16 *Apología del estado monástico.*

por su luxuria, el qual fué el primero y el único que excogitó y inventó (siendo un emperador tan poderoso) nuevos modos de lascivia y de torpeza para saciar sus brutales apetitos. Neron acusó al bienaveturado Pablo que vivia en su tiempo de lo mismo que vosotros acusais ahora á los santos. Habiendo persuadido este apóstol á una concubina que el Emperador amaba en extremo que abrazara la fé, la apartó de su torpe compañía con sus consejos. De todo esto acusaba Neron á Pablo llamándole malvado, seductor, y dándole otros nombres semejantes á los que vosotros usais para calumniar á los monjes. Primeramente le mandó poner en la prision; y después no pudiéndole persuadir que dexase de dar consejos á la mozuela, le hizo morir. ¿Qué daño se le ha seguido por esto á Pablo? ¿Y qué utilidad al autor de tan gran maldad? O antes bien ¿qué utilidad no se le ha seguido á Pablo muerto, y qué daño al sanguinario Neron? ¿No es Pablo celebrado por todo

el mundo como un ángel (y no hablo sino de los bienes presentes), y de Nerón no se habla por todas partes como de un hombre exécrable y malvado, y como de un demonio feroz?

Aunque no creais los bienes y los males de la otra vida, sin embargo no dexaré de hablar de ellos en favor de los que conservan la fe. Es cierto que por lo que se presenta á vuestros ojos, debíais creer aquellos; mas de qualquier modo que los mireis, voy á hablar de ellos, y no quiero pasarlos en silencio. ¿Qué es pues lo que sucederá en el otro mundo? Aquel, miserable y desgraciado, asqueroso, triste, lleno de confusión; de ignominia y de tinieblas, y con los ojos baxos, será precipitado en un lugar donde será atormentado sin cesar por el gusano roedor que nunca muere, y abrasado con un fuego que no se apagará jamas: mas el bienaventurado Pablo presentándose con la mayor confianza delante del trono del soberano Señor, cubierto de resplandor y de gloria como los ángeles y los arcán-

B

geles, recibirá una recompensa tan grande., quanta es justo que reciba el que entrega su alma y su cuerpo por los intereses y por la gloria de Dios. La cosa sucede así. Una gran recompensa está preparada para los que obran bien, la qual es tanto mayor, quanto para hacer el bien es necesario exponerse á mayores peligros, y sufrir mayores ignominias. Aunque el bien que se hace con trabajo ó sin él sea igual, no lo son la recompensa y las coronas. Pues en la guerra se corona y se celebra al que ha vencido y levantado un trofeo, pero mucho mas al que manifiesta las heridas que le ha costado la victoria y el trofeo. ¿Qué necesidad hay de hablar de los vivos, quando sabemos que los que han dado pruebas de valor muriendo en la batalla con fortaleza, aunque no haya resultado ninguna utilidad á su pueblo, se celebran por toda la Grecia como salvadores y conservadores de la patria? aunque vosotros ocupados siempre en las diversiones y delicias no haceis caso de estas cosas. Si los genti-

les, que tienen sentimientos tan depravados, pudieron conocer esto, y han honrado tanto á los que solamente dieron su vida por la patria sin que les haya resultado otra utilidad, ¿quánto mas lo hará Jesucristo, que siempre y en todas partes recompensa con mucha mayor largueza á los que por su gloria y servicio se exponen á los peligros, y consiguen la victoria? Porque no solamente ha ofrecido premios muy grandes á los que padecen persecuciones, azotes, cárceles y muertes, sino tambien á aquellos que habrán sufrido desprecios, ignominias y ultrages. "Seréis bienaventurados, nos dice¹, quando
"los hombres os aborrecieren, y quando os apartaren y os ultrajaren, y rayaren vuestro nombre como malo por el hijo del hombre. Gozáos en aquel dia, y alegráos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos." Pues si el padecer injustamente y ser infamado aumenta la

20 *Apología del estado monástico.*

recompensa de los que así padecen, los que impiden que sufran y padezcan, no les favorecen á ellos, sino á los que les hacen sufrir, y los infaman. Pues mayor daño les hace á aquellos privándolos de mayor recompensa, y quitándoles la materia de mayor gozo y alegría. Y así por lo que toca á éstos convenia callar y dexar executar estas cosas que les acarreaban tantos bienes, y les daban mayor confianza. Mas por quanto somos miembros de un mismo cuerpo, aunque ellos desprecien la gracia, no conviene segun el afecto que á todos tenemos, cuidar de un miembro, y abandonar los demas. Pues á ellos se les ofrecerán otras ocasiones de merecer, aunque ahora no padezcan estos males, y estos si no cesan de perseguirles, es imposible que se salven. Por esta causa, dexando aparte aquellos, quiero entender en vuestras cosas, y hablar solo con vosotros, y os ruego y suplico que cedais á mis exhortaciones, y no querais traspasaros con vuestra espada, y dar coces contra el aguijón,

no sea que queriendo incomodar y causar tedio á estos santos, contristeis el espíritu de Dios. Porque sé muy bien, y estoy íntimamente persuadido que ha de llegar día, si ahora no lo haceis, en que habeis de aprobar este mi modo de pensar; y quisiera que ahora lo hiciérais; porque despues será ya inútil.

El mal rico quando vivia en este mundo tenia por fábulas y por delirios los profetas, la ley, los consejos y exhortaciones que en ellos se leen; mas quando llegó al lugar del suplicio los miraba con tanto respeto y admiración que viendo que ya de nada le podian servir estas alabanzas, suplicaba al Patriarca que enviase alguno de los que estaban en el infierno á este mundo para contarles estas cosas, temiendo que cayeran en aquellas mismas penas y que habiéndolo despreciado las divinas escrituras en esta vida, las mirasen con respeto y admiracion, quando esta admiracion les habia de ser inútil. Sin embargo este rico no habia hecho nada de lo que vosotros haceis; pues

aunque es verdad que no habia dado parte de sus bienes al pobre Lázaro, no habia impedido ni amenazado á otros para que no le socorrieran, como vosotros haceis ahora. Y no solamente sois mas crueles que él en esto, sino tambien en otras muchas cosas. Pues así como no es igual delito no hacer por sí el bien, ó impedir que otros lo hagan; así tampoco es lo mismo impedir que se socorra á los que se hallan en necesidad corporal, ó á los que estan en las mayores necesidades del alma. En dos cosas pues sois mas crueles que aquel rico; en que prohibís dar de comer al hambriento, y en que se exerza la humanidad con las almas que se hallan ahogadas con los vicios. Esto mismo hicieron en otro tiempo los judíos, quando prohibian á los apóstoles que instruyesen á los hombres en la doctrina de la salud. Aun en esto vosotros sois peores que ellos; porque los judíos hacian todo esto como enemigos declarados, y vosotros fingiendo que sois amigos, obráis como enemigos. Aquellos azo-

taron, injuriaron, y llenaron de ignominia á los apóstoles, llamándoles hechiceros, encantadores y seductores; por cuyo motivo sufrieron tales castigos, que jamás se ha visto en el mundo una calamidad igual. Pues ellos son los primeros, y los únicos que han sufrido unos males, que nadie hasta ahora ha sufrido en este mundo, como nos lo dice Jesucristo, testigo fidedigno, en S. Mateo 24. 21. : "Porque habrá entonces grande afliccion, qual no fué desde el principio del mundo hasta ahora, ni será." No es ahora ocasion de contar todo lo que padecieron; sin embargo es necesario decir algunas cosas, y me serviré de las palabras del historiador Josefo, que las ha contado con mucha puntualidad. Pues ¿qué es lo que éste dice? Despues de haber referido como el templo fué abrasado, y los males que en comun afligían á todas las gentes, prosigue así¹: "El templo estaba en este estado. Los que morian de

1 *De bello Judaico lib. 7. cap. 7. y 8.*

24 *Apología del estado manástico.*

hambre en la ciudad eran infinitos; y es imposible contar las calamidades que les afligían. En cada casa habia un combate, si se sospechaba que habia víveres: los mayores amigos venian á las manos por quitarse los miserables alimentos que tenían; ni á los moribundos se creía que no tenían que comer. Los ladrones registraban los cadáveres, creyendo que se fingían muertos para ocultar los alimentos en su seno: otros extenuados del hambre, perdida la cabeza, y furiosos como perros rabiosos, á manera de beodos tropezaban por las puertas, y desesperados en una hora entraban dos y tres veces en una misma casa. La necesidad les obligaba á comer de todo, aun aquellas cosas que ni los animales mas asquerosos comen. Se comian los ceñidores, los zapatos, y los cueros de sus escudos. Las hebras de heno que estaban esparcidas por el suelo, y pisadas, servían á muchos de alimento. Otros recogían los excrementos, y el menor peso de ellos lo vendían por quatro áticos. ¿Que nece-

sidad hay de contar hasta qué extremo llegó la crueldad del hambre en las cosas inanimadas? Voy á contar una cosa, que no se puede referir sin horrorizarse, y que parece del todo increíble, pues no hay memoria que jamás haya sucedido otra igual, ni entre los griegos, ni entre los bárbaros. Hubiera omitido con gusto este hecho para que las generaciones futuras no me tuvieran por impostor, si innumerables personas no hubieran sido testigos de él. Por otra parte haría poco favor á mi patria en callar las calamidades que realmente ha padecido.

Una muger llamada María, hija de Eleázaro, que vivía en la otra parte del Jordan en el lugar de Betezo, que significa *Casa de Hisopo*, ilustre por su nacimiento y por sus riquezas, se había refugiado á Jerusalem con las demás gentes, y se halló cercada y encerrada dentro de esta ciudad. Todas las riquezas que había traído consigo de la Perea, los tiranos se las habían robado. Los satélites entrando todos los días en su casa, arran-

caban de sus manos lo que había escondido y preparado para comer. Esta muger se llenó de furor; y maldiciendo, y insultando á estos ladrones, los irritaba contra sí. Mas como ninguno, ni por odio, ni por misericordia quisiera quitarla la vida; y siéndole difícil y casi imposible hallar por ningún medio, ni en parte alguna otros alimentos, el hambre que devoraba sus entrañas encendiendo cada día mas su ira, se enfurece contra la misma naturaleza, y contra su hijo de pecho que tenia; y tomándole en sus manos le dice: infeliz, la guerra, el hambre y la sedición nos destruyen: ¿para qué desgracias estas reservado? Si vivimos, seremos esclavos de los Romanos: ahora nos atormenta el hambre, y los sediciosos, que son mas crueles que el hambre y la servidumbre: sírveme, pues, á mí de alimento, de horror á los sediciosos, y de exemplo á todo el mundo, porque solo falta esta calamidad á las infinitas que los judíos padecen. Dichas estas palabras, mata á su hijo, lo asa, y se come la

mitad , esconde lo demas y lo guarda. Se presentan los sediciosos atraídos por el olor del exécrable patricidio ; y la amenazan con la muerte si no les descubre la comida que tenia aderezada. Ella les dice que ha reservado una buena porcion ; y luego al punto les presenta la parte de su hijo que le habia quedado. A esta vista quedan horrorizados , atónitos é inmóviles como si fueran de bronce ; mas ella les dice : es mi hijo , es obra mia ; comedlo , porque yo tambien lo he comido ; no seais mas tiernos ni mas compasivos que una madre. Si sois religiosos , y teneis horror de esta víctima mia , ya yo he comido la mitad ; dexadme lo que resta. Oidas estas cosas salen corriendo de la casa llenos de horror , abandonando á la madre los restos de una comida tan exécrable. Al instante se sabe por toda la ciudad un atentado tan horrible ; y teniéndolo como presente á sus ojos todos se horrorizaban , como si cada uno lo hubiera cometido. Los que estaban atormentados del hambre , deseaban la

muerte, y tenían por felices á los que habían muerto antes de ver y oír tantas y tan grandes calamidades. La noticia de este trágico suceso llegó luego al campo romano; unos no la creyeron, otros se llenaron de compasion; y en los mas se encendió un odio mortal contra la nacion judía."

Estas y otras cosas aun mas terribles sufrían los judios, no solamente porque crucificaron á Jesucristo; sino porque prohibían á los apóstoles predicar la doctrina de la salud. El bienaventurado Pablo reprehendiéndoles de este crimen les habia profetizado estos males, diciendo á los de Tesalónica¹: "Defendiéndonos que no hablemos á los gentiles para que se salven, para que hinchan sus pecados siempre, porque la ira los ha alcanzado hasta el cabo." ¿Y qué tiene que ver esto con nosotros? nos direis. No los apartamos de la fé, ni prohibimos que se predique. Pero decidme, ¿de qué sirve la fé si no son bue-

1. *Thess. 2. 16.*

nas y puras las costumbres? Quizas vosotros ignorais esto, como las demas cosas de nuestra religion. Mas yo os voy á referir las sentencias de Jesucristo. Observad, os suplico, si solo amenaza con suplicios á los que pecan contra la fé y sus dogmas; sin pedirnos una vida arreglada y pura. Despues que se subió á la montaña, viendo una muchedumbre de gentes que le rodeaba, habiéndoles dado muchas otras instrucciones, les dixo¹: "No qualquiera que me dice señor, señor entrará en el reyno de los cielos; mas el que hiciere la voluntad de mi padre que está en los cielos. Muchos me dirán aquel dia señor, señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre sacamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas maravillas. Y entónces yo les diré claramente: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad." Y al que oye sus palabras, y no las hace, le compara á un hombre loco que edi-

¹ Math. 7. 21.

30 *Apología del estado monástico.*

ficó su casa sobre arena; que descendió la lluvia, y viniéron rios, y soplaron vientos, y hiciéron ímpetu en aquella casa, y cayó, y fué su ruina muy grande. Y predicando en otro lugar, decía ¹: El reyno de los cielos es semejante á la red, que echada en la mar coge de todas suertes de peces, la qual siendo llena la sacaron á la orilla, y sentados cogieron lo bueno en vasos, y lo malo echaron fuera. Así será en la fin del siglo. Saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y echarlos han en el horno del fuego; allí será el llorar, y el cruxir de dientes. Y hablando de los hombres impuros y malvados (decía en otra parte) que irán donde el gusano no muere, ni el fuego se apaga.

Y en S. Matheo (22. 2.) dice: El reyno de los cielos es semejante á un cierto rey que hizo bodas á su hijo, y envió á sus siervos para que llamasen los convidados á las bodas; mas no qui-

¹ Math. 13. 47.

sieron venir. Y entró el rey para ver los que estaban á la mesa, y vió allí un hombre que no estaba vestido de vestiduras de bodas. Y díxole: amigo, cómo entraste acá, no teniendo vestido de bodas? y él enmudeció. Entonces el rey dixo á los que servían: atado de pies y de manos, tomadlo, y echadlo en las tinieblas de afuera. Allí será el llorar, y el cruxir de dientes, porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos. Estas amenazas hace á los impúdicos, y á los malvados. Y las vírgenes que fueron excluidas de la cámara del esposo, sufrieron esta pena por su crueldad y por su inhumanidad. Y otros por la misma causa son arrojados al fuego eterno, que está preparado para el diablo y para sus ángeles. Y también serán condenados los que hablan palabras inútiles, y sin justa causa, como nos previene Jesucristo en el evangelio¹: Mas yo os digo, que toda palabra ociosa que hablen los hombres,

¹ Math. 12. 36 y 37.

32 *Apología del estado manástico.*

de ésta darán cuenta el día del juicio. Porque de tus palabras serás justificado, y de tus palabras serás condenado. ¿Te parece pues que tememos en vano por la vida, y que ponemos tan gran cuidado en aquella parte de la filosofía que arregla las costumbres? Yo ciertamente no lo juzgo así. A no ser que vosotros creais que Jesucristo nos ha dicho estas y otras cosas sin ningún fin. Pues yo no las pongo todas aquí. Y si no temiera molestaros con un discurso demasiado largo os demostraría por los profetas, por san Pablo y los otros apóstoles con quanto cuidado nos ha instruído Dios sobre estas cosas. Pero juzgo que no solamente lo que dexo dicho, sino tambien la mas pequeña parte, es bastante para convencernos de esta verdad. Pues quando Dios nos enseña alguna cosa, debemos recibir esta instruccion, aunque no nos la haya dado sino una vez, como si la hubiera repetido muchísimas.

Pues qué? (me diréis) ¿los que están en sus casas no podrán cumplir con aquellas cosas que si no se cumplen

acarrean tantos suplicios? Yo quisiera no menos, sino mucho mas que vosotros, y muchas veces he deseado que no hubiera necesidad de monasterios; y que todo el mundo cumpliera con tanta exâctitud con lo que las leyes prescriben en las ciudades, que nadie tuviera necesidad de retirarse á la soledad. Mas por quanto en el mundo todo está confundido, y que las ciudades en donde hay tribunales, jueces y leyes, estan llenas de iniquidad y de delitos; y la soledad produce frutos copiosísimos de virtud: ciertamente no son reprehensibles los que deseosos de la salvacion de los hombres procuran sacarlos de la tempestad y la confusion, y guiarlos al puerto donde reyna la quietud y la tranquilidad; sino aquellos que habiendo introducido el desórden en las ciudades han desterrado de tal manera la virtud, que el que quiera salvarse le es preciso retirarse á la soledad. Dime pues: si en medio de la noche, quando todos estan durmiendo, cogiera un hombre malvado una hacha encendida, y

C

34 *Apología del estado monástico.*

pegára fuego á una casa muy grande llena de gentes, ¿de quién nos quejariamos, del que despertase á los que dormían y los librase del incendio, ó del que había puesto fuego en la casa exponiendo la vida de los que dormían y del que los despertaba, y obligándoles para salvarla á salirse de ella? ¿Pues qué? si viendo alguno alborotada la ciudad, oprimida con la mayor tiranía, ó sufriendo una peste que lo desolaba todo persuadiese á quantos pudiese que abandonándola se retiráran á la cumbre de los montes, y para esto les proporcionára todos los auxilios que pudiera, ¿de quién te quejarías? ¿de aquel que sacando á los hombres de enmedio de la tempestad y del tumulto, los llevase á los montes, donde estaban con la mayor quietud y tranquilidad; ó de aquel que había excitado la tempestad, y los naufragios?

No pienses que las cosas humanas están hoy en mejor estado que una ciudad oprimida con la tiranía; sino que debes estar cierto que están en mucho peor es-

tado. Pues no son los hombres los que con una violencia furiosa se arrojan contra las almas, sino el demonio malvado que con todos sus satélites, como un tirano cruel y feroz está apoderado de todo el mundo. Desde aquí, como desde su corte exécrable y malvada, envía todos los días sus órdenes á todos los hombres, no solamente dividiendo los matrimonios, haciéndoles adquirir y expender el dinero injustamente, y cometiendo asesinatos inicuos; sino cosas mucho mas graves que éstas, separando las almas de la union y conversacion con Dios, y entregándolas á sus impuros satélites, y obligándolas á que se sometan á ellos; los quales despues que las tienen en sus manos las tratan con tanta ignominia y tanto desacato como es de esperar de unos demonios que con tanto furor y tanta vehemencia desean nuestra ignominia y perdicion. Así habiéndolas desnudado de todos los vestidos de la virtud, y revestido de los del vicio sucios, rasgados y de mal olor, no cesan de presentarlas en este estado mas feas que

36 *Apología del estado monástico.*

si estuvieran desnudas, llenándolas de improperios y de injurias. Pues no se cansan jamas de estos improperios, sino como los beodos, que quanto mas vino beben tanto mas se llenan de ardor; así éstos entonces se ponen mas locos, y insultan mas y con mas ferocidad á las pobres almas, quando las tienen ya engañadas y seducidas, hiriéndolas y mordiéndolas siempre, y llenándolas de su propio veneno, sin desistir de su empresa hasta verlas reducidas á su propio estado y separadas de los cuerpos. ¿Qué tiranía hay, qué cautividad, qué desolacion, qué servidumbre, qué guerra, qué naufragio, qué peste, por horrendas que sean, que puedan igualarse ni compararse con esto? ¿Quién hay tan cruel y tan feroz: tan estólido y tan inhumano, tan sin misericordia y compasion, que viendo el alma tan injuriada y oprimida, no quiera con todas sus fuerzas trabajar en librarla de tan exécrable furor y de tanta ignominia; sino dexarla en un estado tan deplorable sin hacer caso de ella? Si esto es propio de una

alma feroz y de mármol, ¿qué diremos de aquellos que á su indiferencia añaden otro mal mucho mas grave, quando no solamente no alaban ni aprueban la conducta de aquellos que se exponen con alegría á mil peligros, y ponen sus manos hasta la garganta de las fieras, sin que ni el mal olor ni ningun peligro sea capaz de impedirles que arranquen las almas ya devoradas de las fauces de los demonios; sino que combaten contra ellos, y los arrojan de todas partes.

Pues qué? dirá alguno ¿todos los que viven en el mundo se pierden, y hallándose en medio de la tempestad mas desecha es necesario abandonar las ciudades, y retirarse á los montes mas altos y mas ásperos para salvarse? ¿Tú nos mandas esto? ¿Tú nos impones esta ley? No por cierto; pues todo lo contrario decia poco ha; quisiera, y deseo con todo mi corazón que gocemos de tanta paz, y que esté tan destruida y aniquilada la tiranía de los males, que no solamente los que viven en las ciudades no tengan necesidad de retirarse á los montes; sino que los que

38 *Apología del estado monástico.*

viven en ellos como fugitivos; tanto tiempo desterrados de su patria, puedan volver á ella. Pero ¿qué hago? Temo que queriéndolos restituir á su patria; y hacerles dexar la soledad y el destierro, no les haga perder la tranquilidad y la virtud, y los ponga en las manos crueles de los demonios. Y no me objetes la multitud de gentes que viven en las ciudades para qué atemorizado y avergonzado no me atreva á pronunciar el decreto de condenacion contra todas ellas. Porque á esto responderé con la sentencia de Jesucristo. ¿Pues qué es lo que dice Jesucristo? Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva á la perdición; y muchos son los que entran por ella. Porque la puerta es estrecha, y angosto el camino que lleva á la vida; y pocos son los que la hallan. Si son pocos los que la hallan, son mucho menos los que podrán llegar al fin; pues no todos los que entraron en él podrán

1 Math. VII. 13. y 14.

llegar hasta el cabo; sino que muchos perecerán al principio, otros al medio, y muchos naufragarán casi en el mismo puerto. Y en otra parte dice el mismo Jesucristo¹: Así los primeros serán postreros, y los postreros primeros, porque muchos son los llamados y pocos los escogidos. Diciendo pues Jesucristo expresamente que es mayor el número de los que se perderán, que no el de los que se salvarán, por qué disputas conmigo? Pues si hablando del diluvio de Noé te dixera que todos los hombres habian perecido, á excepcion de siete personas, y tú te admirases, haciéndote-se increíble que tanta multitud de gentes pereziesen, creyendo que con esto me habias de cerrar la boca: lo mismo haces ahora quando crees que por la muchedumbre he de dexar de pronunciar la sentencia de condenacion contra ella. Mas yo estaré siempre firme en mi opinion, y no preferiré la muchedumbre á la verdad. Los desórdenes del dia no

1 Math. XX. 16.

40 *Apología del estado monástico.*

son menores que los del tiempo de Noé, sino mucho mas graves, pues amenazándonos con el infierno, no dexamos de pecar. Dime, te suplico: ¿quién dexa de llamar á su hermano loco? pues el que le dixese loco, será obligado á la gehena del fuego. ¿Quién no mira con ojos impúdicos la muger? pues esto es un consumado adulterio¹. Oísteis que fué dicho á los antiguos, no adulterarás; mas yo os digo, que qualquiera que mira la muger para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazon. Es constante que el adúltero cae en el mismo fuego de la gehena. ¿Quién no ha jurado alguna vez? Pues esto de mal procede como Jesucristo nos dice: y lo que procede de mal, suplicio merece. Así mismo habeis oido que fué dicho á los antiguos: no te perjurarás, mas cumplirás con el Señor lo que hubieres jurado; pero yo os digo: no jureis en ninguna manera, ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra,

¹ Math. 5. 27 y 28

porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalem, porque es la ciudad del gran rey; ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer un cabello blanco ó negro. Mas vuestro hablar sea *si, si, no, no*, porque lo que es mas de esto, de mal procede. ¿Quién no ha tenido jamas envidia de su amigo? Pues esto nos hace peores que los gentiles y los publicanos, y es evidente que los que son peores que estos, no pueden librarse de la pena. ¿Quién ha arrojado enteramente la ira de su corazon, y perdonado las injurias que le han hecho? Pues nadie de los que estan instruidos en la doctrina de Jesucristo ignora que los que no perdonan, infaliblemente serán arrojados en los tormentos. ¿Quién no ha servido á Mamona? Pues el que le sirviere, de necesidad abandona el servicio de Jesucristo. Mas el que abandona el servicio de Jesucristo, sin duda alguna abandona tambien su salud. ¿Quién no ha maldecido ocultamente? Pues aun la ley antigua mandaba que estos tales fueran muertos y degollados.

¿Pero que consuelo hallamos en nuestros propios males? El que todos como de concierto se precipiten en el abismo de la maldad, lo qual es un argumento demostrativo de la grandeza del mal que nos aflige quando hallamos consuelo en lo que debia aumentar nuestro dolor. Porque la muchedumbre de los que pecan no disminuye nuestros pecados, ni nos puede librar de las penas.

Si alguno, considerando lo que dexamos dicho, cae en la desesperacion, que tenga una poca de paciencia; y yo le aseguro que aun será mayor su desesperacion, quando oyere otras cosas mucho mas graves que tengo que decir, como son los perjurios. Porque si el jurar es cosa diabolica, ¿el quebrantar los juramentos qué suplicio no merece? Si el llamar á uno loco nos hace reos de la gehena; decir contra él mil imprecaciones, muchas veces sin habernos injuriado, ¿de qué suplicios no nos hará merecedores? Si el acordarnos de las injurias nos hace dignos de castigo, ¿el vengarnos de ellas á cuántos tormentos nos expone? Pero

no es ahora tiempo para hablar de estas cosas; lo reservo para ocasion mas oportuna. Y así, ómitiendo lo demas, ¿las causas que me han obligado á escribir no manifiestan bastante la gravedad del mal que nos aflige? Si el no sentir los propios pecados, y cometerlos sin ningun dolor es una malicia consumada, ¿dónde pondrémos á estos nuevos legisladores, autores de esta nueva y absurdísima ley, que desechan á los maestros de la virtud con mayor audacia y desvergüenza que á los que enseñan el mal; y se oponen con mayor calor á los que quieren corregirlo y enmendarlo, que á los que lo cometen? Y aun hacen mas, pues á los que cometen los desórdenes, los reciben con agrado, y jamas les echan en cara su crimen; mas á éstos no los pueden sufrir, manifestando por sus palabras y por sus obras que es menester seguir constantemente el vicio, y no volver jamas á la virtud; y que deben castigarse, no solamente los que la siguen, sino tambien los que se atreven á hablar en defensa de ella.

APOLOGÍA

DEL ESTADO MONÁSTICO.

LIBRO SEGUNDO.

Á un padre infiel.

Lo dicho hasta aquí es capaz de pasmarnos y estremecernos; pudiendo servirnos á este propósito oportunamente de las palabras del profeta Jeremías¹: El cielo se asombró sobre estas cosas, y la tierra se estremeció; y en el mundo se han visto prodigios espantosos y horribles. En esta parte lo mas insufrible es, que no solamente los extraños, y los que

1 II. 12., y V. 30.

no tienen ninguna relacion con aquellos á quienes se aconseja este género de vida, se enfaden y lo sientan infinito; sino tambien los padres y sus mismos parientes. Sé muy bien que muchos no extrañan que los padres lo sientan tanto; pero se les hace insufrible que los que ni son padres, ni parientes, ni amigos, ni con otro vínculo natural, antes bien muchas veces del todo desconocidos á los que abrazan la vida religiosa, se incomoden de la misma manera, lo sientan mas que los mismos padres, se opongan, reprehendan, y acusen á los que les persuaden este género de vida. Mas yo pienso de diferente manera; pues no es extraño que los que no estan unidos con los otros por los títulos de amistad, ni los tienen baxo su tutela, se aflijan de los bienes que les suceden, porque muchos ó por envidia ó por malicia juzgan desgraciadamente hallar su felicidad en los males y ruina de los otros.

Lo que me causa la mayor admiracion es que los mismos padres que los

han engendrado y educado y desean con la mayor ansia verlos en un estado mas ilustre que el suyo trabajando sin cesar para este fin, que estos (digo yo) como si hubieran caído de repente en la mayor embriaguez se aflijan y se lamenten porque sus hijos abrazan este género de vida. Me parece que esto es el argumento mas fuerte para demostrar que todo está corrompido en el mundo; lo que no puede decirse que haya sucedido en los tiempos pasados, ni aun quando dominaba públicamente el error en el mundo. Solo ha sucedido una vez en Atenas estando esta ciudad oprimida con la tiranía; y entonces no lo hizo algun padre, sino los que estaban en la ciudadela; y no todos, sino el mas malvado de ellos, el qual habiendo llamado á Sócrates le prohibió que enseñase la filosofia y que exhortase á los hombres á vivir bien. Este tirano, pérfido y cruel, que nada dexaba de intentar para destruir la república, y se alegraba de los males ajenos, dió esta orden creyendo que era el medio mas eficaz

para destruir el estado floreciente en que esta se hallaba. Los fieles que viven en nuestras ciudades gobernadas con tanta sabiduría y leyes tan excelentes, y que tanto se interesan por el bien de sus hijos, hablan de la misma manera que aquel tirano, y no se avergüenzan de tener los mismos deseos y sentimientos. Por esta razon me admiro mucho mas de los que así se irritan que de los otros; y así dexando aparte aquellos hablaré con benignidad y con la mayor moderación con estos que cuidan sobre manera del bien de sus hijos, ó por mejor decir que debieran cuidar, y por desgracia los tienen abandonados; suplicándoles ante todas cosas que no lleven á mal, ni se indignen si alguno dice que conoce mejor que ellos mismos lo que conviene á sus hijos. Porque no basta haberlos engendrado para darles una educacion conveniente, sino para tenerles mucho amor; mas ni el amor, ni la generacion son bastantes para enseñarles bien lo que les conviene. Pues si esto fuera así, es evidente que nadie

mejor que los padres conocería lo que conviene á los hijos, porque nadie les puede amar tanto como ellos. No obstante esto, los mismos padres nos manifiestan por sus mismos hechos que lo ignoran, llevándolos á los maestros, entregándolos á los pedagogos, y consultando infinitas personas para saber á qué género de vida los deben aplicar. Y lo que es mas de admirar, despues de haber consultado muy despacio sobre esto, abandonando su propio dictamen, eligen las mas de las veces el consejo de otros. Que no lleven pues á mal si decimos que sabemos mejor que ellos mismos lo que conviene á sus hijos; y si esto no lo llegamos á probar con buenas razones, entonces podrán acusarnos, llenarnos de oprobios, tenernos por soberbios, corrompedores, y enemigos de toda la naturaleza.

¿Mas cómo podremos probar, ó cómo sabremos quién es el que verdaderamente conoce lo que conviene á los hijos, y quién parece que lo conoce, y real y verdaderamente no lo co-

noce? Exâminando con la mayor escrupulosidad las razones que voy á proponer, y poniéndolas en disputa como si fueran argumentos contrarios, y sometiénolas á la censura y decision de jueces justos é ilustrados. La ley del certâmen nos obliga á salir al combate contra los cristianos solamente, y disputar contra ellos; y no exige de nosotros otra cosa; porque como dice el bienaventurado Pablo¹: porque ¿que me va á mí en juzgar de los que estan fuera? ¿No juzgais vosotros de los que estan dentro? Porque de los que estan fuera Dios juzgará. Quitad pues á este malo de entre vosotros mismos. Mas por quanto sucede muchas veces que algunos de los que abrazan el estado monástico son hijos de padres infieles, aunque por la ley del certâmen no teníamos necesidad de convencerlos, emprenderemos primeramente con gusto y alegria la disputa contra ellos por mas difícil y complicada que sea. Porque como dice San

1 I. Corinth. V. 12.

Pablo¹: "El hombre animal no percibe
 „ las cosas que son del espíritu de Dios,
 „ porque le son locura, y no las puede
 „ entender, porque se han de examinar
 „ espiritualmente. Empero el hombre es-
 „ piritual examina ciertamente todas las
 „ cosas, mas él de nadie es examinado."

Sucede en esto lo mismo que quando
 queremos persuadir á alguno que busque
 el reyno de los cielos, que no conoce ni
 quiere creer que exista. Reducidos sin
 embargo á esta estrechura, quisiera dis-
 putar solamente con éstos, porque con-
 tra los fieles me sobran argumentos; mas
 la gran vergüenza que tengo de hacer-
 lo me quita todo el gusto que me cau-
 sa esta abundancia. Me avergüenzo de
 verme en la precision de disputar con
 los gentiles por estas cosas, y temo mu-
 cho que solo podrán con razón acusar-
 me de este crimen, pues en lo demas
 con el auxilio de la divina gracia los ven-
 ceremos facilmente; y si son hombres
 reconocidos y de un ánimo generoso

bien pronto les persuadiremos, no solamente el amor de esta vida, sino el deseo de nuestra doctrina, que es el principio y el argumento de ella. Estoy tan lexos de temer entrar en esta disputa, que no quiero empezarla hasta haberlos puesto con razones en el estado mas difícil de vencerlos. Supongamos pues que este padre no solamente es gentil, sino mas rico que todos los hombres, illustre y ocupando el primér empleo del imperio; que tiene muchos campos, muchas casas, y infinitos talentos de oro. Supongamos que haya nacido y viva en la capital del imperio, que es de las familias mas distinguidas, y que no tenga otros hijos, ni espera tenerlos, sino que todas sus esperanzas estan puestas en este hijo único; que tenga las qualidades mas brillantes para entrar muy joven en los empleos de la corte, hacerse mas illustre que su padre, y gozar de mayores comodidades. Enmedio de todas estas esperanzas supongamos que llega uno, y le habla de este género de vida, y le persuade que abandonándolo todo se vista

52 *Apología del estado monástico.*

de un vestido grosero y rústico, y dexando la ciudad se retire á los montes, y que allí se ocupe en plantar, regar, llevar agua, y las demas cosas que hacen los monges, las quales en el mundo se reputan por viles y despreciables.

Supongamos tambien, que este joven antes tan hermoso, colocado ya en los empleos mas distinguidos, viviendo con las mayores comodidades y delicadeza, se pone flaco y amarillo, que duerme en el duro suelo, que anda con los pies descalzos, y viste mas pobremente que sus mismos esclavos. ¿Hemos dado bastantes armas á nuestro adversario, y le hemos sugerido suficientes razones para defenderse y impugnarnos? Si éstas no son suficientes añadamos otras. Ademas de todas estas cosas supongamos, que el padre mueve todos los resortes para hacer desistir á su hijo de su resolucion; pero inútilmente, porque está fundado sobre la roca, y resiste á los rios, á los vientos y á las lluvias. Que se lamente este padre, y llore amargamente para encender mas en todos los corazones el

odio contra nosotros; que vea frecuentemente á toda clase de personas para acusarnos como criminales delante de ellas, diciéndoles: yo engendré y eduqué un hijo único que tenia; he padecido en todo el discurso de mi vida mil incomodidades, no dexando de hacer todo quanto es necesario para la educacion de los hijos; tenia unas esperanzas muy buenas; he hablado con los pedagogos; he suplicado á los maestros; he gastado mucho dinero; me he desvelado cuidando incensantemente de su porte y de su instruccion para que no fuera inferior á ninguno de sus progenitores, sino mucho mas ilustre que ellos. Esperaba que seria el consuelo de mi vejez, estaba ya pensando en buscarle muger y casarle á su tiempo, proporcionarle magistraturas y destinos; pero así como un rayo ó una tempestad que se forma sin saberse cómo cae sobre una nave cargada de géneros preciosísimos, la qual habiendo navegado muchos dias con viento próspero, quando estaba ya para entrar en el puerto de repente se su-

merge, y es de temer que esta pérdida tan grande y esta cruel tempestad no solamente reduzca á una pobreza extrema al dueño de ella, sino que le haga perecer con una muerte desgraciada: lo mismo me ha sucedido á mí ahora.

Porque aquellos exêcrables, corrompedores, y seductores (no nos queixaremos porque nos trate de este modo) arrebatando á mi hijo, que esperaba que habia de ser el báculo de mi vejez, como unos ladrones se lo llevaron á sus guaridas y lo han encantado con sus prestigios de tal manera, que prefiere exponerse al hierro, al fuego y á las bestias; en fin sufrirlo todo antes que volver á su antiguo estado.

Lo que hay en esto mas intolerable es que pretenden, habiéndole persuadido este género de vida, que saben mejor que nosotros lo que le conviene. Las casas y los campos quedan desiertos, y los esclavos y labradores estan llenos de tristeza y de rubor, los enemigos se alegran con mis males, y los amigos se llenan de confusion. Yo

no se que hacerme, estoy para tomar con mis manos un hacha encendida para abrasarlo todo, las casas, los campos, las vacadas y las cabañas. Porque ¿de que me han de servir todas estas cosas, si aquel para quien estaban destinadas ya no existe, habiéndoselo llevado cautivo unos hombres crueles y bárbaros, y teniéndolo en una esclavitud mucho mas cruel que la misma muerte? Todos los criados, despues de haber esparcido ceniza sobre sus cabezas, se han vestido de luto, he mandado juntar muchas mugeres para que lo lloren con un llanto mas amargo que si hubiera muerto. Perdonadme, amigos, porque esto para mí es mas doloroso que si estuviera en el sepulcro. La luz me es molesta, y los rayos del sol me incomodan quando considero el estado de mi desgraciado hijo. Quando me lo represento vestido mas pobrememente que los labradores mas infelices, y ocupado en los trabajos mas serviles con una resolucion firme de no mudar de propósito, me sofoco, y siento que se despedazan mis entrañas.

56 *Apología del estado monástico.*

Supongamos que diciendo estas cosas se postra á los pies de todos, que cubre de ceniza su cabeza, afea su rostro con el polvo, que arranque sus canas y alargue sus manos implorando su socorro. Me parece que hemos representado el acusador y la acusacion con colores bastante vivos para inflamar á todos los oyentes, y persuadirles que arrojen á los precipicios á los autores del mal de que se queja. He querido manifestar las acusaciones mas fuertes para que vencido este acusador con la gracia de nuestro Señor Jesucristo nadie se atreva á chistar. Pues el que tiene á su favor tantos, y tan poderosos motivos para quejarse reducido ya al silencio, el que tenga mucho menos (que son casi todos, porque no es posible que todas estas causas se hallen en uno solo) facilmente se dará por vencido.

Estas, y otras muchas cosas dirá este acusador; mas yo suplicaré á los jueces que no se dexen llevar luego de pronto de la compasion de este anciano sin oirnos á nosotros. Y despues que

habremos demostrado que llora un hijo qué esta tan lejos de sufrir algun mal, que antes bien goza de los bienes mas grandes y mas excelentes que se pueden adquirir, quedaremos convencidos que es digno de compasion y de lágrimas, porque no puede conocer la felicidad de su hijo, y esta tan lejos de verla, que le llora como si estuviera en su mayor desgracia.

¿ Por dónde empezaré pues el discurso contra este hombre? Por las riquezas y por los bienes , pues esto es lo que más le aflige, y ninguna cosa le parece tan insufrible como que los jóvenes ricos abracen un género de vida como este. ¿Dime á quien llamamos todos feliz, ó por mejor decir felicísimo? ¿Al que está siempre sediento de manera que apenas ha bebido un vaso, ya necesita otro, y siempre está en esta disposicion; ó aquel que libre de esta necesidad nunca padece sed, ni piensa jamas en beber? El primero es semejante á un enfermo que está abrasado con una calentura ardiente , y siempre con

una sed violenta, aunque tenga á su disposicion las fuentes copiosísimas para beber quanto quiera: y por el contrario el otro está verdaderamente libre, y del todo sano, y aun es superior á la naturaleza humana. ¿Y que? si alguno enamorado de alguna muger, se juntase con ella á todas horas, y esto no obstante se encendiese mas su apetito; otro por el contrario estuviese enteramente libre de esta pasion, que ni en sueños tuviera nada que sufrir. ¿Quién de estos dos nos pareceria feliz y dichoso? ¿No seria este último? Y por el contrario ¿Quien nos pareceria infelicísimo y desdichado? ¿No seria aquel que está enfermo y abrasado de un amor que no se puede apagar, sino que se enciende mas con todos los remedios que se han podido discurrir? Mas si este hombre se considera feliz en medio de su enfermedad y no quiere librarse de ella compadeciéndose ademas de los que estan libres de esta pasion, como este de quien hablamos ahora, ¿no será tanto mas miserable é infeliz por quanto no solamente está enfermo, sino tam-

bien porque ignora si lo está, y por esta razon no quiere curarse, y llora y se compadece de los que no padecen la misma enfermedad?

Apliquemos este mismo raciocinio á la posesion de las riquezas, y veremos quien sea mas infeliz, y mas desdichado; pues entre los amores este es el mas vehemente, y casi llega á locura; por consiguiente el que puede causar mayor dolor, no solamente porque los deseos son mas picantes, sino porque se niega á todos los consuelos, y es mas poderoso que todos los demas. Antes se saciarán los que tienen pasion por el vino y las mugeres, despues de haberlas gozado, que los que están dominados de la furiosa pasion de las riquezas. Y así nos hemos visto precisados á representar aquellas dos enfermedades en nuestro discurso, porque luego desde el principio no se puede recibir por la experiencia la instruccion. Mas de las riquezas la misma experiencia nos presenta muchos exemplos.

... Pues dime ¿lloras á tu hijo porque está

libre de una locura y de una enfermedad tan desesperada, y porque no está poseído de una pasión incurable? ¿Por qué está fuera de esta batalla, y de este combate? Mas dices él no hubiera estado sujeto á esta pasión, y contento con lo que tenía no hubiera deseado mas. Ciertamente esto es del todo contrario á la naturaleza. Pero sea como tú quieres, te se concede que no hubiera querido añadir nada á lo que poseía; y que jamás tendría semejantes deseos. Aun así te demostraré, que ahora goza de mas quietud y deleyte. ¿Qué cosa tendremos por menos incómoda, estar continuamente ocupado en guardar sus bienes, y como esclavo de estos lleno de mil cuidados, temiendo siempre no se pierda alguna cosa, ó estar libre de todos estos vínculos?

Supongamos que no solicita ni desea otra carga, pero sin duda es mejor abandonar y despreciar la que ya lleva. Porque si como todos confiesan es una gran felicidad no necesitar de muchas cosas, el poder vivir sin necesidad de hacer uso de ellas sin duda es mucha mayor feli-

cidad. El que no tiene sed, ni amores, volviendo á nuestros exemplos, sin duda es mucho mas feliz, como dexamos demostrado, no solamente que aquellos que estan siempre sujetos á estas pasiones, sino tambien mas que los que están atormentados por ellas algun tiempo solamente y las satisfacen; porque no necesita hacer esta experiencia. Te haré otra pregunta: si fueses mas rico que todos los hombres, y pudieras librarte de los males que acompañan las riquezas, ¿no desearias infinitamente mas gozarlas de este modo, sin envidia, sin calumnias, sin cuidados, ni otra cosa semejante? Pues si yo te demuestro que tu hijo las posee de este modo y que aun es mucho mas rico, ¿no cesarás de lamentarte y llorar tan amargamente?

No es necesario probarte que está libre de cuidados, y de los otros males que acompañan á las riquezas, pues tú mismo lo conoces, y no te atreves á negarlo. Acaso querrás saber como es mas rico que tú, que posees tantos bienes; pues esto es lo que yo voy á pro-

62 *Apología del estado monástico.*

barte, haciéndote ver que comparado con el que tú juzgas que está en una pobreza extrema eres sin duda alguna mas pobre.

No pienses que yo quiero hablar de los bienes del cielo, que hemos de conseguir saliendo de esta vida, no: la demostracion la he de hacer de los bienes que llevamos entre manos. Tú solo eres dueño de tus bienes; él lo es de los de todo el mundo. Si no crees esto vamos los dos á ver á tu hijo, y persuadámosle que baxando del monte donde está, ó por mejor decir quedándose en él, envíe orden á uno de los mas ricos, pero que tenga piedad, que le envíe el dinero que tú quieras, ó que le mande que lo dé á algun pobre, pues para sí no lo quiere, ni lo permitiria; y verás que éste rico lo hace en un instante, y con mas alegría que tus mayordomos. Pues estos no lo hacen sino con disgusto, y tristes; y aquel solo esta triste quando no le envía la orden de expender el dinero; porque cree no le haya ofendido en alguna cosa. Yo te podria mostrar muchos de estos monges, no de las casas

ilustres, sino de nacimientos muy obscuros que tienen este mismo poder. Si tu mayordomo gasta las riquezas que tiene en su poder, no tienes otro á quien pedir: por esta bellaquería te reduce á la pobreza. Mas esto no hay que temer de tu hijo, porque si aquellos á quienes envía estas órdenes se hacen pobres, recurre á otros, y antes faltarán fuentes que den agua, que no ricos que tengan gusto en servirle. Si tú fueras de la misma religion que nosotros, te traeria muchos y grandes exemplos de la misma naturaleza; mas aunque seas gentil y defiendas su causa, no por eso me han de faltar exemplos para convencerte. Oye pues lo que dice Criton á Sócrates en Platon " Todo
 » lo que yo tengo, que á mi parecer no
 » es poco, es tuyo; y si porque me ins-
 » truyes no quieres usar de mis cosas, es-
 » tos que están aquí presentes te ser-
 » virán con las tuyas, y al mismo tiem-
 » po le presentó mucha cantidad de oro
 » Simias Tébanos, y lo mismo iba á ha-
 » cer Cebes y otros muchos. Así que sin
 » acobardarte, como poco ha te decia, sál-

64 *Apología del estado monástico.*

„vate. No digas lo que en el tribunal,
„que si te salieras, no tendrías lo que
„necesitarias y que esto te causaba pe-
„sadumbre. A qualquiera parte que va-
„yas encontrarás quien te estime. Si
„quieres ir á Tesalia, allí tengo muchos
„huéspedes que te estimarán mucho y
„te pondrán en salvo de manera que
„nada te falte” ¿Qué cosa mas agradable
que esta opulencia? Pero estas cosas sean
dichas como á un hombre del mundo
y que no piensa sino en las cosas
del siglo.

Si juzgamos de las riquezas de un
modo mas filosófico quizás tú no lo com-
prenderás; mas es preciso hacerlo así por
los que han de juzgar de esta cuestion.
Las riquezas de la virtud son tan gran-
des, tan suaves, y tanto mas apetecibles
que las vuestras, que el que las posee
no las trocará por toda la tierra aun que
se convirtiera en oro con los montes, la
mar, y los rios. Si esto fuera posible, por
la experiencia conocerias que no lo de-
cimos por vanidad; sino que aun quan-
do fueran mucho mayores las desprecia-

rian y jamas las trocarian. ¿Qué digo trocarlas? ni aun tenerlas con estas otras. Estoy seguro, que si alguno os diera las riquezas de la virtud con las del mundo, las recibiríais con ambas manos, manifestando de esta manera quan grandes y admirables son aquellas, quando estos desprecian tanto las vuestras que no quieren poseerlas con las de la virtud. Y esto voy á manifestarlo con exemplos tomados de vosotros mismos. ¿Quántas riquezas te parece que le hubiera dado Alexandro á Diógenes, si este las hubiera querido recibir? Mas no quiso, siendo así que Alexandro hizo el mayor empeño, y se sirvió de todos los medios para hacérselas recibir.

¿Quieres conocer por otra parte tu pobreza, y al contrario las riquezas de tu hijo? Acércate á él, y quítale la capa única que tiene, arrójaló de su celda, y despues destrúyela: no por eso lo verás ni enfadado ni triste; sino que te dará las gracias muy cumplidamente, porque le proporciona ocasiones para exercitar la virtud. Pero si al-

E

guno te quitáre solamente diez dracmas, no pondrias fin ni á tus queexas ni á tus lágrimas. ¿Quién es pues mas rico? ¿el que por una bagatela se atormenta y se consume, ó el que absolutamente lo desprecia todo?

No te contentes con esto, arrójalo de todo el pais, y verás que se rie como de un juego de niños. Si á tí te destieran de tu patria, lo tendrás por una desgracia cruel é insufrible. Él, como señor de tierra y mar, pasa con mucha facilidad y sin dolor de un lugar á otro, como tú de un campo á otro, y aun mas facilmente: tú aunque puedes ir por tus campos, es preciso que tambien pases por los agenos: él pasa siempre por sus tierras. Los lagos, los rios y las fuentes le proveen abundantemente de beber; y se alimenta de legumbres y yerbas, y halla su pan en todas partes. Omito aún el que considerando como su propia ciudad el cielo, desprecia toda la tierra. Quando llega el caso de morir, recibe mejor la muerte que todas vuestras delicias, y desea mas mo-

rir de este modo, que vosotros en vuestra casa, y cama, de manera que propriamente debe llamarse vago, errante y desterrado el que habita en la ciudad y en su casa, y no el que ha abandonado todas estas cosas. Pues no se le puede arrojar de su casa sino echándole de toda la tierra.

Hablemos por ahora así. Porque si se ha de hablar con verdad, quando lo echas de esta tierra, entonces principalmente lo envías a su patria, pero esto no es aun tiempo de desirlo, porque no conoces sino lo que se ve con los ojos. Ni puedes demostrar que está desnudo cuando con los vestidos de la virtud, ni podras matarle a hambre conociendo qual es el verdadero alimento. Los ricos son los que facilmente se dexan engañar con estas cosas, y así, por esta razon conviene hacerles entender que ellos son propriamente pobres y necesitados, y los otros muy ricos. Porque el que por todas partes enueentra la comida, bebida, casa y descanso, y no solamente no lo lleva a mal, sino que está mas conten-

68 *Apología del estado monástico.*

to que vosotros en vuestras casas, es evidente que es mas rico que los mas opulentos, que solo pueden gozar de estas comodidades en sus casas. Por esta razon él jamas se quejará de su pobreza; y estas riquezas no solamente son mejores y preferibles por su abundancia, y por los deleytes que las acompañan, sino porque son insuperables. Ni la pobreza puede nada contra ellas, ni los que las posee estan expuestos á la incertidumbre, ni á los cuidados, ni á la envidia; sino que todo el mundo les admira, les alaba, y les celebra. En vosotros se ve todo lo contrario: no solamente los demas no os alaban por vuestras riquezas sino que os aborrecen y os detestan; y muchos estan llenos de envidia, y os arman mil asechanzas. Estos porque poseen las verdaderas riquezas son la admiracion de todo el mundo, y nadie les tiene envidia, ni les arma asechanzas.

¿Y quién es mas apropósito para la salud del cuerpo? ¿No es este de un cuerpo fuerte y robusto como los animales silvestres, porque siempre respira un aire

puro, bebe unas aguas muy saludables; se pasea por los prados y goza de las flores y de olores suavísimos? Los otros como tendidos en el cieno son mas delicados, y están mas expuestos á las enfermedades. Si gozan aquellos de salud mas robusta, tambien exceden á estos en los deleytes. ¿Quién te parece que goza de mayores delicias, el que se acuesta sobre una yerba blandísima cerca de una fuente muy clara á la sombra de unos árboles densísimos deleytando sus ojos con la vista de una agradable campiña, y teniendo el alma mas pura que el cielo, libre de toda turbacion y tumulto; ó el que está siempre encerrado en su casa? Los mármoles ciertamente no son mas puros que el aire, ni la sombra de los techos es tan agradable como la de los árboles, ni las piedras que cubren los suelos son mas hermosas que la variedad de las flores.

Vosotros mismos ¡oh ricos! confesais todo esto; pues si pudiérais, tendríais árboles dentro de vuestras mismas casas, y preferiríais la amenidad de los

70 *Apología del estado monástico.*

prados á vuestros techos dorados y paredes adornadas con pinturas admirables. Por esta razón quando quereis descansar de vuestros trabajos dexais vuestras casas y os retirais al campo. Quizas te quejas de aquella gloria grande y magnífica que no se halla aqui. Pues comparando la corte con la soledad, y la esperanza de uno y otro estado te parece que tu hijo ha caido del cielo. Sentemos pues lo primero, que ni la soledad hace á nadie vil y despreciable, ni la corte ilustre y esclarecido; y antes de venir á las razones quiero librar-te de esta sospecha con exemplos no nuestros, sino vuestros. Sin duda habrás oido hablar de Dionisio tirano de Sicilia, y de Platon hijo de Ariston; dime: ¿quién fue mas ilustre de los dos? ¿Quien es elogiado y celebrado por todos los hombres? ¿No es el filósofo con preferencia al tirano, aunque éste dominaba en toda la Sicilia, y pasaba su vida en las delicias, poseyendo inmensas riquezas, rodeado de guardias, y vivió una vida muy larga con toda la pompa real; y aquel vivia en un huerto de la academia, regando y plan-

tando , y comiendo aceitunas , teniendo una mesa sumamente pobre , y sin ningun aparato ni esplendor?

Y aun no es esto lo mas maravilloso , sino que habiendo caido en la esclavitud , y vendido por orden del tirano , lexos de parecer mas vil y despreciable en este estado , era por el contrario mas digno de admiracion : tanta fuerza tiene la virtud ; no solamente por las cosas que nos hace obrar , sino tambien por las que nos hace sufrir , sin permitir que los que la practican se queden ocultos en la obscuridad. ¿Qué diremos de Sócrates su maestro? ¿Quánto fué mas ilustre que Archelao? Este era rey , y estaba lleno de riquezas ; y aquel vivia en el Licéo , y no tenia mas que un vestido para invierno , y para verano , y para todos los tiempos del año. Siempre iba con los pies descalzos , y pasaba todo el dia sin comer , contento con solo pan que le servia de toda comida , y no ponía esta mesa de lo suyo , sino de lo que otros le daban , pues él vivia en una suma pobreza : esto no obstante era tanto mas ilustre

y mas esclarecido que el rey, que convidado muchas veces por éste, no queria dexar su Licéo para ir á palacio.

Por la fama que aun hoy hay entre las gentes se puede conocer quien fue mas esclarecido y ilustre en su tiempo. Los nombres de éstos estan en la boca de todos, y los de aquellos nadie los conoce. Diógenes de Sinope otro filósofo, fue mucho mas rico que estos y otros innumerables reyes, sin embargo que llevaba un vestido roto; pues Alejandro de Macedonia hijo de Felipe, pasando á la Persia con su ejército dexó todas las cosas para irle á ver, y le preguntó si necesitaba alguna cosa, y si le mandaba algo. El filósofo le respondió, que nada necesitaba. ¿Te parece si te he propuesto bastantes exemplos, ó quieres que te presente mas? Estos fueron mas ilustres, no solamente que los mas célebres cortesanos, sino que los mismos reyes; siendo así que vivian en una vida privada y tranquila, y no querian acercarse al gobierno de la república. Y aun entre los que administran la república no

han sido mas ilustres y esclarecidos los que han tenido mas riquezas y han vivido en las delicias y en la abundancia, sino los que vivian en la pobreza, en la sencillez y en la moderacion.

En Atenas Arístides, que no dexó con que enterrarse, fué tanto mas ilustre que Alcibiades, que era el mas célebre de todos los atenienses por sus riquezas, por sus delicias, por la elocuencia y las fuerzas de su cuerpo y nobleza de su linage, quanto un filósofo es mas admirable que un niño. Entre los thebanos Epaminondas llamado á una junta del pueblo, y no pudiendo ir á ella, porque tenia que lavarse el vestido, que era el único que tenia, fué mas ilustre que todos los generales que se habian juntado. No me hables pues de la soledad ni de la corte. Pues la gloria y el esplendor no se halla en los lugares, ni en los vestidos, ni en la dignidad, ni en el poder; sino en la virtud, y en la filosofia.

Mas por quanto los exemplos no tienen tanta fuerza para persuadirte, empezaré la discusion por tu hijo mismo, el

qual no solamente es mas esclarecido, sino que por las mismas cosas que tú le reputas mas despreciable y mas vil, es mas estimado y mas ilustre. Si quieres una prueba de esto hagámoslo baxar del monte, y que se presente en la plaza, y verás que todo el mundo pone en él los ojos; que todos le señalan con el dedo llenos de admiracion y asombro como si vieran un Angel baxado del cielo. Será mas ilustre con sus vestidos viles y ruidos, no solamente que los cortesanos, sino que el mismo rey.

No seria ciertamente tan admirado, si llevára vestidos bordados de oro, ó estuviera con la púrpura y la corona, ó sentado en sillas de seda, ó en un coche tirado con mulos, y rodeado de guardias; como lo es ahora con su vestido grosero, vil y despreciable, con los pies desnudos, y sin ningun acompañamiento. Por que la pompa real está establecida por las leyes, y recibida por la costumbre. Y así si alguno nos dixere admirado, que el rey llevaba vestidos bordados de oro, estaríamos tan lejos de extrañarlo que haría-

mos la burla de él, porque no nos contaba nada de nuevo. Mas si alguno viene, y nos dice de tu hijo, que despreciadas las riquezas de su casa, y sin hacer caso de la vanidad del siglo, superior á todo lo que el mundo le podia ofrecer, se ha ido al desierto, y se ha vestido un vestido vil y despreciable, luego se reúnen todos, quedan admirados y alaban su grandeza de ánimo.

Los vestidos de oro no solamente no hacen admirables á los emperadores, sino que no los pueden defender de las innumerables calumnias y maldiciones que se dicen contra ellos. En este el vestido sirve de motivo para admirarle, y le hace mas illustre que si llevara el manto real. Pues por esta razon nadie se admira de ver el emperador, y viendo á este otro con su vestido vil y despreciable, se admiran y se pasman todos. ¿Y de qué me sirven á mí, me dirás, la opinion y las alabanzas del vulgo? Pues en esto consiste la gloria. Mas yo no hago caso de estas cosas: lo que yo pretendo, son los honores y el poder: pues

los que alaban , que es lo que mas lisonjea , tambien honrarán. El poder y los honores, no menos que las otras cosas, los poseen con mayor ventaja los monges, y como esto podemos confirmarlo con los exemplos, me serviré de ellos como el medio mas conveniente para consolarte, y haré uso del de tu mismo hijo para este fin.)

¿Qual es la señal del mayor poder? No consiste el poder en castigar á los que nos hacen injurias, y remunerar á los que nos hacen beneficios? Pues este poder ni aun los emperadores lo tienen enteramente. Porque tienen muchos enemigos de quienes no pueden vengarse , y muchos bienhechores á quienes no pueden recompensar. En la guerra tienen muchos enemigos, que les causan infinitos males ; y sin embargo que desean con mucha ansia vengarse de ellos, no pueden, ni tampoco gratificar á los amigos que han dado pruebas de un valor heróico dando la vida en la batalla por su servicio y en defensa de la patria. ¿Que dirás tú si te hago ver que

tu hijo tiene un poder mucho mayor que el que los reyes quisieran y no tienen? Nadie entienda que hablo de los bienes del cielo, que tú no crees, pues no me he olvidado de mis promesas. Tomaré los argumentos de lo que sucede en esta vida.

Si el vengarse de sus enemigos es el supremo poder, sin duda alguna será mucho mayor elegir un género de vida en el qual nadie nos pueda dañar aunque quiera. Haremos ver con otro exemplo que este poder es mucho mayor que el primero. Dime por tu vida: ¿qué cosa es mayor, estar tan instruido en el arte de la guerra, que nadie pueda herirnos sin ser herido; ó tener el cuerpo de manera que nadie aunque quiera pueda herirnos? Es evidente que esto pide mayor poder y es mucho mas excelente, especialmente si se le agrega otra prerrogativa muy superior. ¿Y qual es? conocer los remedios para curar todas las heridas. Establecidas estas tres especies de poder, es á saber: el primero que nos podamos vengar de

las injurias: el segundo que podamos curar nuestras propias heridas, que es mayor que el primero, aunque no tiene conexión con él; y el tercero que ningún hombre nos pueda herir, lo que excede y es superior á la naturaleza humana; voy á demostrar que tu hijo tiene este poder tan grande.

Para que nadie crea que esto no es mas que un vano sonido de palabras, discutiendo sobre esta materia aun hallaremos otra potencia mayor. No solamente no habrá nadie que nos pueda dañar, sino que ni aun lo querrá, de modo que por estas dos partes estaremos siempre seguros y sin temor. ¿Qué cosa mas divina que esta vida, en la qual nadie nos quiere hacer daño, y aunque quiera no puede, especialmente quando el no querer dañar no viene de la falta de fuerzas, como en muchos; sino porque no hay causa alguna para ello! Pues si fuera por no poder, no sería esto una cosa tan grande y tan admirable, porque se encendería un odio furioso en los que queriendo hacer daño

no podrian, lo que sin embargo no dexa de ser una gran felicidad. Si te parece, examinemos lo primero con mucha diligencia. ¿Quién querrá hacer daño á aquel que nada tiene de comun con los hombres, ni pactos, ni campos, ni dinero, ni negocios, ni otra cosa alguna? ¿Por qué casa de campo litigará con él, por qué esclavos, por qué gloria? ¿Qué es lo que teme? ¿Quién le provoca? Porque lo que nos mueve á hacer daño á los otros es ó la envidia, ó el miedo, ó la ira. El monge es mas poderoso que los reyes, y superior á todos los hombres. ¿Quién tendrá envidia de aquel que se burla de todo aquello, por lo que tanto se afanan y fatigan los otros? ¿Quién se irritará contra aquel que ningun daño nos ha hecho? ¿Quién temerá á aquel de quien nada tenemos que sospechar? Por donde consta que no hay nadie que le quiera hacer daño, y también es evidente que aun quando alguno quisiera hacérselo no podria por no tener ni causa ni pretexto para atacarle; pues semejante á una águila que se remonta sobre las nubes,

y no cae en los lazos con que se cogen los páxaros pequeños él no halla ningun obstáculo que sea capaz de detenerle. ¿Por donde podrá pues alguno hacerle daño? No tiene dinero para que se le amenace con la multa; no tiene patria para que se le pueda desterrar, y no desea la gloria para que se le pueda infamar.

Solo resta una cosa, que es la muerte. Mas por esta parte tampoco se le puede afligir; sino que antes bien se le hará un gran favor haciéndole morir; porque se le envia á la otra vida, que tanto desea, y que tanto trabaja para conseguirla, mirándola no como pena sino como el fin de sus trabajos, el alivio de sus sudores, y el descanso de sus penas. ¿Quieres ver como posee otra especie de poder aun mas excelente? Aunque se le hagan los mayores males, aunque despedacen á azotes su cuerpo, y se le ponga en los calabozos, su cuerpo conforme á su naturaleza padece, pero su espíritu está ileso por la virtud; porque ni se enciende en él la ira, ni es arrebatado del odio,

ni tienen entrada en él las enemistades. Aun hay además de esto otra cosa de mayor admiración, y es, que tratado de esta manera ama y desea toda especie de bienes á los que así le incomodan, como si fueran sus bienhechores y sus protectores. ¿Que le podrías tú dar jamás igual á esto, aunque pudieras hacerle mil veces rey de todo el mundo y reynar diez mil años? ¿Qué púrpura, qué principado, qué gloria puede compararse con este bien? ¿Qué no darías tú por tener un alma como esta? A mí me parece que los que con tanto estudio buscan los deleites y comodidades del cuerpo, elegirían con preferencia esta vida.

¿Quieres tú ver el poder de tu hijo aun mucho mas admirable y mas agradable, considerado por la parte mas humilde, pero que para tí será de mayor satisfaccion? Lo que hasta ahora hemos dicho prueba, que ni se le puede injuriar, ni hay por donde cogerle. Quizás querrás ahora saber cómo gobernará á los otros, y los pondrá en mucha seguridad. La

F

primera obligacion del que es cabeza de otros es excitar y encender en ellos el mismo zelo, los mismos deseos, y la misma inclinacion que él tiene, y hacerlos de esta manera firmes y constantes; mas si no quieren, sino que prefieren esta vida terrena y carnal, aun en esto verás que el poder de aquel que nada tiene, por lo mismo que nada tiene es mayor que el tuyo que eres tan opulento. ¿Quien hablará, y aun reprenderá al emperador con mayor autoridad, tú que posees tantas riquezas, y que por la misma razon estás sujeto aun á sus esclavos, que todo te hace temblar, que si te quiere hacer daño estando enfadado tiene mil medios para ello; ó éste que es superior á su poder? Los que se han separado de las cosas de este mundo hablan con mucha mas libertad á los reyes. El que tiene algun poder, y está en la corte ¿á quien cederá y obedecerá mas facilmente, á tí que eres rico, y que sospecha que las mas de las veces obras por interes, ó á aquel que solo obra por el amor que tiene á los hombres? ¿A quién honrará y admirará mas,

á aquel de quien no puede sospechar nada de vil, ó á aquel otro que le tiene por mas vil que sus mismos esclavos? Como quando se ha de distribuir algun dinero siguen antes los consejos de aquel que los de éste; así tambien quando han de proteger á alguno atienden mas á sus recomendaciones.

Si quieres que no haga nada por medio de los otros, sino todo por sí mismo, presentemos un hombre miserable delante de tu hijo y delante de tí, ó sinó delante del mismo emperador, y veamos quien le socorrerá mas pronto y remediará mas facilmente. Sea el primero que se le presente el que haya sufrido las mayores desgracias. Supongamos que es un padre, que ha perdido el único hijo que tenia en la flor de su edad. Es cierto que ni tú ni el príncipe, ni el rey, ni ningun otro le podrá consolar; pues no le podrás dar nada que sea igual á lo que ha perdido. Pero si lo presentas á tu hijo, primeramente empezará á salir del abatimiento en que está su alma viéndole con su

84 *Apología del estado monástico.*

vestido y en su celdilla, con lo qual se persuadirá que deben despreciarse las cosas humanas ; despues con su conversacion disipará facilmente la niebla que la tristeza ha derramado en su espíritu. Mas de tu casa saldrá con mayor tristeza. Porque quando vea que no hay en ella ningun mal; que está llena de felicidad, y que tiene su heredero, se encenderá mas su dolor. Mas de la celda de tu hijo saldrá mas tranquilo, y mas dispuesto para recibir la filosofía: porque viendo que tu hijo ha abandonado tantas riquezas, tanta gloria y tanto esplendor , sentirá menos la muerte de su hijo. ¿Que sentimiento le podrá causar no tener heredero viendo que otro desprecia todas estas cosas? Mas facilmente le persuadirá la virtud el que con sus obras confirma lo mismo que dice con sus palabras. Mas si tú te atreves á abrir la boca, le llenarás de tristeza, porque te pones á filosofar en los males ajenos. Aquel instruyéndole por sus mismas acciones, facilmente le convencerá que la muerte es un sueño.

No le pondrá delante de sus ojos

muchos padres que han sufrido la misma desgracia , sino á sí mismo, que vi- viendo piensa todos los días en su último fin, y se prepara de continuo para la muerte ; y haciendo de este modo mas creible la doctrina de la resurreccion, le despedirá mas consolado ; y sus palabras acompañadas de sus acciones tendrán mas fuerza para consolarle que las de los parasitos. De este modo le curará á éste. Presentémosle, si quieres, otro que haya perdido los ojos por una enfermedad habitual. ¿Qué consuelo le podrás dar á este ? Mas tu hijo le persuadirá que no debe sentir mucho esta pérdida ; pues él mismo encerrado en una pequeña casita, y caminando á otra luz con la qual comparada esta no merece estimacion, le enseñará con su exemplo á sufrir con firmeza su desgracia. ¿Podrás tú persuadir la tranquilidad y la paciencia á los que han sufrido algunos daños ? De ninguna manera. Antes bien les serás molesto: porque solemos ver con mas claridad y cuidado nuestros males en la prosperidad de los otros. Tu hijo tam-

bien les consolará á estos con mas facilidad. Omito el auxilio de las oraciones, sin comparacion mayor que todos los otros; y lo dexo aparte, porque hablo contigo.

Si quieres ser honrado por tu hijo y no despreciado, lo que es regular que tú desees, no sé de qué otro modo puedas conseguirlo mejor que teniendo un hijo que es superior á la condicion de los hombres, y admirado por todo el mundo, y siendo tan famoso no tiene ningún enemigo. Si estuviera en aquel poder que se estima tanto en el mundo, es cierto que sería honrado de muchos; pero también sería aborrecido de otros; mas los que honran á tu hijo, todos lo hacen con gusto. Porque si unos hombres oscuros, hijos de labradores ó artesanos humildes, habiendo abrazado este género de vida se han hecho para todos tan respetables, que ninguno de los que se hallaban en las dignidades mas altas se avergonzaba de irles á ver en su celda, y hablar y comer con ellos; sino que lo hacian con tanto gusto y alegría como si gozaran de

unos grandes bienes, lo que realmente era verdad; mucho mejor lo harán con aquel que es de un nacimiento ilustre, de infinitas riquezas, de las mas brillantes esperanzas; y abandonándolo todo se ha dedicado á este género de vida. De manera que de lo que tú mas te quejas, es á saber, que despreciadas estas cosas haya abrazado esta vida triste, es lo que le hace mas venerable, y lo que obliga á todos que vuelvan sus ojos á él, no como á un hombre, sino como á un Ángel. Porque no han de sospechar de tu hijo lo que suelen pensar de los otros, que han elegido este estado para salir de la obscuridad en que estaban, haciéndose mas respetables, ó por el amor á los honores, ó por el deseo de adquirir riquezas. Estas cosas, aunque falsas, é iniquamente dichas de los otros, no pueden ni aun sospecharse de tu hijo.

Y no pienses que esto es así porque los emperadores son cristianos; pues aunque el imperio se acabe, y los emperadores se hagan infieles, las virtudes de tu hijo no dexarán de ser mas

88 *Apología del estado monástico.*

ilustres. Nuestras cosas no son como las de los gentiles, ni se acomodan á la opinion de los que mandan; sino que se sostienen por su propia virtud, y quanto mas las impugnan mas ilustres se hacen. El soldado en tiempo de paz es considerable; pero mucho mas en tiempo de guerra. Y así siendo infieles los emperadores, tu hijo será mucho mas ilustre. Porque los que ahora respetan á tu hijo, lo harán mucho mejor quando lo vean combatiendo con la mayor intrepidez, y en ocasiones de manifestar mas á las claras su gran virtud.

¿Quieres que examinemos la cosa con respecto á tí; ó te parece esto superfluo? Este que con todos es tan manso y benigno, que á nadie da motivo alguno de queja, honrará sin duda mucho mas á su padre, y le protegerá mas que si tuviera alguna magistratura secular. Porque si poseyera alguna dignidad alta, no sabemos si entonces miraria con desprecio á su padre; mas ahora en el estado de vida que ha elegido, el qual lo hace mas esclarecido

que á los reyes, será el mas humilde de todos contigo. Porque nuestra filosofía es tal, que las cosas que parecen entre sí contrarias, como son la modestia y la grandeza, las obliga á reunirse en una misma alma.

Si se hubiera quedado en el siglo, el amor de los bienes quizás le hubiera hecho desear tu muerte: ahora pide á Dios con fervor que te dé una vida muy larga, de manera que aun en esto sus coronas se hacen mas gloriosas; pues no es pequeña recompensa la que está reservada á los que honran á sus padres. Dios nos manda que los repütemos como nuestros señores, que les reverenciamos de palabra y de obra, con tal que en ninguna cosa faltemos á la religion y la piedad. ¿Como les pagarás lo que han hecho por tí; se nos dice? Considera pues con quanta diligencia y cuidado cumplirá con esta obligacion el que en todas las demas cosas ha llevado la virtud á la perfeccion. Si es necesario morir por tu vida, no lo rehusará, porque no solamente te respeta y te honra porque

así lo prescribe la ley natural, sino principalmente por Dios, por quien todas las cosas ha despreciado.

Siendo pues ahora mas ilustre, mas poderoso, mas rico, mas liberal, y con tanta grandeza de ánimo mas sujeto á tí que antes: dime, ¿por qué lloras? ¿Es porque no estás todos los dias con cuidado que no muera en la batalla, que no ofenda al emperador; ó porque sus compañeros de armas no se enciendan de envidia contra él? ¿Pues qué, los padres de los hijos mas ilustres no temen todos los dias estas y otras muchas cosas? Como los que han puesto á un niño en un lugar alto temen no caiga; de la misma manera temen los que colocan á sus hijos en las altas dignidades. Pero la banda, la toga, y la voz del que preconiza estas dignidades, causan gran placer. ¿Y dime, esto por cuántos dias? ¿ataso por treinta, por ciento, ó por otro tanto tiempo? ¿qué sucede despues? ¿No pasan todas estas cosas como un sueño, como una fábula, ó como una sombra? Mas este honor tu hijo lo conserva hasta el fin, y

aun despues de la muerte; y entonces mucho mas: y este imperio jamás se lo quitará ningun hombre, porque no lo ha recibido de los hombres, sino de la virtud.

Pero tú lo quisieras ver vestido magníficamente, montado sobre un soberbio caballo, acompañado de muchos criados, y dando de comer á muchos párasitos y aduladores. ¿Por qué quisieras todo esto? ¿Para causarle á tu hijo un gran deleite? Si le oyeras decir á él (porque quizás no nos creerás á nosotros) que juzga tanto mas agradable la vida que lleva que la de los que viven en las delicias, y que la de los que se entregán á las mugeres públicas, á la música, á los párasitos, á los aduladores y á la lascivia: que quisiera mas morir mil veces que obedecer á aquel que le mandará que dexara la vida que lleva y se ocupára en aquellas cosas: ¿qué dirías á todo esto? ¿Ignoras quan agradable es la vida separada de los negocios? Quizás ningun hombre lo sabe, porque nadie ha gustado con toda pureza una vida tan deliciosa. Teniendo pues celebri-

92 *Apología del estado monástico.*

dad, seguridad, y gloria, que es muy difícil hallar juntas, ¿qué vida puede preferirse á esta?

Pero dices, ¿por qué me propones estas cosas á mí, que estoy tan lejos de ser filósofo? ¿Pues por qué no dexas que tu hijo se dedique á filosofía? Conténtate con haberte hecho á tí mismo este daño. ¿Pues qué, no juzgas que es un daño muy grande haber llegado á una extrema vejez, y no saberla sufrir con paciencia por no haber hecho nada de bueno en la juventud? Por esta razon, dices, sufrimos con tanta impaciencia la vejez porque la juventud nos ha proporcionado grandes comodidades. ¿Quales son estas grandes comodidades? Muéstrame un viejo que las tenga. Si las tuviera y las conservára todas ciertamente no se lamentaria así de verse privado de ellas: mas si todas han desaparecido, y se han hecho inútiles, ¿como las llamaremos grandes habiéndose acabado tan pronto? No sucederá esto á tu hijo, aunque llegue á la vejez mas decrepita. No verás que la sufra con impa-

ciencia, como vosotros haceis; sino que estará alegre y contento: porque entonces sus bienes están mas florecientes y vigorosos. Vuestras riquezas, aunque tengais inmensos bienes, están reducidas á vuestra primera edad; lo que no sucede á estas otras, que perseveran en la vejez, y nos acompañan quando salimos de esta vida. Por esta razon, quando veis que en la vejez se aumentan vuestros bienes, y se os ofrecen muchas ocasiones de gloria y de delicias, lo llevais á mal, porque la edad no os permite gozar de ellas. Por esta misma razon la muerte os estremece, y quando vuestras cosas van mejor, entonces decís que sois mas miserables. Mas tu hijo empieza á descansar quando llega á la vejez, porque corte al puerto, y conserva siempre vigorosa la juventud, sin que decline jamás á la vejez.

Tú quisieras que tu hijo hubiera gozado de estas delicias, de lo qual se hubiera arrepentido mil veces, y lo hubiera llorado en la vejez. Mas no quiera Dios

94 *Apología del estado monástico.*

que ni nuestros enemigos gocen de ellas. ¿Qué digo yo en la vejez? Pues todos estos deleites se acaban en un solo día; ¿pero qué digo en un día ó en una hora? en un momento brevísimo. Porque ¿qué es el deleite? ¿No es contentar su vientre, preparar unas mesas sibaríticas, juntarse con mugeres hermosas á manera de los puercos, que se revuelcan en el cieno?

Pero no hablemos aun de estas cosas. Prosigamos discurrendo qué cosa sea deleite. ¿Por ventura no es una cosa fria y vil? Si quieres hablemos primero de aquel que parece que tiene alguna cosa de agradable; quiero decir, de la gula. Dime ¿quanto tiempo dura, y qué parte del día nos puede ocupar? Ciertamente es tan poco rato que apenas se percibe. Porque luego que nos hemos saciado cesa el deleite, y antes de saciarnos pasa con mas rapidez que el agua del rio; y se acaba en las mismas fauces, sin que pueda entrar dentro con la comida, porque luego que pasó de la lengua perdió su fuerza. No quiero hablar de los demas males, y qué tempes-

tad tan recia suele nacer de este deleite. El que se abstiene de él, no solamente gozará de un sueño mas agradable que el que se llena de comida, sino tambien mas ligero y mas fácil; porque, como dice el Eclesiástico¹, el sueño de la salud en un vientre moderado. ¿Por qué hemos de hablar de las enfermedades, vómitos, calamidades, y gastos supérfluos? ¿Quántas contiendas, quántas asechanzas, y quántos daños no nacen de estos convites?

Mas es cosa suave gozar de las mugeres públicas. ¿Qué deleite puede haber en tanta torpeza? Pero no examinemos por ahora estas cosas; no hablemos de las riñas de los amantes, ni de las contiendas y acusaciones de los rivales. Supongamos que alguno goce con libertad de esta obscena libian-
dad, que no tenga rival que no lo desprecie su amiga, que gaste el dinero como si fuera agua; que es muy difícil que todas estas cosas se hallen reunidas en un hombre solo. Para no tener rival es necesario consumir todos sus

¹ Ecles. 31.

96. *Apología del estado monástico.*

bienes para vencer á los demas á fuerza de donativos: el que quiere conservar sus bienes y no caer en pobreza, forzoso es que sea despreciado y desechado por la amiga. Pero convengamos que nada de esto suceda, y que todo te salga á medida de tus deseos. ¿Qué deleite puedes mostrarme que hay en estas cosas? No ciertamente: en el tiempo del coito, en el acto mismo que se goza de la mujer, estando entonces en la agitacion, en en el furor, y en un fervor vehemente; si hay algun deleite se extingue en el momento que la pasion se sació. Mas nuestros deleites no son de esta especie. Nuestro espíritu está sin ninguna turbacion ni agitacion: conserva una alegría pura, sincera y gloriosa, que no tiene fin, y es mucho mas fuerte y mas viva que la vuestra.

Es evidente tambien que es mas agradable; pues el temor puede hacer cesar la que vosotros teneis. Si el emperador amenazára con pena de la vida á los que se entregan á estos deleites, la mayor parte de los hombres los abandonarían en

un momento; mas aunque á nosotros se nos amenazára con un millon de muertes para hacernos desistir del nuestro, no solamente no se nos persuadiría, sino que nos burlaríamos de las amenazas, porque el deleite, y la alegría que nos causa la virtud es sin comparacion mas dulce y mas fuerte que todas vuestras delicias y amenazas. No tengas, pues, envidia de tu hijo, porque abandonando los bienes caducos y perecederos, y que propiamente no lo son, pasa á los verdaderos y permanentes. Ni te lamentes de aquel que debe celebrarse como hombre feliz, sino de aquel que no es como tu hijo, y que se agita en el torbellino de esta vida, como en el Euripo.

Aunque tú seas gentil é infiel, no recibirás mal este discurso mio. Muchas veces has oido hablar de los rios Cocito y Pyrisfegeton, de la laguna Stix, y del Tártaro, que dista tanto de la tierra como ésta del cielo, y de otros muchos géneros de suplicios. Aunque los griegos no pudieron explicar estas cosas como son en sí, porque no tenían mas que las hu-

ces propias, y las tradiciones que habian recibido de los nuestros mal entendidas, no dexaban de tener alguna idea del juicio, pues los poetas, los oradores, los filósofos, y todos los demas escritores hacian mencion de él.

Tambien has oído hablar de los campos Eliseos, de las islas de los bienaventurados, de los prados y mirtos, del viento suave, del olor agradable, de los coros que hay allí vestidos de blanco, cantando himnos, y baylando; y en fin, que á los buenos y á los malos despues de su muerte les está reservada la recompensa, segun sus méritos. Los buenos y los malos que piensan en estas cosas; de qué manera te parece que vivirán? Los que se detienen en estos pensamientos, aunque pasen esta vida sin tristeza y entregados á los deleites, siempre están atormentados con el azote de la conciencia, y con el temor de los males futuros; mas los buenos, aunque atormentados con infinitos males, se recrean, como dice Píndaro, con la esperanza que les quita todo el sentimiento de

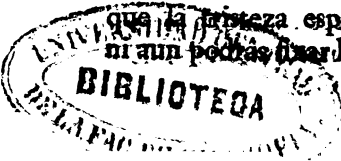
los males presentes; y así por esta parte es mayor nuestro deleite, porque es mucho mejor empezar por los trabajos temporales, y llegar despues al descanso eterno, que gustar rápidamente lo que parece agradable en esta vida, y caer despues en los tormentos acerbísimos é insoportables.

Ademas de esto siendo constante que aquella vida aun en este mundo es mas agradable, ¿no son dignos de compasion, como decia al principio, los que lloran por tales bienes? Ciertamente tu hijo no merece lágrimas, sino aplausos y coronas, porque ha escogido una vida tranquila, y se ha entrado en un puerto seguro. Mas muchos padres que tienen sus hijos en el siglo te echan en cara la vida de tu hijo; unos quando lo ven se compadecen de tí, otros hacen la burla. ¿Por qué tú no te burlas de ellos, y les tienes lástima? No debemos mirar ahora si nos hacen la burla, sino si la hacen con razon; pues si la cosa lo merece, aunque otros no hagan la burla, nosotros debemos

—llorar; mas si lo hacen injustamente, aunque todos se nos burlen debemos tenernos por felices, y compadecernos de ellos, porque son sumamente infelices, y poco diferentes de los locos. Es propio de locos y mentecatos reirse de lo que es digno de infinitas alabanzas y coronas.

Dime por tu vida, si admirando tu hijo la locura de los bailarines y de los cocheros, te diesen por esto mil bendiciones, teniéndote por feliz, ¿no lo reputarías esto por un género de burla? Qué, pues; si habiendo hecho una acción heroica y digna de alabanza, ellos se burláran, y te reprendieran ¿no los tendrías por locos? Hagamos, pues, ahora lo mismo: juzguemos de la vida de tu hijo, no por la opinion del vulgo, sino por un exámen diligente de lo que es en sí la cosa; y verás que los que hacen la burla, antes deben llamarse padres de esclavos, que de libres, si se comparan sus hijos con el tuyo.

Mas ahora envuelto en las tinieblas, que la tristeza espasa sobre tu espíritu ni aun podrás fijar la atención en estas co-



BIBLIOTECA

sas. En estando sosegado, y quando tu hijo manifeste la virtud, no necesitarás de los discursos de los otros, sino que tú mismo les dirás éstas y otras muchísimas razones para convencerles. No te digo esto por capricho, sino porque lo he visto en otras personas por la experiencia. Tuve yo un amigo que tenia un padre infiel, rico, respetable y muy ilustre. Este padre primeramente se quejó á los príncipes de su hijo; despues le amenazó con la prision, y quitándole todo lo que tenia le dexó en un pais extraño, aun sin los alimentos necesarios, juzgando que de este modo lo haría volver al siglo. Viendo que no le podia vencer cantó la palinodia; y ahora honra mucho á su hijo, y le venera mas que si fuera su padre. Y siendo así que tiene muchos otros hijos muy respetables, juzga que no son dignos de ser sus criados, y él es mucho mas ilustre por este hijo.

Esto mismo hemos de ver en el tuyo, y el suceso manifestará que digo verdad. Y así pongo fin á mi discurso, suplicándote tan solamente que esperes

si quiera un año, ó aun menos. Nuestra virtud no necesita mucho tiempo para manifestarse, porque la gracia de Dios la hace nacer y crecer, y verás cumplido por las obras quanto dexo dicho. Y no solo alabarás lo hecho, sino que por poco que quieras animarte, pronto procurarás imitarle, y de tomarás por maestro de la virtud.

LIBRO TERCERO.

Á um padre fiel.

Vamos, pues, á demostrar tambien á un padre cristiano, que no debe oponerse á los que persuaden á su hijo que se dedique al servicio de Dios, abrazando el estado religioso. Aunque es de temer que sea inútil este discurso, y que no suceda lo contrario de lo que antes decia. Pues en el libro precedente daba por sentado, que la ley de esta contienda no me obligaba á disputar con los gentiles, porque mandándonos el apóstol S. Pablo juzgar solamente á los que

están dentro de la iglesia, nos dexa en libertad de no entrar en contienda con los que están fuera de ella.

Ahora como parece no estamos obligados de entrar en estas disputas. Porque si en otro tiempo parecia vergonzoso hablar con los cristianos de estas cosas, mucho mas lo es en el dia; y debemos llenarnos de confusion de vernos reducidos á la dura necesidad de servirnos de los raciocinios para convencer y persuadir á los fieles lo que los mismos gentiles no pueden contradecir. ¿Callaremos por esta causa, y no hablaremos palabra? De ninguna manera. Si tuviésemos algun fiador que nos asegurára que en adelante nadie se atrevería á emprender tal cosa, deberíamos nosotros callar y permitir que se quedasen ocultos los que cometieron semejantes desórdenes. Mas por quanto no tenemos ningun fiador suficiente es necesario que exhortemos con nuestros discursos, los quales producirán su efecto, si hay algunos enfermos que necesiten de esta medicina; mas si no hay ningun enfermo, hemos conseguido lo

que deseamos. Como los médicos despues que tienen preparadas las medicinas deben desear que no haya enfermos que las necesiten, de la misma manera deseamos nosotros, que ninguno de nuestros hermanos necesite esta exhortacion; mas si la necesitan, lo que yo no quisiera, no les faltará, como dice el proverbio, viento próspero, para navegar.

Supongamos ahora un cristiano, como el infiel de quien hemos hablado en el libro precedente, en todo semejante á él, fuera de la religion, que derrama lágrimas postrado á los pies de todos, mostrándoles sus canas, su vejez, la soledad en que queda; y les diga quanto sea capaz de encender la ira de los jueces; ó antes bien nuestra disputa con éste no ha de ser delante de los hombres, sino delante de Dios. Pues sabe muy bien lo que los hombres llenos del espíritu divino nos han dicho de aquel horroroso y terrible tribunal al qual nos hemos de presentar despues de la muerte. *Conviene ante todas cosas acordarnos de aquel dia, del fuego que correrá co-*

mo un río, de las llamas que nunca se apagarán, de la obscuridad de los rayos del sol, de la ocultación de la luna, de la caída de las estrellas, que se arrollarán los cielos, se comoverán las virtudes, la tierra abrasándose se agitará por todas partes, del sonido terrible de las trompetas, y de los ángeles que corren por todo el mundo para reunir á todos los hombres delante del tribunal del Juez, millares de millones que están presentes, y millones preparados siempre para ejecutar sus órdenes, los ejércitos que vienen con el Juez, el estandarte que brilla en su presencia, el trono puesto, los libros abiertos, la gloria inaccesible, la terrible y horrenda voz del Juez, enviando á los unos al fuego preparado para el diablo y sus ángeles; á las vírgenes, que después de haber conservado la virginidad con tantos trabajos encuentran cerradas las puertas y excluidas de la sala del esposo, que manda á sus ministros, á unos que atando en háces la cizaña la arrojen al horno del fuego: á otros que poniendo grillos

en los pies á ciertas personas, y atadas las manos detrás de la espalda los arrojen á las tinieblas exteriores, y que los entreguen al horrible rechinar de dientes: al uno solamente por sus miradas deshonestas: al otro por su descompuesta risa; á este porque condenó al próximo sin exámen; y á aquéllos solo porque maldixeron los castigará con un suplicio muy grave y muy cruel, porque el mismo que ha de imponer estas penas nos dice y nos amenaza que á estos los castigará de este modo:

Á este Juez nos hemos de presentar todos, en saliendo de este mundo, y hemos de ver el día en que todo se descubrirá, y se pondrán de manifiesto; no solamente las obras y las palabras, sino tambien los mismos pensamientos. Entonces sufriremos penas terribles por aquellas cosas que ahora nos parecen leves. Con tanto cuidado y rigor el Juez nos pedirá cuenta de nuestra salud, y de la del próximo. Por esta razon el apóstol S. Pablo nos exhorta ¹ "que busquemos, no lo

„que es nuestro, sino cada uno lo que
 „es de otro”, y por esta misma razón
 reprende con mucha vehemencia á los
 Corintios, “porque no habian tenido
 „ninguna providencia ni cuidado de
 „aquel que habia caído en la fornicación,
 „sino que habian despreciado su
 „herida entumecida.” Escribiendo á los
 Gálatas les decia ¹: “Hermanos, si al-
 „guno fuese tomado en alguna ofensa,
 „vosotros que sois espirituales, corre-
 „gid al tal con espíritu de mansedumbre,
 „considerándote á tí mismo, porque tú
 „no seas tentado.”

Á los de Tesalónica, ya antes les ha-
 bia exhortado de la misma manera dicién-
 doles ²: “Por lo qual consolaos los unos
 „á los otros, y edificaos los unos á los
 „otros, así como lo haceis.” Y poco des-
 pues: “Rogámoos tambien, hermanos,
 „que corriais á los que andan desorde-
 „nadamente: que consoleis á los de poco
 „ánimo: que soportéis á los flacos: que

¹ Gal. VI. 1.

² Thesal. V. 11. 14.

„seais sufridos para con todos.” Pues para que nadie dixera: ¿qué me importa á mí el cuidar de la salud de los demás? el que perece que perezca, el que se salva, que se salve; esto nada me importa á mí, que debo cuidar de mis cosas. Pues para que nadie dixera esto; y cortando de raíz este pensamiento cruel y feroz, nos impuso estas leyes, mandándonos despreciar muchas comodidades para cuidar de nuestros próximos, y determina que jamas debemos omitir este cuidado¹.

Escribiendo á los Romanos les encarga sobre manera que tengan cuenta con esta obligacion, mandándoles que los fuertes hagan las veces de padres con los flacos, y amonestándoles que tengan cuidado en su salud. Éstas son sus palabras. “Asique nosotros, que somos fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los flacos, y no agradarnos á nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade á su próximo en bien para su edificacion.” Pero aquí se sirve de la forma de exhorta-

1 Rom. XV. 1.

IIª Apología del estado monástico.

cion y de consejo. En otro lugar conmueve con gran vehemencia los ánimos de los oyentes, pues les dice, que los que desprecian la salud de sus hermanos, pecan contra el mismo Jesucristo¹, y destruyen la obra de Dios; y que esto no lo dice de sí, sino instruido por su maestro. Porque el Hijo Unigénito de Dios para enseñarnos, que este oficio era necesario, y que los que no quierán cumplirlo sufrirán penas muy graves, decía: "Pero quien quiera que ofendiere alguno de estos pequeños, que creen en mí, mejor le sería que le fuera colgada del cuello una piedra de molino de asno, y que fuera anegado en el profundo de la mar." Y el que ofreció el talento fué condenado al suplicio; no porque habia despreciado las cosas, sino por el poco cuidado que habia tenido de la salud del próximo.

Y así de nada nos servirá arreglar bien nuestra vida, si este pecado nos pue-

¹ I. Cor. VIII. 12.

² Math. XVIII. 6.

de arrojar al profundo del infierno. Pues si no hay razon que pueda librar á los que no quieren socorrer al próximo en las necesidades corporales; sino que aunque hayan conservado la virginidad, son arrojados fuera de la sala de las Bodas; ¿el que ha omitido lo que es mucho mayor, pues lo es sin duda el cuidado de las almas, por qué no ha de ser con mucha razon condenado á sufrir todos los males?

Dios no ha criado al hombre para que solo sirviera y fuera útil para sí, sino tambien para los demas. Por esta razon llama S. Pablo á los fieles lumbreras, manifestando por estas palabras que deben ser útiles, y servir á los otros, pues la lumbrera quando no se alumbra sino á sí misma, no se puede llamar tal; y por esta causa dice tambien en otra parte, que son peores que los gentiles los que no tienen cuidado de la salud del próximo. Estas son sus palabras: "Y si alguno no tiene cuidado de los suyos, y mayormente de los de su

„casa, la fé negó, y es peor que el infiel.” ¿Que se entiende en este lugar en nombre de cuidado? ¿Quizás la provisión de las cosas necesarias? Yo creo que es el cuidado del alma. Si lo contradices, por lo mismo me refirmaré mas en mi opinion. Porque si esto lo dice del cuidado de las cosas corporales, y ha condenado á una pena tan grande al que no les da la comida todos los días, y dice que es peor que los gentiles, ¿á dónde será arrojado el que omite las cosas mayores?

Ea, pues, discurramos ya de la grandeza de este pecado, y subiendo por grados, demostremos que el mayor de todos los pecados, y el que ha llegado al último término de la malicia, es el descuido de la educacion de los hijos. El primer grado de malicia, de iniquidad y de crueldad es no hacer caso de los amigos. Hablemos aun de cosas mas baxas. La ley primera dada á los judíos no permite que despreciemos los animales domésticos de los enemigos, ó que hayan caido, ó que anden errantes;

sino que manda, que aquellos los levantemos, y estos los recojamos, y los pongamos en el camino.

Asi el primer grado de malicia y de crueldad, subiendo del mas infimo, es despreciar los jumentos y el ganado de los enemigos, quando padecen algun daño: el segundo, superior al precedente, es no tener cuidado de los mismos enemigos; pues quanto el hombre excede á los brutos, tanto este pecado es mayor que aquel: el tercero es no hacer caso de los hermanos, aunque sean desconocidos: el quarto es no tener cuidado de los familiares: el quinto es abandonarlos, no solo en quanto al cuerpo, sino en quanto al alma, quando esta perece: el sexto quando no solamente despreciamos á los familiares, quando perecen, sino tambien á los hijos: el séptimo quando no buscamos á otros que puedan cuidarlos: el octavo quando apartamos á los que por sí mismos lo quieren hacer, y prohibimos que lo hagan: el nono quando no contentos con prohibirlo, nos oponemos, les impugnamos.

H

mos y perseguimos. Y así si se castiga con una pena tan terrible el primero, segundo y tercer grado de malicia, ¿qué fuego no estará destinado para el nono, que es el supremo, en el qual estais vosotros?

Y este se puede llamar con razon, no solamente grado nono ú décimo, sino tambien undécimo. ¿Por qué así? Porque no solamente éste pecado es mayor que los sobredichos por su misma naturaleza, sino tambien por el tiempo. ¿Qué quiere decir por el tiempo? Porque cayendo nosotros en los mismos pecados que los judíos, que vivian en tiempo de la ley, debemos ser castigados, no con las mismas penas, sino mucho mayores, porque hemos recibido mayores dones, hemos sido instruidos en una doctrina mas perfecta, y hemos sido colocados en mayor honor. Siendo pues este pecado mucho mas grave por su naturaleza, y por razon del tiempo, ¿considera que fuego tan grande no se encenderá para castigar á los que lo cometen en el dia! Porque no penseis que

digo esto temerariamente, lo confirmaré con un exemplo tomado de la misma materia de que discurríamos. Aunque nosotros gobernemos bien todas nuestras cosas, si no cuidamos de la salud de nuestros hijos, seremos condenados al último suplicio. Lo que os voy á referir, yo no lo finjo, sino que está en las divinas Escrituras.

Había en los judíos un sacerdote, llamado Helí, hombre moderado y bueno. Este tenia dos hijos; y viéndolos inclinados á los vicios, no los reprendió, no los reprimió, ó antes bien los reprimió y los reprendió, pero no con la diligencia y cuidado que debia. Los vicios que estos cometian, eran la fornicacion y la gula: "se comian las carnes, dice la Escritura, antes de estar santificadas, y antes de ofrecerse á Dios el sacrificio." Sabido esto por el padre, no los castigó, sino que procuró apartarlos de estos pecados con palabras y amonestaciones, hablándoles frecuente-

mente de esta manera : " Hijos míos, no
 " hagais esto ; oigo de vosotros cosas que
 " no son buenas , y que apartais al pue-
 " blo del servicio de Dios. Si un hom-
 " bre pecando ofende á otro hombre, ora-
 " rán por él al Señor ; pero si el hombre
 " pecare contra Dios, ¿quién orará por
 " él?" Estas palabras son ciertamente muy
 graves, y de mucha reverencia, capaces
 de corregir á qualquiera que hiciera uso
 de la razon. Porque hacen ver el crimen, y
 manifiestan que es tremendo, y anuncian
 las penas horribles y espantosas con que
 va á ser castigado. Sin embargo, porque
 no hizo lo que debia, pereció con ellos.
 Porque debia amenazarlos, desterrar-
 los de su presencia, castigarlos, y re-
 prenderlos con mayor fuerza y grave-
 dad ; y porque no lo hizo, Dios se irri-
 tó y se hizo enemigo suyo y de sus
 hijos ; y por haberles tratado con de-
 masiada mansedumbre, se perdió á sí
 y á ellos.

Oye, pues, lo que le dice Dios,

no ya á él, porque no era digno de que Dios le respondiera, sino que como á un criado que ha ofendido á su amo, le anuncia por medio de otro los males que le amenazan, ¡tan grande era entonces la ira de Dios! Oye, pues, lo que dice al discípulo sobre el maestro, porque quería hablar con el discípulo, con otro profeta, y con todos, antes que con él, de las desgracias que le amenazaban: ¡en tanto extremo le aborrecía!

¿Pues qué le dice á Samuel? Sabía que sus hijos maldecían á Dios, y no los corregía. No ciertamente, porque les amonestaba, pero Dios no tenía por suficiente esta amonestación; porque no era bastante vehemente. Y así si cuidamos de nuestros hijos, pero no de la manera que debemos, ciertamente no se podría llamar este cuidado, como la reprehension de Heli. Habiendo, pues, declarado el ánimo, entonces pronunció la pena con grande indignación diciendo: "He jurado á la casa de Heli: que este pecado de la casa de Heli no se expiará jamas, ni con los inciensos, ni con

„los sacrificios”¹. ¿No ves en esta sentencia la grande indignacion, y la pena sin esperanza de perdon? Es preciso que absolutamente perezca, no solamente él y sus hijos, sino tambien toda su casa. Y no hay medicina que pueda curar esta herida, aunque, fuera del descuido de sus hijos, no le imputaba Dios otro pecado. En lo demas era admirable, y su virtud se conoce, no solamente en sus demas acciones, sino principalmente en lo que le sucedió en su desgracia. Primeramente habiendo oido los males que le amenazaban, y viendo el terrible suplicio que iba á caer contra sí, no lo sufrió con indignacion y sin paciencia. No dixo lo que otros suelen decir. ¿Soy acaso dueño de la voluntad ajená? yo solo debo pagar las penas que merecen mis pecados; mis hijos ya tienen la edad correspondiente, y ellos deben ser castigados por sus pecados. Nada de esto dixo ó pensó, sino como un siervo bien dispuesto, que está resuelto á sufrir

¹ L. Reg. III. 4. del 1001 in, annu. 1001.

con paciencia y con dulzura quanto le diga su señor por duro que sea, así él manifestó con sus palabras la mayor virtud: "Dios es el Señor, y hará lo que sea", "agradable á sus ojos".

No solamente por esto se puede conocer su virtud, sino tambien por otras cosas. Porque estando en guerra su nación, y llegando un hombre con la noticia de la derrota que habian sufrido, y que sus hijos habian perecido torpe y miserablemente en la batalla, oyó estas funestas noticias con tranquilidad; mas quando añadió, que además de estas muertes, el arca habia caído en poder de los enemigos, entonces este viejo venerable perdiendo la lumbre de los ojos con la tristeza, cayó hacia atrás delante de la puerta de su tienda, y se rompió la cerviz. Era un viejo grave, y muy respetable; y que como juez habia gobernado á Israel veinte años.

Si el ser un sacerdote anciano y venerable que habia gobernado sin queja

su nación por espacio de veinte años, y el haber vivido en unos tiempos, que no pedían tanta regularidad de costumbres, no ha sido bastante para excusarle; sino que pereció desgraciadamente por no haber puesto bastante diligencia en el cuidado de sus hijos, y este pecado como una ola furiosa todo lo arrolló, y dexó sepultadas tantas buenas obras, ¿qué suplicio no está reservado para nosotros, que vivimos en unos tiempos en que se nos pide mayor regularidad; y somos muy inferiores en virtud; y no solamente no cuidamos de nuestros hijos, sino que armamos asechanzas, y nos oponemos, resistiendo á otros, que lo quieren hacer, siendo mas fieros que los mismos bárbaros contra nuestros hijos? Porque la ferocidad de estos no llega sino á hacerlos esclavos, destruir y reducir á servidumbre la patria, y causar muchos males corporales, pero vosotros haceis esclava el alma; y atándola con cadenas entregais vuestros hijos á la fiera y malignidad de los demonios, y al desorden de los afectos, pues no les dais

consejos espirituales, ni permitis que otros se los den, y así los haceis cautivos.

Que nadie me diga, que muchos mas descuidados que Heli no han sufrido nada; pues frecuentemente muchos por la misma culpa han sufrido penas mucho mas grandes. Porque ¿de dónde vienen tantas muertes prematuras? ¿De dónde tan frecuentes y tan graves enfermedades, que nos affigen á nosotros, y á nuestros hijos? ¿De dónde tantas desgracias, tantos daños, tantos males, y tantas calamidades? ¿No es porque somos descuidados en corregir á nuestros malos hijos?

Lo sucedido á aquel anciano, manifiesta que esto no es solamente una congetura, sino una cosa cierta. Yo os referiré sobre esto un dicho de nuestros sábios, el qual hablando de los hijos, dice así: "No te alegres de los hijos impios; si no hubiere en ellos temor de Dios, no confies mucho en su vida: Llorarás su temprana muerte, y de repente verás su fin."

Ecclesiast. XVI. 3.

Muchos como dixe han sufrido esta desgracia. Si á otros no les ha tocado esta suerte, es cierto que no la evitan; y que por fin se convertirá en daño suyo; pues quando salgan de esta vida sufrirán penas mas crueles. ¿Por qué me dices, no son todos castigados en este mundo? Porque Dios ha determinado el día en que todos han de ser juzgados; y este dia aun no ha llegado. Si Dios los castigara á todos en este mundo, ya el género humano se hubiera acabado; y hubiera desaparecido.

Mas para que esto no suceda, y muchos no vivan descuidados, porque el juicio se dilata, Dios castiga á algunos pecadores en este mundo para que por su exemplo aprendan los demas qual es la medida de las penas, y crean que si aquí no son castigados, lo serán con mucho mas rigor en el otro mundo. No debemos ser desiduosos porque no nos envia un profeta como en tiempo de Helí para anunciarnos las penas que nos amenazan, ó por mejor decir tambien ahora nos los envia; ¿de donde nos

consta esto?" Tienen, nos dice, á Moysés y á los profetas." ¹ Á nosotros se nos dice lo mismo que se dixo á los de aquellos tiempos. Á todos los que cometen pecados semejantes á los de Hehí, les dice Dios por él, y por las penas que ha sufrido, lo mismo que dixo á este anciano venerable: Dios no es acceptor de personas, y si ha destruido al que ha pecado menos, y á toda su familia, es constante que no dexará sin castigo á los que han cometido pecados mas graves.

Tampoco se puede decir que no tendrá mucha cuenta con esto, pues nos entarga tan particularmente la educacion de los hijos. Porque ha impreso en la misma naturaleza un amor tan grande de los hijos, como para poner á los padres la necesidad inevitable de cuidar de ellos.

Quando nos ha hablado, nos ha dado leyes sobre el cuidado de los hijos; y estableciendo dias de fiesta, ha manda-

1 Luc. XVI. 30.

do que se les explicase á los hijos la causa de su institucion , pues hablando de la pascua añadió: " Les dirás , el eterno
 „ Dios nos ha sacado con mano fuerte del
 „ Egipto de la casa de servidumbre: por
 „ esta causa nos ha mandado estas cosas."
 Lo mismo hace en la ley , porque habiendo hablado de los primogénitos añade: " Si despues de esto te preguntase
 „ tu hijo diciendo , ¿ qué es esto ? le dirás
 „ que el Señor nos ha sacado de Egipto
 „ de la casa de servidumbre con su brazo
 „ fuerte. Resistiéndose Faraon en dexar-
 „ nos salir , mató á todos los primogéni-
 „ tos en la tierra de Egipto , desde el
 „ primogénito del Hombre , hasta los
 „ primogénitos de las bestias de carga
 „ por esta razon sacrificó al Señor todo
 „ macho que abre la matriz , encargán-
 „ doles sobre todas las cosas que les en-
 „ señen á conocer á Dios."
 A los hijos les dá muchos precep-
 tos sobre la obediencia y sumision que
 deben á sus padres , prometiendo re-

compensas y honores á los que les sean obedientes , sumisos y respetuosos , y amenaza con terribles castigos á los rebeldes é ingratos , con lo qual enciende mas el amor de los hijos en los padres. Porque si se pusiera en nuestro poder alguna persona para cuidar de ella , esta misma confianza con que se nos honraba nos haría mas diligentes y vigilantes en la guarda ó direccion que les debíamos ; pues aunque no hubiera otra razon para obligarnos á este cuidado , bastaba el saber que se habian puesto en nuestras manos su conducta y todos sus intereses , y jamas se nos podría persuadir que descubriéramos lo que se nos habia confiado. Y aunque se enfadasen y se indignasen contra nosotros , mas que los que son injuriados y insultados en público , y nos amenazasen con gravísimas penas , no harían con esto sino hacernos estar mas firmes en el cumplimiento de nuestra obligacion. Esto mismo ha hecho Dios.

A todas estas cosas ha añadido el tercer vínculo de la naturaleza , que po-

demos llamar primero y principal ; y para que los padres no despreciáran los preceptos que les habia dado de criar y educar sus hijos , les ha impreso en la naturaleza la necesidad de hacerlo. Para que en ningun tiempo se rompiese este vínculo debilitado con las injurias de los hijos ha establecido con la mayor firmeza su venganza , y la de los padres , para hacer mas exâcta y puntual su sumision y obediencia , y encender mas el amor en el corazon de los padres. No contento con esto ha estrechado de otro modo con mayor diligencia este vínculo , castigando á los hijos ingratos á sus padres , y premiando á los obedientes y sumisos.

La misma conducta observa con los padres , vengando el descuido que tienen de sus hijos , y llenándolos de honor y de alabanzas quando tienen de ellos el cuidado y vigilancia conveniente. Porque por solo este descuido castigó á aquel venerable anciano , aunque por otra parte ilustre. Y al patriarca le honró , no menos por este

cuidado, que por sus otras acciones. Pues hablándonos de los muchos y grandes dones que le prometia dar, y diciéndonos las causas añade esta: "Pues sabía, nos dice, que Ahaham pondria buen orden en sus hijos y en su casa después de su muerte, y guardarán los caminos del Señor su Dios para hacer justicia y juicio." Hago ahora mencion de estas cosas para que entendamos que Dios no sufrirá con paciencia el descuido de aquellos de quienes tiene tanto cuidado. Porque no es posible que el mismo ponga tanto cuidado por su salud, y que mire con indiferencia el descuido de sus padres.

Así no despreciará este descuido, sino que se indignará, y se enfurecerá como lo dexamos demostrado por los hechos mismos. Por lo qual el apóstol San Pablo nos exhorta frecuentemente diciendo: "Padres, no provoquéis á ira á vuestros hijos, sino

1 Gén. XVIII. 19.

2 Efes. VI. 4.

128 *Apología del estado monástico.*

„criarlos en disciplina, y castigo del Señor.” Pues si se nos manda velar por sus almas, como que hemos de dar razon de ellas, mucho mas lo debe hacer el padre que los engendró, que los educó, y que siempre los tiene en casa. Así como no puede excusarse de los delitos que comete, y evitar el castigo, tampoco lo puede hacer en los que cometen sus hijos.

Y esto tambien nos lo declara el bienaventurado Pablo ¹. Pues habiendo establecido por ley las qualidades que deben tener los que mandan á los otros; entre otras cosas que exíge de ellos, pone el cuidado de los hijos; como que no les queda esperanza de perdón, si son malos, y con razon. Porque si los vicios nos fuesen naturales, seguramente tendríamos excusa; mas siendo buenos ó malos por eleccion, ¿qué excusa le queda al que permite que sea malo y vicioso aquel á quien ama y estima mas que á todos los demas? ¿Por

1 I. Tim. 34.

ventura dirá que no lo ha querido hacer bueno? Pero ningún padre puede decir esto, porque la misma naturaleza les incita á que procuren que lo sean. Acaso ¿porque no pudo? Tampoco; porque habiéndolo recibido de muy tierna edad, siendo el único y el primero que lo ha tenido encargado, y en su poder, y siempre dentro de su casa, le era muy fácil corregirlo y gobernarlo.

Y así, si los hijos son malos es porque los padres tienen un amor desordenado á los bienes temporales y á las comodidades de esta vida. Porque ocupados únicamente en estas cosas, que prefieren á todo lo demás, no es extraño que miren con tanto descuido su alma, y la de sus hijos. Estos padres (y nadie entienda que es la ira la que me hace hablar así) digo que son mas malvados que los que quitan la vida á sus hijos. Porque estos separan el alma del cuerpo, aquellos entregan el cuerpo y el alma al fuego del infierno.

Aquella muerte debemos sufrirla por una ley natural, ésta pudiéramos evi-

tarla, si la negligencia de los padres no nos la hubiera causado. Además de esto la muerte del cuerpo, la resurrección la destruye en un momento; pero la pérdida del alma es irreparable y sin consuelo, porque sin conseguir jamás la salud, sufre penas eternas. Y por esta razón semejantes padres son mas perversos que los que matan á sus hijos. No es cosa tan cruel afilar el puñal, armar su derecha y atravesar el corazón del hijo, como perder y corromper el alma. No hay maldad que sea igual á esta.

Pues qué, me dirás: el que vive en la ciudad, que tiene casa y muger, ¿no se podrá salvar? No digo esto, porque no hay un solo modo de salvarse, sino muchos y diferentes. Y esto es lo que Jesucristo dice indefinidamente, quando nos asegura, que hay en la casa de su padre muchas mansiones. Pablo con alguna distinción escribe así: "Otra
 „la gloria del sol, y otra la gloria de
 „la luna, y otra la gloria de las estre-

„llas, porque una estrella es diferente de otra en gloria.” Que es como si dixera, unos resplandecerán como el sol, otros como la luna, y otros como las estrellas.

Mas la diferencia no consiste solo en esto, sino que en estas mismas cosas manifiesta que hay tanta variedad, quanto es regular que la haya habiendo tanto número de estrellas. La estrella se diferencia de la estrella en la claridad. Considera, pues, descendiendo desde la grandeza del sol hasta la mas pequeña de las estrellas, por quantos grados de dignidad es necesario pasar. Como no será cosa absurda que quando llevas tu hijo á la corte, no dexes piedra sin mover, trabajando y padeciendo mucho, y persuadiendo á tu hijo á que haga lo mismo para conseguir ponerlo cerca de la persona del rey; y que para esto no omitas ninguna cosa, ni perdones gasto, y te expongas á los peligros, y aun á la misma muerte; pero para la milicia del cielo que debe ser el objeto principal de nuestra consideracion y deseos, estamos tan frios y tan indiferentes, que

es lo último que pensamos, y no nos causa el menor dolor.

Mas si te parece, detengámonos, y veamos si es posible que el que está en medio del mundo consiga aquella suerte. El bienaventurado Pablo ha definido esto con pocas palabras, declarando que los que tienen muger no pueden salvarse de otro modo, que teniéndolas como si no las tuvieran, y no abusando del mundo.

Exâminemos si quieres esta cuestión. ¿Puedes decir que tu hijo, instruyéndole tú, haya oído, ó por sí haya aprendido, que el que ~~para~~ jura, aun quando jure bien, ofende á Dios? ¿Y que el que se acuerda de las injurias, no puede salvarse? Porque dice: "Los caminos de los que se acuerdan de las injurias los llevan á la muerte;" ¿Y que al maldiciente lo ha deshonrado Dios de manera, que lo aparta de la lección de la divina Escritura? ¿Que al arrogante, y al contumelioso lo desechó de los cie-

los , y lo arrojó al fuego eterno? ¿Que al que mira con ojos deshonestos á una muger le castiga como si fuera verdaderamente adúltero? ¿Por ventura le has amonestado que evitára el pecado que es tan comun y se comete tan fácilmente, es á saber, el juzgar al próximo para no hacerse digno de mayor suplicio , y le has leído las leyes que Jesucristo nos ha puesto sobre esto? ¿Acaso tú mismo no sabes que haya tales leyes? ¿Cómo, pues, podrá el hijo observar aquellas leyes, que ni el padre mismo que debe instruirle sabe si existen? Y ojalá el daño consistiera solamente en que los padres no les den ningun consejo útil; ciertamente no habría tanto mal. Mas ahora se hace todo lo contrario.

Quando los padres exhortan á los hijos al estudio , les hablan de esta manera. Uno les dice : " Aquel , hijo de padres pobres , habiéndose hecho elocuente , llegó á la magistratura , ha adquirido inmensas riquezas , ha casado con una muger opulenta , ha cons-

„truido casas magníficas , está lleno de
„gloria , y todo el mundo le teme.”

Otro: “que este hábil en la lengua lati-
„na es ilustre en la corte; y administra
„lo interior del palacio.” Aquel les po-
ne delante de sus ojos otro hombre fa-
moso. Cada uno , en fin , alguno de los
grandes del mundo , sin hacer jamás
mencion de las cosas del cielo; y si al-
guno se atreve á nombrarlas, luego es
desechado , como que todo lo per-
vierte.

Diciéndoles estas cosas desde el prin-
cipio, no haceis mas que prestarles mate-
ria para todos los vicios , inspirándoles
dos amores, que son los que mas tirani-
zan el corazon , es á saber , el amor de
las riquezas, y el de la vanagloria, que
es aun mas iniquo que aquel. Uno solo
de estos es capaz de trastornarlo to-
do. Quando los dos juntos entran en el
tierno corazon de los jóvenes, á manera
de unos torrentes unidos todo lo cor-
rompen, llevando consigo tanta multitud
de espinas , tanta arena y tanta broza,
que despojan al alma de todos los bie-

nes, y la hacen esteril é infructuosa. Podemos citar en confirmacion de esta verdad el testimonio de los escritores gentiles, de los quales, uno llama al primero de estos dos afectos separado del otro el alcazar, y otro la raiz y fuente de todos los males.

Si separado se llama alcazar y cabeza, raiz y fuente; quando el otro, que es mas fuerte y mas poderoso, es á saber, el deseo de la vanagloria, se le juntare, y los dos entren con violencia en el corazon; y echando raices se apoderen de los ánimos de los jóvenes, ¿quién podrá curar esta enfermedad, especialmente quando los padres trabajan quanto pueden de obra y de palabra, no para arrancar estas malas raices, sino para que se hagan mas fuertes?

¿Quién hay tan necio que pueda esperar la salud de un joven educado de este modo? Es difícil que un alma educada de una manera contraria se libre del vicio; mas quando por todas partes el premio del dinero nos convida al pecado, y se nos proponen para imita

hombres malvados, ¿qué esperanza de salud nos puede quedar? Porque los que aman el dinero es necesario que sean envidiosos, malignos, juradores y perjuros, audaces y maldicientes, ladrones, desvergonzados, impudentes, é ingratos; finalmente llenos de toda especie de malicia. Testigo fidedigno de todas estas cosas es el bienaventurado Pablo¹, el qual dice, que la avaricia es la raíz de todos los males; y Jesucristo habia declarado lo mismo, antes que este apóstol, diciendo²: Que no es posible servir á Dios el que estuviese sujeto á esta pasión. Pues si los jóvenes desde el principio caen en esta servidumbre, ¿quándo podrán ponerse en libertad? ¿Cómo podrán sostenerse contra el ímpetu de las olas, quando todos los empujan, les sumergen, y les ponen en la necesidad de irse á fondo? Porque aun quando nadie lo impide, antes bien muchos nos alargan la mano para ayudarnos, si aun así

1 I. Tim. VI. 10.

2 Marc. VI. 14.

podemos salir , levantar los ojos , y lavarnos del salobre de los vicios , es una cosa verdaderamente feliz. Si tanto tiempo encantado con admirables prestigios , puede desechar las enfermedades que se contraen , ¿no es digno de alabanzas , y de mil coronas? porque la costumbre es muy fuerte y capaz de vencer el alma , y apoderarse de ella , especialmente quando está sostenida y ayudada del deleite ; y la virtud á que aspiramos y pretendemos conseguir , nos ocasiona muchos trabajos.

Por esta razon , porque convenia que los hebreos dexáran las antiguas costumbres de los vicios que habían contraído en el Egipto , habiéndolos llevado á la soledad , y apartado lejos de los corrompedores instruir á sus ánimos en el desierto , como en un monasterio , sirviéndose de toda especie de medicinas , unas veces suaves , otras ásperas , no omitiendo nada de lo que pudiera aprovechar para curarles. Y ni aun así abandonaron los vicios , sino que con el maná pedían las cebollas , los ajos y todos los males del

Egipto. Tan grande mal es la costumbre.

Ademas de esto los judíos, de quienes Dios cuidaba tan particularmente, y que tenian un maestro tan excelente y tan generoso, instruidos de todas maneras con temor, con amenazas, con beneficios, y con suplicios despues de haber visto tantos prodigios, no por esta razon se hicieron mejores. Tú piensas que tu hijo se librará de los lazos del demonio, siendo joven, y estando en medio del Egipto, esto es, en los reales mismos del enemigo, no oyendo á nadie que le dé un consejo útil, viendo que todos le llevan á su perdicion, especialmente los padres y los que cuidan de su educacion. ¿Cómo, te suplico? ¿acaso por tus exhortaciones? Pero tú le inclinas á lo contrario, no permitiéndole aun en sueños que piense en la virtud; y quando estás hablando de continuo delante de él de la vida presente, y de sus comodidades, no haces mas que arrojarle en medio de las borrascas mas furiosas. ¿Acaso por sus propias fuerzas, y por sí mismo? En verdad

que un jóven no tiene bastantes fuerzas para encaminarse á la virtud, y aunque por sí hiciera algun esfuerzo generoso, antes de producir algun fruto, sería sofocado por el fluxo de tus palabras.

Como el cuerpo que no usa de alimentos saludables, sino dañosos, no puede subsistir, ni aun un poco de tiempo; así el alma instruida y imbuida de estas máximas, ¿qué cosa grande y generosa podrá pensar? Es necesario que esté lánguida y sin fuerzas, consumida continuamente de la maldad, como si fuera una peste, y así arrojada á su ruina y al fuego eterno.

Si me dices que la cosa no es así, y que el que vive en medio del mundo puede ejercitarse en todas las virtudes, y hablas así con seriedad, y no de burla, por tu vida, ¿dignate de enseñarnos esta nueva é inaudita disciplina? Porque no quiero tomarme tanto trabajo inútilmente, ni privarme en vano de tantos bienes.

Mas yo de ninguna manera puedo aprender esto, pues vosotros no me lo

permtís, y con vuestras palabras y vuestras acciones os oponeis á esta sentencia, y enseñais lo contrario. Porque como si de propósito quisiérais perder á vuestros hijos les mandais cosas, que si las executan no pueden salvarse. Juzguemos esto por los principios sublimes del evangelio. ¡Ay (nos dice) de los que se ríen! mas vosotros les dais muchas ocasiones de reír. ¡Ay de los ricos!¹ mas vosotros nada omitís para que lo sean. ¡Ay de vosotros quando los hombres os bendiciere y alabaren! mas vosotros muchas veces gastais todo lo que teneis para conseguir estas alabanzas.

Ademas el que injuria á su hermano es reo de la gehena; mas vosotros reputais por cobardes y tímidos los que sufren en silencio las afrentas que otros les hacen. Jesucristo nos manda que despreciemos los pleytos y las contiendas, y vosotros quereis que siempre esten en medio de estos males. Nos manda muchas veces que arranquemos el ojo si nos daña, y

vosotros teneis por amigos los que os pueden dar dinero, aunque enseñen la malicia consumada.

No permite repudiar la muger, sino solo por causa de adulterio; mas vosotros con tal que se pueda adquirir dinero, les enseñáis á despreciar este precepto. Prohibe todo juramento; y vosotros si veis que alguno lo observa os reís. El que ama su alma la perderá: vosotros les persuadís siempre este amor. Si no perdonais á los hombres sus faltas, tampoco vuestro padre celestial os las perdonará á vosotros: vosotros haceis la burla de aquéllos que no quieren vengarse de los que los han injuriado, y les proporcionais todos los medios para que lo puedan executar pronto: que es inútil, quando hacen los que están poseídos del deseo de la vanagloria, nos dice Jesucristo, ó que ayunen, ó que oren, ó que hagan algunas limosnas: y vosotros haceis quanto podeis para que consigan esta gloria. Qué necesidad hay de correrlo todo, pues lo dicho hasta aquí nos hace reos de mil infiernos, no digo todas estas co-

sas juntas, sino cada una de por sí. Pero vosotros amontonándolas todas, y cargando los hijos con un peso insostenible de iniquidad, los arrojais así al río del fuego. ¿Quándo podrán salvarse, llevando tanta materia de fuego?

No solamente es insufrible que enseñeis cosas contrarias á los preceptos de Jesucristo, sino que encubrais la malicia con hermosas denominaciones. Asistir de continuo al circo y al teatro llamais urbanidad, á las riquezas libertad, al amor de la gloria magnanimidad, á la arrogancia confianza, á la prodigalidad humanidad, á la injusticia fortaleza. Además, como si esta ilusión no fuera bastante, dais á la virtud nombres contrarios, llamando rusticidad á la templanza, á la modestia timidez, á la justicia imbecilidad, al desprecio del fausto ánimo servil, al sufrimiento de las injurias debilidad; y si temeis que los hijos oigan de otros el verdadero nombre que se debe dar á todas estas cosas, haceis que huyan de estos como de una peste. Porque no contribuye poco para abor-

recer los vicios el llamarlos por sus nombres propios y peculiares , sino que esto tiene tanta fuerza para conmover los ánimos de los que pecan , que muchos pecadores insignes por la torpeza de sus vicios no pueden sufrir con paciencia que se les llame por sus propios nombres , sino que se irritan y enfurecen , como si se les hiciera el mayor agravio. Si alguno llamase adúltera á alguna muger , y á un joven estuprado por el nombre que corresponde á la torpeza de aquellos actos , se convertirían en enemigos irreconciliables , como si se les hubiera hecho la mayor injuria. Y verás que no solamente estos , sino el avaro , el beodo , el soberbio , y en general todos los que cometen grandes delitos no sienten ni se duelen tanto del mismo defecto , y de la opinion pública , como de los mismos nombres.

He visto muchos que se han corregido de este modo , y con los oprobios se han hecho muy moderados. Pero vosotros os habéis privado de este alivio , y de este remedio ; y lo que es peor , les

dais estos consejos, no solamente con las palabras, sino con el exemplo y con las obras. Construis casas magníficas, comprais campos muy pingües, añadiendo todo el aparato suntuoso que corresponde, dexando con esto el alma de vuestros hijos sepultada como en una densa niebla. Pues cómo me podré persuadir que estos se pueden salvar, quando les veo inclinados á aquellas cosas que Jesucristo nos ha dicho en términos formales, que los que las hagan perecerán sin remedio? Quando veo que cuidais tan poco de su alma, como si fuera una cosa vil; pero que poneis tanto cuidado en las cosas verdaderamente superfluas, como si fueran principalmente necesarias? Haceis todo lo que podeis para que vuestros hijos tengan muy buenos criados, excelentes caballos, y hermosísimos vestidos; pero ni aun pensais en que sean buenos; y extendiendo vuestros cuidados hasta la madera y las piedras, no juzgais el alma digna del menor cuidado. No omittis ningún trabajo para que se levante en vuestras casas una estatua.

primorosa, y que el techo esté dorado; pero para que el alma que es mas preciosa que todas las estátuas se dore ó sea de oro, no poneís el mas leve cuidado.

Pero aun no he dicho el mayor de todos los males, ni he descubierto la raiz de esta calamidad. Muchas veces lo he intentado, y me he sonrojado, y la vergüenza no me ha permitido pasar adelante. ¿Y qué es esto? Ya es tiempo de dexar la vergüenza, y así lo diremos. Verdaderamente sería señal de una gran debilidad en el que viniendo para cortar y detener el mal, que ni aun se atreviera á chistar creyendo que el silencio solo lo habia de curar. No calle-mos, pues, aunque mil veces nos háyamos de sonrojar y avergonzar. Porque así como el médico quando ha de limpiar la materia de la herida no duda de tomar el yerro, y penetrar con sus dedos hasta el fondo de ella; tampoco nosotros debemos dexar de hablar de estas cosas, por mas asquerosa que sea esta podredumbre. ¿Pues cuál es este mal tan grande? Un amor nuevo, y sumamente abomi-

K.

nable que en nuestro siglo se ha introducido, enfermedad gravísima é incurable, peste la mas horrible de todas. Se ha excogitado una maldad nueva, y la mas intolerable, con la qual no solamente se quebrantan las leyes escritas, sino tambien las naturales. Ya es poca cosa la fornicacion en género de impureza; y como en los dolores el mas vehemente que sobreviene hace que no se sientan los otros, así la grandeza de esta afrenta no permite que la obscena libiandad con las mugeres, que verdaderamente es intolerable, no lo parezca. Es muy difícil poderse librar de estos lazos, y corre peligro que el sexô femenino en adelante sea inútil, ya que los muchachos se han substituido en lugar de las mugeres.

Esto ciertamente es cosa horrenda; pero lo es aun mucho mas que un pecado tan exécrable se cometa con tanta audacia, que se haya hecho de ilegítimo, legítimo. Nadie teme el cometerlo, nadie se horroriza, nadie se avergüenza, solamente se hace la zumba y

la burla de los cómplices como si hubieran hecho una cosa de risa. Los moderados y modestos parece que pierden el juicio, y los que debían amonestar se ponen furiosos. Si tienen menos fuerzas son azotados; pero si son mas fuertes se les hace la burla y mofa, diciéndoles mil afrentas. Ya no sirven de nada los tribunales, ni las leyes, ni los pedagogos, ni los padres, ni los criados, ni los maestros, porque los unos se dexan corromper con el dinero; y los otros no cuidan sino que se les pague su salario.

Los que son buenos entre estos, y velan por la salud de los que tienen á su cargo, unos son engañados y seducidos facilmente, otros temen el poder de los impúdicos. Mas facilmente se salvará uno que sea sospechoso de aspirar á la tiranía, que el que intente librar de estos hombres exécrables á los muchachos pueda huir de sus manos. Así los hombres cometen con los hombres esta torpeza enmedio de las ciudades, como si estuvieran en los desiertos. Si algunos se libran de estos lazos, con di-

ficultad evitan las calumnias de los malvados. Primeramente, porque siendo muy pocos, fácilmente serán oprimidos por la muchedumbre de estos exêcrables: en segundo lugar, porque aquellos detestables y abominables demonios, no pudiendo vengarse de otro modo de los que así los han burlado, procuran hacerles daño por este camino. Porque no puedan hacerles una herida mortal, ni llegar hasta el alma, procuran dañar su ornato exterior, intentando quitarles toda su buena fama y opinion. Y así he oido decir á muchos que se admiran de que aun hoy no llueva tambien fuego del cielo, y que nuestra ciudad no tenga la misma suerte que Sodoma, pues merece mayor suplicio por no haberse enmendado y contenido con el exemplo de las desgracias de aquella.

Mas aunque predica y amonesta hace mas de dos mil años á todos los hombres con su terrible desgracia, mas claro que con las voces, que se abstengan de cometer semejantes delitos, lejos de aprovecharse y mirarlos con horror, se ha-

cen todos los días mas audaces y mas impudentes, como si disputáran contra Dios, y por las obras mismas declaráran que estarán tanto mas propensos á cometerlo, quanto con mayores penas les amenace y castigue. ¿Por qué, pues, no ha sucedido nada de esto; y cometién-dose las abominaciones de los Sodomitas, nõ suceden las mismas desgracias? Porque les está reservado un fuego mucho mayor, y un suplicio que no ha de tener fin. Pues habiendo cometido muchos despues del diluvio pecados mas graves que los que perecieron en él, despues acá sin embargo no ha habido otro diluvio. La misma razon hay para esto. ¿Por qué, pues, los que vivieron tan cercanos al principio del mundo, quando no habia tribunales, ni magistrados, ni penas que amenazasen, ni el coro de los profetas que dirigiera y gobernára, ni temor del infierno, ni esperanza del reyno, ni otra filosofía, ni los milagros que pudieran despertar á las mismas piedras: ¿por qué, vuelvo á decir, aquellos que no gozaron de estos bienes sufrieron unas

penas tan terribles por sus maldades; mas los que han gozado de todas estas cosas, amenazados por los tribunales divinos y humanos, no han sufrido penas iguales á aquellos, siendo dignos de mayores suplicios? ¿No es evidente que están reservados para penas mas atroces? Porque si nosotros nos irritamos tanto, y nos llenamos de indignacion contra estos delitos, Dios que tiene un cuidado tan particular del género humano, y que aborrece infinito la maldad, ¿cómo permitirá que se cometan impunemente?

No será ciertamente así, no será así, sino que pondrá sobre ellos aquella mano fuerte, y aquella plaga intolerable, y el dolor de aquellos tormentos tan vehemente, que la desgracia de los de Sodoma comparada con ellos no parecerá sino un juego. ¿A qué bárbaros no excedieron estos? ¿Qué fieras por lascivas que sean no dexaron muy atrás en sus comercios impudentes? En algunos brutos hay alguna libiandad tan ardiente, y un apetito tan intolerable que no se diferencia del furor, los cuales sin

embargo no conocen esta especie de amor, sino que se contienen dentro de los términos de la naturaleza; y aunque esten abrasados con el fuego inmenso de la libiandad, respetan siempre las leyes de la naturaleza.

Mas los hombres instruidos por Dios, que saben lo que es bueno y malo, y que podrían ser maestros de los otros, y que recibieron del cielo las escrituras, no usan con tanta desvergüenza de las rameras como de los muchachos. Porque como si no fueran hombres, y la providencia no gobernára las cosas humanas, ni se hubieran de juzgar nuestras acciones, y todo estuviera sepultado en las tinieblas, y oculto á los ojos de Dios; con tanta desvergüenza y furor se abandonan á sus pasiones y brutalidades. Los muchachos corrompidos de este modo lo sufren con paciencia; y no se sepultan con ellos en los abismos de la tierra, ni buscan ningun remedio para tan gran mal.

Mas aunque los hijos hubieran de ser desterrados para librarse de esta pes-

te, aunque hubieran de irse á la mar, á las islas, ó á una tierra desierta, ó á las tierras polares, todo se debería elegir y sufrir por no cometer semejantes maldades. Si algun lugar no fuera sano, sacaríamos inmediatamente de allí los hijos, aunque hubieran de ganar mucho, y tuvieran una salud robusta. Ahora está todo inficionado de una peste muy perniciosa, y no solamente los llevamos al abismo, sino que arrojamós como corrompedores á los que los quieren librar. ¿Qué ira y qué rayos serán bastantes para vengar este crimen? Procuramos que por el estudio de las ciencias profanas se hagan elocuentes, y sepultada su alma en el cieno de la impureza donde se corrompe, no solamente la abandonamos, sino que la impedimos que salga de él. ¿Se atreverá alguno á decir que los que se hallan en tantos males envueltos puedan salvarse? ¿De qué modo? Porque los que se han librado de estos males tan exêcrables, que ciertamente son pocos, no se libran de aquellos dos amores violentos, que to-

do lo corrompen , es á saber , el del dinero , y de la gloria. Muchos están poseídos de estos amores , ademas del de la impureza , y gimen en una cautividad muy dura.

Quando los queremos aplicar al estudio , no solamente apartamos todo lo que se puede oponer á esta institucion , sino que preparamos todo lo que es necesario para ella. Les ponemos ayo , les buscamos maestros , gastamos el dinero ; y dexando aparte los demas negocios , levantando la voz con mas frecuencia que los maestros de jóvenes en los juegos olímpicos , les hacemos ver que la pobreza sigue á la impericia , y las riquezas á la instruccion , haciendo todo quanto podemos por nuestra parte , y por medio de los amigos para que lleguen al fin propuesto ; y ni aun así muchas veces lo conseguimos. Mas juzgamos que han de conseguir sin trabajo ninguno , y sin el menor cuidado , la honestidad de costumbres , aunque haya tantas cosas que lo impiden. ¿Puede darse cosa mas absurda que esta? Lo que es facil tenerlo por

de tan gran precio, y digno de tantos cuidados, como si sin esto jamas pudiera conseguirse ; y lo que es mucho mas difícil persuadirse que lo hemos de conseguir aun estando durmiendo, como cosa vil y de poco momento ? La filosofía del alma , y la virtud es tanto mas laboriosa que la instruccion, quanto es mas difícil el obrar que el hablar, y las obras que las palabras.

¿Para qué necesitan, me direis, nuestros hijos de la filosofía, y de una institucion hecha con tanto cuidado ? Lo que causa la mayor ruina en el mundo es, que un negocio tan necesario, y del qual depende toda nuestra vida, se reputa por supérfluo y por ocioso. Si alguno tiene enfermo á su hijo , no dice para qué necesita de una salud buena y robusta, sino que procura por todos los medios posibles hacérsela recobrar tan fuerte, que no vuelva á recaer ; mas estando el alma enferma, dicen que no es necesaria la salud, y después de esto tienen vergüenza aun de llamarse padres. ¿Pues qué, nos dicen, todos nos hemos

de retirar al desierto, dexando que se destruyan todas las cosas de este mundo? ¡No, buen hombre, no! Lo que ha perdido y corrompido todos los negocios en el mundo, y la vida de los hombres, no ha sido el ser filósofos; sino el no serlo.

Y sinó dime, ¿quiénes son los que trastornan el estado presente de las cosas? ¿Ó los que viven con moderacion, y con probidad, ó los que inventan nuevos y iníquos modos de delicias? ¿Los que intentan apoderarse de todo, ó los que estan contentos con su suerte? ¿Los que tienen innumerables criados, y estan siempre acompañados de una gran turba de aduladores, ó los que juzgan que solo un criado les basta? Pues hasta ahora no hablo de la virtud mas perfecta, sino de la que pueden conseguir muchísimos. ¿Los que son humanos y mansos, y no hacen caso del honor del vulgo, ó los que estiman mas este honor que el cumplimiento de sus obligaciones, y hacen sufrir mil males al que no se levanta quando ellos pasan, no les saluda primero, no

se inclina, y no hace todos los oficios de un esclavo? ¿Los que procuran obedecer, ó los que deseosos del poder y de la magistratura, todo lo hacen y lo sufren para conseguirlos? ¿Los que diciendo que son los mejores de los hombres, piensan que tienen libertad para decir y hacer quanto quieran, ó los que se tienen por los mas despreciables y mas viles para castigar de este modo el insensato poder de las pasiones? ¿Los que construyen casas magníficas, y tienen mesas opíparas, ó los que se contentan con una mesa frugal, y una casa sencilla? ¿Los que poseen muchas yugadas de tierra, ó los que juzgan que no necesitan poseer ni un palmo de ella? ¿Los que amontonando usuras sobre usuras, no omiten ningun medio por injusto que sea en toda especie de comercio, ó los que hacen pedazos las cédulas, y de sus bienes socorren á los pobres? ¿Los que conocen la miseria de la naturaleza, ó los que olvidándose de propósito de ella, llenos de arrogancia se reputan por mas que hombres? ¿Los que

mantienen mugeres públicas, y violan los matrimonios agénos, ó los que se abstienen de sus propias mugeres?

¿No son estos como los tumores en el cuerpo, ó los vientos furiosos en la mar, los que trastornan todas las instituciones políticas, y por sus desórdenes arrojan en medio de las olas los que podian salvarse? Mas aquellos como lumbreras que alumbran en medio de la obscuridad socorren á los que estan para naufragar, y como antorchas de la filosofía, puestos en lugares eminentes, guían al puerto tranquilo á los que quieran salvarse. ¿Por quién sino por ellos se causan las guerras, los combates, la ruina de las ciudades, las cautividades, las servidumbres, las muertes y otros innumerables males del siglo; y esto no solamente de los que los hombres causan á los hombres, sino de los que vienen de parte del cielo, como la sequedad, las inundaciones, los terremotos, las ruinas, las ciudades sumergidas, el hambre, la peste, y otras desgracias que nos envia el cielo?

Estos son los que trastornan las re-

públicas, y arruinan los intereses comunes; causan á los demas infinitas calamidades, incomodan á los que quieren llevar una vida quieta sin dexarlos sosegar en ninguna parte, arrastrándolos y despedazándolos. Por estas gentes se han establecido los tribunales, las leyes, las multas y varios géneros de suplicios; y como en una casa donde hay muchos enfermos y pocos que tengan salud no se ven sino medicinas y médicos, así en todo el mundo no hay nacion ni ciudad en donde no haya muchas leyes, muchos magistrados y muchos suplicios.

Las medicinas por sí mismas no pueden curar á nadie, si no hay alguno que las aplique. Los jueces son los que, quieren éso los enfermos, les obligan á tomar la medicina. Pero el mal se ha hecho tan grave, que ya excede el arte de los médicos, y los mismos jueces se han contagiado. Sucede ahora lo mismo, que si alguno hallándose con la fiebre, en alguna enfermedad intercutánea, ó otra mas grave, no sabiendo curarse á sí mismo, intentára curar á los

demás que se halláran incomodados con las mismas enfermedades; pues las olas de la iniquidad, rotos los diques, á manera de un torrente, se han derramado con gran violencia por los ánimos de todos. ¿Por qué hablo del desorden de la educacion?

Es de temer que aquella peste que han introducido los malvados, no llegue á impugnar la doctrina de la providencia, que tantos maestros nos han enseñado; porque hace muchos progresos, se aumenta, se extiende por todas partes, poniéndolo todo en confusion, y declara la guerra contra el mismo cielo, armando las lenguas de los hombres, no contra sus consiervos, sino contra el Señor, que á todos nos manda. ¿De dónde, te suplico, nacen tantas conversaciones por todas partes sobre el fatalismo? ¿De dónde el que muchos atribuyan al ciego movimiento de las estrellas todo lo que sucede? ¿Por qué se celebra tanto la fortuna y casualidad? ¿Por qué se juzga que todo sucede casualmente y sin orden? Es por los que

viven bien, y moderadamente, ó por los que tú decías que conservan la república, y yo he demostrado que son la peste y ruina de todo el orbe? Es evidente que es por estos últimos. Nadie se enfada porque este ó el otro se aplique á la virtud, porque sea bueno, moderado y templado, y desprecie las cosas de este siglo, sino porque es opulento, porque tiene una vida deliciosa, porque es avaro, ladron, malvado, y lleno de innumerables vicios, y porque vive en el esplendor y la prosperidad. Los que no creen en Dios, de esto se quejan, y esto es lo que reprenden. De esto se ofenden muchos, de manera que no solamente no hablarían así por los que viven bien, sino es que si se quejasen de la providencia se condenarían á sí mismos.

Si todos, ó la mayor parte de los hombres quisieran vivir de este modo, nadie hubiera pronunciado semejantes palabras, ni se hubiera llegado á poner en disputa de donde vienen los males, que es la mayor de todas las desgracias. Porque si no hubiera males, ni los vie-

ramos ¿á quién le ocurriría buscar cuál es la causa de ellos? Estas disputas han causado innumerables heregías. Porque de aquí han nacido las de Manes; de Marcion; de Valentino, y las de muchos otros griegos. Si todos fuesen virtuosos; no habría por qué mover semejantes cuestiones; y si no por otros medios, á lo menos por este género excelente de vida, todos aprenderían, que nosotros vivimos baxo el imperio de Dios, que administra y gobierna con su sabiduría y providencia todas nuestras cosas. Ahora lo hace tambien; pero es tan densa la niebla que han esparcido por todo el mundo estos errores, que no es tan facil conocer este gobierno.

Si la cosa no fuera así, nosotros veríamos la providencia de Dios tan clara como el sol de mediodia en un aire del todo sereno. Porque si no hubiera tribunales, ni acusadores, ni calumniadores, ni tormentos, ni multas, ni cárceles, ni suplicios, ni confiscacion de bienes, ni daños, ni temores, ni peligros, ni enemistades, ni asechanzas, ni murmuraciones,

ciones, ni insultos, ni odios, ni hambre, ni peste, ni ninguna de las otras calamidades, sino que todos vivieran con la probidad correspondiente ¿á quién le ocurriría jamás dudar de la providencia divina? Ciertamente que á nadie: ahora sucede lo mismo que si en una tempestad desecha, el piloto cumpliera con su obligacion, y salvára la nave sin que ninguno de los pasajeros echára de ver su pericia y diligencia, por la turbacion que padecen, y por la solicitud y miedo de los males que les amenazan. Pues Dios gobierna este mundo; mas por la gran turbacion y tempestad en que nos hallamos, excitada por los hombres malos é impíos, muchos no conocen este gobierno. Por lo qual no solamente destruyen la institucion de las costumbres, sino que echan por tierra la verdadera religion. Así ciertamente no errará el que los llame enemigos del género humano, los quales viven para oponerse á la salud de los demás, y para sumergir en el abismo con su exécrable doctrina y corrompidas costumbres á los que navegan consigo.

Mas nada de esto sucede en los monasterios : aunque se levanten las olas, y la tempestad sea muy grande, ellos están siempre en el puerto con gran tranquilidad y seguridad mirando desde él, como si estuvieran en el cielo, los naufragios de los otros. Porque eligieron un género de vida digno del cielo, y estan en un estado semejante al de los ángeles; y así como en los ángeles no hay desigualdad, ni unos viven prósperamente y otros en una miseria extrema, sino todos en una misma paz, alegría y gloria; así en los monasterios nadie desprecia á otro por la pobreza, y nadie hace vanidad de sus riquezas.

No se conocen las palabras de *tuyo* y *mío*, que todo lo destruyen y confunden. Todas las cosas son comunes, la mesa, la habitacion y los vestidos. Lo qual no es de maravillar no teniendo todos sino una misma alma. Todos son igualmente nobles, siervos y libres. Todos tienen las mismas riquezas, que son verdaderamente tales; una misma gloria verdadera, que lo es en realidad, y no

en el nombre solo; unas mismas delicias, unos deseos, unas mismas esperanzas; y todas las cosas estan ordenadas por una misma regla, peso y medida.

Ninguna desigualdad, todo está en el mayor orden, ornato y armonía, y se pone el mayor cuidado en conservar siempre la concordia; y las causas de la alegría mas pura. Por esta razon todos trabajan y sufren con paciencia y sin ninguna alteracion; lo que en ninguna parte se vé, sino en los monasterios, no solamente porque desprecian todas las cosas presentes, y cortan toda materia de riñas y discordias, estando siempre firmemente fundados en la brillante esperanza de los bienes futuros, sino porque todo lo que á cada uno sucede, sea bueno, sea malo, se reputa por común.

Las cosas tristes se sufren mas facilmente quando con cierta proporcion cada uno lleva una parte del peso de los demas. Tambien hay muchas causas de alegrarse, no solamente del bien que á cada uno sucede, sino tambien tomando parte en la alegría de los demas, como

si fueran cosas suyas. Si todos imitáramos esta conducta, ¿en qué estado estarían nuestras cosas? Si ahora están perdidas y corrompidas, debe atribuirse á aquellos que se han apartado de este modo de vivir. Mas quando tú determinas lo contrario, haces lo mismo que aquel que desechase como inútil la lira bien templada, y pretendiese que la que está destemplada, ó por la demasiada tirantez de las cuerdas, ó por la demasiada floxedad, estaba buena para tocarla, y deleitar con su sonido á los oyentes. Ciertamente no podría darnos mayor prueba de su ignorancia en la música. Tampoco pues podremos dar un argumento mas claro para probar la envidia y la inhumanidad de aquellos que se han declarado contra la vida virtuosa. ¿Pero qué dicen los padres que son mas moderados? Que aprendan primero las letras humanas; que en estando instruidos en ellas, entonces se exercitarán en la virtud, y nadie se los impedirá. ¿Y de dónde contra que han de llegar á la edad viril? pues muchos

mueren de una muerte prematura.

Pero supongamos que sea cierto lo que se prometen, que lleguen á la edad viril. ¿Quién saldrá fiador de aquella primera edad? Nada digo con el fin de disputar, pues si tuviésemos algun fiador para aquella edad, yo no los llevaría á los monasterios concluidos sus estudios, sino entonces les mandaría que se quedasen en su casa, y no alabaría á los que les exhortasen que huyeran, sino que les miraría como enemigos comunes de la república. Porque ocultando estas antorchas, y llevando estas lumbreras de las ciudades al desierto, las privarían de grandes auxilios para su felicidad. Y así, si no hay nadie que pueda prometer esto, ¿que utilidad hay en enviarlos á los maestros, en donde antes aprenden los vicios que las letras, y procurando conseguir lo que es menos, pierden lo que es mas, es á saber, las fuerzas del ánimo, y toda la inclinacion al bien? Pues qué (decís) hemos de destruir todas las escuelas? Yo no digo esto, sino que no destruyamos el edificio de la vir-

tud , y matemos su alma. La qual si es virtuosa no le causará ningun perjuicio la falta de instruccion ; mas si estuviese corrompida no dexará de serle muy perjudicial , aunque haya adquirido la elocuencia ; y quanto mayores progresos haya hecho en ella , tanto mas funesta le ha de ser. Porque la malicia junta con la elocuencia acostumbra á causar mucho mayores males que la impericia. ¿Qué, si abandonando las escuelas (dices) no solo no aprenden la elocuencia , sino que pierden tambien la virtud? Pero dime , ¿si perseverando en las escuelas , no solamente pierden su alma , sino que no adquieren la elocuencia? Mejor puedo decir esto que tú aquello. Porque aunque ambas cosas son inciertas , lo que tú dices es mas incierto. ¿Cómo , y por qué causa? Porque el estudio de las letras necesita la probidad de costumbres ; mas la probidad de costumbres , no necesita del auxilio de las letras. Porque la templanza la podemos practicar sin la erudicion ; pero ésta sin las buenas costumbres , jamás la ha conseguido nadie , pues el que está domi-

nado de la impureza consume el tiempo en la maldad y la lascivia. Y así lo que tú temías en aquello; también es de temer en esto; y aun mucho mas, porque rara vez se consigue el fin; y el peligro es de cosas de mayor importancia. En aquello no es necesario sino el ejercicio de una cosa sola; aquí es necesario adquirir dos cosas; y la una sin la otra no puede adquirirse, esto es las letras sin la templanza.

Mas suponiendo que se puedan conseguir, lo que ciertamente no puede ser, ¿qué bien nos resultará de la elocuencia, si recibimos una herida mortal? ¿Qué mal nos resultará de la impericia, si conseguimos los mayores bienes? Estas cosas son ciertas; no solamente entre nosotros, que nos reímos de la sabiduría profana, y la miramos como necedad, sino también entre los filósofos gentiles. Y así muchos de ellos no se aplicaron mucho á las letras; otros las despreciaron enteramente, y habiéndose ocupado toda la vida en aquella parte de la filosofía que dirige las costumbres, se hicieron muy célebres y muy ilustres.

Pues ni Anacarsis, ni Crates, ni Diógenes se aplicaron á la elocuencia, y ni aun Sócrates como dicen muchos, y puede ser buen testigo de esto aquel que en esta arte dexó muy atras á todos los demas, y supo mejor que nadie las cosas de Sócrates.

Pues habiéndolo introducido una vez al tribunal para defender su causa, lo hace hablar así en la apología que hace delante de los jueces: "Yo os diré en
"todo la verdad, Atenienses; pero no
"ciertamente con una oracion elegante,
"y adornada, como hacen estos con palabras escogidas y armonicasas, sino que
"usaré solo de las comunes y ordinarias.
"Creo que lo que voy á decir es justo,
"y nadie espere otra cosa de mí. Pues
"realmente, jueces, no conviene á mi edad presentarme delante de vosotros
"como un joven con palabras aliñadas
"y hermosas." Diciendo esto, manifiesta que no ha aprendido la elocuencia, ni hace uso de ella; no por descuido, sino porque la estimaba en poco. Así la elocuencia no es propia de los filósofos, ni de los hombres ancianos, sino de los

jóvenes que por emulacion se exercitan en ella, segun la opinion de los mismos filósofos, y de aquel especialmente que en esta parte les excedió á todos. Pues no permite que su maestro se adorne con ella, porque juzga que este es un adorno indecente, é indigno de un filósofo. Pero esto, me dirá alguno, convendrá á un infiel, y no á un fiel. Antes bien conviene mas al fiel. ¿Pues como no ha de ser una cosa absurda, que aquellos que buscan el aura popular, y que no pueden hacerse famosos sino con esta sabiduría externa, la tengan en nada; y nosotros estemos tan llenos de admiracion, y la estimemos tanto que por ella despreciemos las cosas mas necesarias?

Esto basta para un infiel, mas para un cristiano es necesario traer otras muchas pruebas de los nuestros. ¿Quiénes son estos? Primeramente aquellos grandes hombres que hubo antes que se conocieran las bellas letras: en segundo lugar los que vinieron despues de aquellos, quando ya los hombres se aficionaban á ellas; pero no se conocia aun la elo-

cuencia; y últimamente los que vivieron quando unas y otras florecian. Los primeros, aunque no conocian ni las bellas letras ni la elocuencia, sin embargo en las cosas en que es necesaria la fuerza de persuadir estaban tan instruidos, y llevaban tanta ventaja á los que hacían profesion de la elocuencia, que estos parecian niños rudos y ignorantes en comparacion de aquellos. Porque como la elocuencia consiste principalmente en la fuerza de la persuasion, y los filósofos nunca llegaron á persuadir á ningun tirano sus máximas, y aquellos imperitos é idiotas convirtieron á todo el mundo, es evidente que la gloria de la sabiduría se hallaba en aquéllos, y no en estos que se preciaban de estar instruidos en las ciencias y en la elocuencia; de manera, que la verdadera sabiduría, y la verdadera erudicion no es mas que el temor de Dios. Pero nadie crea por esto que yo quiera establecer por ley, que los niños deban ser ignorantes. Por el contrario si alguno me asegurase de las cosas necesarias, quisiera que fueran su-

mamente instruidos. Pues así como conmovidos los fundamentos con toda la casa, y amenazando ruína todo el edificio, sería la mayor locura y necedad llamar corriendo para su remedio á los doradores, y no á los arquitectos: así sería prueba de un ánimo temerariamente porfiado prohibir que se llame á los doradores y pintores quando las paredes del edificio estan firmes. En prueba de que os hablo con sinceridad, lo que ya he manifestado por las obras, os voy á referir ahora la historia siguiente.

Un cierto joven muy rico vivió algun tiempo en nuestra ciudad con el fin de instruirse en el griego y el latin. Siempre le acompañaba un pedagogo, solo con el fin de formar su corazon. Habiendo yo visitado á este pedagogo, que era uno de los que vivian en los desiertos, le pregunté ¿por qué habiendo hecho profesion de aquella sabiduria se habia humillado á hacer el oficio de pedagogo? Me respondió, que hacia poco tiempo que exerceia este oficio, y nos contó la cosa desde el principio

de esta manera: Este joven (nos dixo) tiene un padre duro, feroz, y que desea con la mayor ansia las cosas del mundo; pero su madre es modesta, moderada, buena, y que solo desea las cosas del cielo. El padre, que ha hecho proezas en las batallas, quiere que su hijo sea militar: la madre no quiere: pide á Dios con el mayor fervor, y desea en gran manera verle floreciente en el estado monástico; pero no se atreve á manifestar á su padre sus pensamientos, temiendo que si lo llega á entender antes del tiempo, lo fixe y establezca en el mundo; y apartándolo del estudio, lo traslade á la milicia, y á todo el descuido que suele acompañar este género de vida, de manera, que ya despues no pueda corregirse, ni salir de sus vicios. Por esta razon se vale de este artificio. Me llama á su casa; y habiéndome manifestado su intencion, tomando las manos de su hijo las pone sobre las mias. Yo le pregunto, ¿por qué hace esto? Y responde que no hay otro medio para salvar á su hijo, sino el que yo sea su pe-

dagogo, y cuide de él, y me vaya á su casa; que ella persuadirá á su padre que aun para los que quieren seguir las armas, es necesario que se instruyan en las letras.

Si puedo yo conseguir esto, tú separado en otra casa, donde ni el padre, ni ninguno de los amigos te incomodará, lo podras formar en aquella sublime arte, y ordenar su vida como si viviera en el monasterio; y así condesciende con lo que te pido: representemos los dos esta comedia, y tómate el trabajo de representar conmigo esta ficción. No se trata de cosa de poca importancia, sino de librar de los peligros á mi hijo, y salvar su alma. No abandones al que estimo mas que todas las cosas: libralo de los lazos que le rodean por todas partes, de la tempestad, y de las olas. Si tú no me quieres hacer este favor, invoco á Dios, y quiero que sea testigo entre los dos, que por mi parte nada se ha omitido de lo que era necesario para salvarle, y que soy inocente si se pierde este niño. Si á mi hi-

jo sucede alguna desgracia de las que son tan comunes á los que viven en tantas delicias y negligencia, Dios te pedirá cuenta de su alma. Conjurándome con estas, y muchas otras palabras, y deramando un torrente de lágrimas, afligida y congojada me persuadió finalmente que tomára á mi cargo este negocio, y me despidió con estas órdenes. Y no le salió mal esta ficion, pues este excelente pedagogo exercitó tan bien y en tan poco tiempo á este muchacho encendiendo en su corazon un deseo tan grande del retiro, que abandonando todas las cosas, se huyó al desierto, y necesitó de otro freno para contenerlo en aquellos exercicios, y hacerlo mas moderado, porque era de temer que con tanto fervor se descubriera toda la ficion, y se levantára una gravísima persecucion contra la madre, el pedagogo y los monges.

Pues si llegase á entender el padre la huida de su hijo, nunca desistiría de hacer esfuerzos para arrojar á aquellos santos, no solamente que habian recibido

á su hijo , sino tambien á todos los otros. Tomando pues este joven , despues de haberle dicho estas y otras muchas cosas , permiti que perseverase en el deseo de esta filosofía , y aun lo aumenté , suplicándole sin embargo que viviera en la ciudad , y se dedicára á las letras , porque de este modo aprovecharía mucho á sus compañeros , y la cosa quedaría oculta á su padre. Lo que juzgaba que era necesario , no solamente por la utilidad de aquellos santos , del pedagogo y de su madre , sino tambien del mismo joven. Porque si al principio , sabiéndolo el padre , se hubiera opuesto , corria mucho peligro que hubiera arrancado las plantas de la filosofía , siendo tan tiernas , y de tampoco tiempo plantadas. Pero que si pasaba mucho tiempo , y echaban profundas raíces , confiaba mucho que en qualquier evento que hubiera , jamas podría el padre causarle daño , lo que así sucedió. Y no me engañé en mis esperanzas , pues habiendo sabido el padre , pasado mucho tiempo , toda esta historia , le

acometió, cayendo con grande ímpetu sobre él; pero no solamente no pudo conmover el edificio, sino que fué una prueba de que estaba construido con mucha firmeza. Y muchos de sus condiscípulos se han aprovechado tanto de su trato y conversacion que se han hecho sus émulos. Pues teniendo él siempre el director en casa, como la estatua que está siempre baxo la mano del escultor que la va puliendo y perfeccionando mas y mas; así todos los dias se aumentaba la hermosura de su alma. Y lo que es mas de admirar, que quando estaba en público en nada parece que se diferenciaba de los demas, porque no tenía modales rústicos y groseros, ni un vestido singular, sino que era semejante en todo á los demas, en el vestido, en la presencia, en la voz, y en todas las otras cosas. Por cuya razon ganó á su partido muchos de sus amigos con este artificio, ocultando dentro de sí mucha filosofía. Mas si alguno lo hubiese visto en su casa, le hubiera tenido por uno de los solitarios que viven en los montes. Por-

M

que todo estaba en ella tan bien arreglado como en un monasterio, no habiendo en ella sino precisamente lo necesario; y el tiempo se pasaba en la lección de los libros santos. Como era de un ingenio agudo y perspicaz, empleaba solamente una pequeña parte del día en el estudio de las ciencias profanas: lo demás lo empleaba en la oración, que era muy frecuente, y en la lección de los libros divinos, y pasaba todo el día sin comer, y qué digo un día, dos y tres, y aun mas.

Las noches también las pasaba en las lágrimas, en semejantes oraciones y lecciones. Todo lo qual nos lo contaba el pedagogo en secreto. Pues el mozo se indignaba de que estas cosas se supieran. Decía que se había preparado el ciclicio en lugar de vestido, y que de noche se lo ponía para despertarse mas pronto; que en lo demás observaba con la mayor diligencia la disciplina de los monges, y que frecuentemente alababa y daba gracias á Dios por los muchos progresos que con sus divinos ausilios

había hecho en la virtud. Y así, si alguno me mostrase en el día un ánimo tan bien dispuesto, y me diera un pedagogo semejante, y tan bien me prometiera que cuidaría de las demas cosas, desearía mil veces que todo se hiciera así, aun mas que los mismos padres. Porque así resultaría mayor utilidad, pudiendo semejantes jóvenes por su conducta, por su edad y su continuo trato atraer á sus compañeros. Pero no hay nadie que prometa hacer esto. Pues no habiendo quien tome sobre sí este cargo, sería la mayor crueldad permitir que perezcan en medio del combate, quando se debían retirar de él aquellos, que ni aun saben defenderse, sino que estan tendidos, traspasados de mil heridas mortales, y solo pueden hacer mas débiles y cobardes á los demas. Porque un capitán sería igualmente digno de castigo, si apartase del combate los que pueden pelear, y á los enfermos y heridos que impiden á los demas les obligara á estar siempre en el campo.

Mas por quanto muchos padres in-

M 2

sisten siempre , queriendo que sus hijos pasen la vida en los estudios , como si hubieran de llegar á la cumbre de la elocuencia , no disputemos sobre esto , ni tampoco que llegarán al fin que se proponen , sino concedámosles , que conseguirán este fruto , y serán unos perfectos oradores. Que se nos dé á elegir entre estas dos cosas , ó que vaya á la escuela para conseguir la erudicion , ó á la soledad para salvar su alma : ¿ en cuál de estos estudios podrá conseguir mejor lo que se desea ? Si en los dos á un mismo tiempo se puede conseguir , soy de parecer que sea en los dos ; mas si entre los dos es menester elegir uno , será preciso determinarnos por el mejor y mas excelente. Sin duda alguna debe hacerse así , nos dicea ; pero ¿ cómo sabremos que perseverarán , que permanecerán , y que no caerán siendo cierto que muchos cayeron ? ¿ Y de dónde nos puede constar que no perseverarán , y no permanecerán ? Pues muchos perseveran , y son muchos menos los que caen , y por razon de estos hay mas motivos de esperar , que

de temer por aquellos. ¿Y por qué no se teme lo mismo sobre el estudio de las letras, en donde principalmente debe temerse? Porque entre los monges, de muchos son pocos los que caen; mas en las escuelas de las artes liberales, de muchos son pocos los que salen sobresalientes. Y no solamente por esta razón, sino por muchas otras causas debe temerse mas por esta parte.

Porque la poca capacidad de los niños, la impericia de los maestros, el descuido de los pedagogos y de los padres, la falta de intereses, la semejanza de costumbres, la depravacion de los condiscípulos, la envidia y los celos, y otras muchas causas impiden que se hagan progresos en las ciencias, y que se consiga el fin propuesto. Y no solamente estas cosas, sino que aun despues que se ha llegado al fin de los estudios, se hallan mil otros obstáculos. Vencidos estos y conseguida una elocuencia perfecta se nos arman mil lazos, y se nos ponen mil celadas. Porque el odio del príncipe, la envidia de los compañeros, la dificultad de

los tiempos , la falta de amigos y la pobreza ; nos apartan del fin.

En los monges no se halla nada de esto , no se necesita sino una cosa , es á saber, una noble y firme resolucion ; y en habiendo ésta , ya no hay dificultad en conseguir la virtud. ¿Pues cómo no ha de ser una cosa injusta el desesperar y temer con las mejores esperanzas, las mas claras y mas próximas á realizarse; y por el contrario, esperar la cosa mas difícil del mundo , quando las esperanzas son contrarias, remotísimas, y con mil obstáculos para que se realicen? En el estudio de las letras no considerar los tristes sucesos que son tan frecuentes, sino solo los buenos que rarísima vez suceden; y en el estado de los monges hacer todo lo contrario, habiendo tantos motivos para esperar el buen suceso, mirar siempre solo lo mas triste ; quando se trata de las esperanzas contrarias, considerar tan solamente los bienes.

En los estudios sucede frecuentemente, que habiéndose reunido todo lo que nosotros podamos desear, una muerte

prematura arrebató al atleta antes de ser coronado , despues de haber trabajado y sudado mucho : aquí aunque la muerte sorprenda al monge en medio de los combates , siempre sale brillante y coronado.

Si se teme lo que es futuro , en ninguna parte debe temerse tanto como en el estudio de las letras , donde hay tantos obstáculos para llegar al término. Mas tú en esto estás firme , y te detienes mucho tiempo , no atendiendo ni á los gastos , ni á los trabajos , ni á la incertidumbre del suceso , sino mirando solamente al fin. Aquí sin haber entrado en el portal , ni haber saludado esta hermosísima filosofía , luego temes , tiembblas y te desesperas. Pues qué , ¿no decías tú poco ha que el que vive en la ciudad y en su casa y con su muger puede salvarse ? ¿Pues si este puede , mucho mejor el que se halle sin estos embarazos. Porque no es de un hombre prudente confiar , quando se halla envuelto en mil dificultades , aun quando así se pueda conseguir la cosa ; y quando se está li-

bre de todos los obstáculos , temer y temblar , como si no se pudiera vivir bien sin ellos. Porque si el que vive en la ciudad , como dices , puede salvarse , mucho mejor podrá el que vive en la soledad. ¿Por qué pues temes que no podrá , quando en la ciudad no temes donde principalmente todo debe temerse?

Pero , me dirás , no es igual pecado el del secular , y el del que se ha consagrado á Dios , porque no cayendo los dos de una misma altura , sus heridas no pueden ser iguales. Mucho te engañas , si juzgas que Dios pide al secular cosas diferentes del monge. La diferencia que hay entre ellos es , que el uno se casa , y el otro no : en lo demás Dios les pedirá la misma cuenta. Porque el que se enoja locamente con su hermano , sea secular , sea monge , ofende igualmente á Dios ; y el que mira á una muger para codiciarla , en qualquier estado que se halle , será castigado con la misma pena del adulterio ; y si me es lícito añadir alguna cosa discurriendo , el secular que hace esto es menos digno de perdon,

pues no es un delito igual el dexarse engañar de la hermosura de una muger estando casado , y teniendo este consuelo , ó dexarse vencer de este mal , no teniendo el auxilio de la muger. El que jura, en qualquier estado que esté, igualmente es condenado. Porque quando Jesucristo estableció una ley sobre esto, no puso esta distincion, ni dixo, si el que jura es monge , el juramento de mal procede ; y si no es monge no, sino que dixo simplemente , y con las mismas palabras á todos: *Ego autem dico vobis non jurare omnino.* Mas yo os digo no jureis en ninguna manera. Quando dice: ¡ay de los que se ríen! no añade de los monges, sino que generalmente pone la ley para todos. Y lo mismo ha hecho con todos los grandes y admirables preceptos que nos ha dado.

Pues quando dice bienaventurados los pobres de espíritu, los que lloran, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos , los limpios de corazon, los pacíficos, los que padecen persecucion por la justicia, y los que sufren

por los de fuera persecuciones y maldiciones por Jesucristo, no pone el nombre de secular y de monje, sino que esta distincion la han excogitado los hombres. Las escrituras nada de esto dicen, sino que quieren que todos hagan la vida de monjes, aunque esten casados. Pues oye lo que dice Pablo: (y quando digo Pablo, digo tambien Jesucristo): éste escribiendo á los casados, á los que educan ó crían hijos, exíge de ellos toda la diligencia de los monjes, porque cortando enteramente todas las delicias de los vestidos y de la mesa, dice esto.¹

“Asímismo tambien las mugeres en traje honesto, ataviándose de vergüenza y modestia, no con cabellos encrespados, ó oro ó perlas, ó vestidos costosos, mas de buenas obras, como conviene á mugeres que profesan piedad.” Y en otra parte²: “Mas la que de verdad es viuda y solicitaria, espera en Dios, y es diligente en supli-

¹ I. Tim. II. 9.

² I. Tim. V. 6.

„caciones y oraciones noche y dia; por-
„que la que vive en deleytes, vivien-
„do está muerta.”

Manda pues estas cosas para que sean irrepreensibles. ¹ “Asíque teniendo sus-
„tento, y con que cubrirnos, contenté-
„monos con esto.” ¿Qué mas podría pe-
dir nadie á los monges? Habiendo ins-
truido á otros para refrenar la lengua,
establece unas leyes tan rigorosas, que
con dificultad las cumplirán los mismos
monges. Porque no solamente desecha
la torpeza, las necedades, y aun las co-
sas ridículas; no solamente corta el fu-
ror, la ira, la amargura de la boca de
los fieles, sino toda vocería ². “Toda
amargura y enojo, y ira y voces, y in-
juria sea quitada de vosotros, y toda ma-
licia; antes sed los unos con los otros
benignos, misericordiosos, perdonándoos
los unos á los otros, como tambien Dios
os perdonó en Cristo” ¿Te parecen aca-
so pequeñas estas cosas? Espera, y oirás

¹ I. Tim. VI. 8.

² Efes. IV. 31.

otras mayores que estas, las quales las manda á todos sobre la tolerancia de los malos¹. "Ayraos, y no pequeis, no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo. Mirad que no se vuelva á alguno mal por mal, sino seguid siempre lo que es bueno para cada uno de nosotros, y para todos." Y en otra parte²: "No seas vencido de lo malo, mas vence con bien el mal." ¿No has visto como suben á su perfeccion la grandeza de la filosofía y de la magnanimidad? Pues oye los preceptos que nos da sobre la caridad, que es la raiz de todos los bienes.

Despues de haberla ensalzado, y habernos referido sus heróicas acciones, la misma pide Jesucristo á los seculares, que á sus discípulos. Como Jesucristo dice que la perfeccion de la caridad consiste en dar su vida por sus amigos, de la misma manera S. Pablo lo manifiesta por estas palabras³: "La caridad no busca sus provechos"; y manda que sigamos es-

1 Efes. IV. 26.

2 Rom. XII. 21.

3 I. Cor. XIII. 5.

ta caridad; de manera, que si no se nos hubiera mandado sino esto solo, era un argumento bastante poderoso para exigir la misma de los seculares que de los monges, pues ella es el vínculo y la raiz de muchas virtudes; mas despues de esto la refiere menudamente, y por partes. ¿Qué cosa mas grande se puede pedir que esta filosofia? Pues mandándonos que seamos superiores á la ira, al furor, á la vocería, al deseo del dinero, á la glotonería, á la magnificencia, á la vanagloria, y á todas las demas cosas del siglo, y no tener nada comun con la tierra; mandándonos igualmente, que mortifiquemos nuestros miembros, es evidente que nos pide á todos la misma regularidad de vida que á sus discípulos; y que estemos tan muertos á los pecados, como si lo estuviéramos verdaderamente, y puestos ya en el sepulcro; "Porque el que es muerto, libre es del pecado". Y algunas veces nos exhorta, no á la imitacion de los discípulos, sino

del mismo Jesucristo. Porque quando nos exhorta á la caridad, al olvido de las injurias, y á la modestia, nos propone por exemplo á Jesucristo. Y así mandándonos que imitemos no tan solamente á los monges y discípulos, sino al mismo Jesucristo; y amenazándonos con gravísimos suplicios si no lo hacemos, ¿por qué motivo, dices, que aquella altura es la mayor? Todos los hombres es necesario que suban hasta ella, y lo que todo lo tiene puesto en confusiones, que aquella vida tan regular, se juzga que solo conviene á los monges, y que los demas pueden vivir como quieran. No es así, no, sino que á todos se nos pide la misma filosofía, y esto lo digo con toda certeza; ó por mejor decir, no soy yo, sino el que nos ha de juzgar. Pero si lo dudas, y estás como admirado, de las mismas fuentes sacaré otros infinitos argumentos, con los quales convenceré tu obstinada incredulidad, y los tomaré de los suplicios de aquel dia.

Aquel rico era atormentado mas cruelmente que los otros, no porque era monje, sino porque siendo secular (séanos lícito explicar nuestro pensamiento), viviendo en las riquezas y en la púrpura, despreció á Lázaro que estaba en una pobreza extrema. Pero ni esto, ni aquello diré, sino solamente que fué atormentado con una pena mayor de fuego, porque era cruel. Las vírgenes fueron excluidas de la sala de las bodas del esposo por haber sido inhumanas; y si puedo explicar mi pensamiento, las penas no se les agravaron por haber sido vírgenes, sino que se les disminuyeron, pues no se les dixo: "Id al fuego preparado para el diablo y sus ángeles, sino no os conozco." Si alguno pretende, que lo mismo es esto que aquello, no me opondré. Porque lo que yo me he propuesto probar es, que la vida de los monges no hace mas graves sus suplicios, sino que los seculares que cometen los mismos pecados, sufrirán las mismas penas. El que estaba vestido con un vestido sucio, y el que exígia los cien dineros, han padecido las

penas que el evangelio nos refiere ; no porque eran monges, sino que el uno pereció por la fornicacion, y el otro por no haber condonado los cien dineros. Y si alguno considera los demas que padecen suplicios, verá que solo sufren estas penas por los pecados que han cometido. Lo mismo que se observa en los suplicios, se observa en las amonestaciones. Porque quando dice¹ : “ Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados, y yo os recrearé: llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazon, y hallareis descanso para vuestras ánimas ” ; no habla solamente á los monjes, sino á todo el género humano. Y quando nos manda caminar por el camino angosto, habla tambien á todos los hombres ; y á todos manda tambien aborrecer á su alma en este mundo, y otras cosas semejantes. Quando no habla, ó no impone la ley á todos, nos lo manifiesta claramente. Pues hablando de la virgi-

1 Math. XI. 28.

nidad, añadió: "El que puede tomar; tómelo", no estableciéndolo como un precepto, ni añadiendo la palabra *todos*. Así Pablo mismo, que siempre imita á su maestro, hablando de lo mismo decía: "Empero quanto á las vírgenes, no tengo mandamiento del Señor, mas doy mi parecer, como hombre que ha alcanzado misericordia del Señor para ser fiel." Me persuado, que en adelante, ya nadie se atreverá á negar, que el monge y el secular, todos deben llegar á la misma cumbre de la perfeccion; y que los que caen, reciben las mismas heridas.

Demostrado ya esto, examinemos quien caerá con mas facilidad, y en esta parte no necesitamos hacer grandes esfuerzos. El que tiene muger, es evidente que guardará con mas facilidad la continencia, porque goza de este gran consuelo: en lo demas la cosa no es tan clara. Esto no obstante se ven muchos mas casados que no guardan la conti-

1 Math. XIX. 12.

2 I. Corinth. VII. 25.

nencia, que no monges; pues no dejan tantos monges los monasterios para casarse, como casados del lecho de la mujer pasan al de las ramera.

Pues si en aquellos combates en que es tan fácil vencer, caen tan frecuentemente, ¿qué sucederá en otras pasiones que sufren mas violentas que los monges? La concupiscencia estimula mucho mas á los monges, porque no tienen trato con mugeres. Las demas pasiones no se les pueden casi acercar, quando á estos les atacan violentamente, y los precipitan. Si los monges vencen en los combates mas fuertes con mas frecuencia que los seculares en los mas ligeros, es evidente que no siendo atacados por los demas afectos, perseverarán constantes. El amor del dinero, de las delicias, del poder, y los demas afectos los vencen con mas facilidad los monges que los seculares. Juzgaremos de esto, como de una batalla ó un choque, que decimos, que aquel es menor en el que perecen menos gentes.

La avaricia mejor la vence el que

vive en el desierto, que no el que está en el siglo; pues este facilmente caerá, y el avaro debe contarse entre los idólatras. El monge si tiene dinero no despreciará á sus parientes, y á sus amigos, sino que les socorrerá abundantemente; mas el que vive en el siglo, no solamente les despreciará, sino que les hará el mismo daño que á los demas, que ciertamente es un género de idolatría mucho mas grave que los primeros.

¿Qué necesidad hay de hablar de los demas, que los monges vencen facilmente, y derriban á los seculares con grande impetu? ¿Por qué no temes? ¿por qué no tiemblas viviendo en un estado en que con tanta facilidad caes en el pecado? ¿Pues qué, tan poca cosa te parece ser idólatra, y peor que los infieles, y negar el servicio de Dios con tus obras, todas las quales cosas con mas facilidad las cometen los que viven en el siglo que los monges? ¿No ves que este mundo es una mera ficcion? Porque si se ha de temer, no ha de ser por aquellos que huyen de las tempestades, y se retiran

al puerto, sino de aquellos que estan en medio de la tempestad, y son batidos de la borrasca. Antes se debe temer en este estado el naufragio, porque hay tantas causas que existen la turbacion; y los que deben resistir son menos activos. Mas aquí no hay tantas tempestades, sino una gran tranquilidad, y mayor diligencia en aquellos que deben combatir contra ella. Por lo qual nosotros los llevamos al desierto, no para vestirlos de saco, y que duerman sobre la ceniza, sino para que huyan de los vicios, y elijan la virtud. Pues qué, ¿perecerán todos los casados? No digo yo esto, sino que sufrirán mas trabajos si quieren conseguir su salud, y esto por la necesidad que apremia. Porque el que está libre correrá mas fácilmente que el que está atado. ¿Luego este conseguirá mayores premios, y mas ilustres coronas?

De ningun modo, porque él mismo se ha impuesto esta necesidad, pudiendo no imponérsela. Y así estando todos como hemos demostrado sujetos á las mismas obligaciones que los monges, cor-

ramos por el camino mas facil , y llevemos á ella los hijos para no precipitarlos y sumergirlos en el abismo , como enemigos declarados.

Si otros hicieran esto , no seria tan sensible. Mas siendo tan locos los mismos padres , que habiendo experimentado las cosas temporales , y visto por las mismas obras , quan vano es el daleyte de las cosas presentes no obstante aficionen los otros á ellas mismas , porque ya ellos por su edad no las pueden gozar , y debiendo confesar por lo que han visto , que son infelices , por el contrario estando cercanos á la muerte , al tribunal , y á las penas que les estan destinadas precipiten á otros en la misma desgracia ¿ qué excusa les queda ? ¿ Qué perdon pueden esperar ? ¿ Qué misericordia ? No solamente sufrirán la pena de sus pecados , sino la de aquellos á que han expuesto sus hijos , ora los hayan hecho caer ó no.

Quizás deseais ver los hijos de vuestros hijos. ¿ Y cómo esto ? No siendo aún padres vosotros , pues la generacion sola

no hace padre, como vosotros mismos lo confesais, quando viendo que vuestros hijos han caído en el abismo de la malicia los abandonais y desechais, como si no fueran vuestros, sin que os pueda contener, ni la naturaleza, ni la generacion, ni otra cosa semejante. Así no os atribuyais el título de padres, respecto de aquellos que os son tan superiores en la virtud.

Mas despues de haberlos engendrado de este modo, entonces solamente tendreis justos motivos para desear ver los nietos. Entonces tendreis ciertamente hijos verdaderos: "Los quales no son engendrados de la sangre, ni de la voluntad de la carne, sino de la voluntad de Dios ¹." Estos hijos no os llenarán de luto y afliccion por sus bodas, ni por ninguna otra causa; sino que libres de todos cuidados os causarán mayor gozo que si fuérais sus padres naturales. Pues no se engendran, ni se crían de la misma manera que aquellos, sino de un modo mucho mas

¹ Joan. I. 13.

excelente y mas espléndido, y por esto llenan mas de gozo á sus padres. Añadiré ademas, que no es maravilla, que los que no creen la resurreccion los lloren quando mueren, pues este es el único consuelo que les queda. Pero nosotros que juzgamos que la muerte es un sueño, que estamos instruidos de que debemos despreciar todas las cosas presentes, ¿cómo seremos dignos de perdon, si lloramos nuestros hijos, y los queremos ver y dexar aquí, de donde deseamos tanto salir, y en donde no estamos sino gimiendo y suspirando? Esto lo digo para los que son mas espirituales.

Si hay algunos amantes de los cuerpos, y ençantados con las ilusiones del siglo, á estos les diré primeramente que es incierto si tendran hijos del matrimonio, y, caso que los tengan, les han de causar mayores pesadumbres. Porque la solicitud, el temor y la anxiedad que tenemos por ellos, nos dan mayor dolor y pesadumbre que toda la alegría que nos causan. Mas dices, ¿á quién dexaré mis casas, mis campos, mis siervos

y mi dinero? Esta es una de las quejas que oigo todos los días en su boca.

A aquel que antes debía poseerlos por derecho de herencia, y ahora tanto mejor los debe poseer, quanto los guardará mejor, y hará mejor uso de ellos. Estos los arruinaban antes muchas cosas, la polilla, y el tiempo que todo lo consume, los ladrones, los sicofantas, los envidiosos, la incertidumbre de lo futuro, la inestabilidad de las cosas humanas; finalmente la misma muerte hubiera privado á tu hijo del dinero y de todas las posesiones: mas ahora ha puesto en seguridad las riquezas mencionadas libres de todos estos accidentes, habiendo encontrado un lugar inviolable, al qual no puede llegar ninguna de las sobredichas calamidades.

Este lugar es el cielo, que no está expuesto á las asechanzas, mas fértil que los campos mas feraces, pagando con grande usura el dinero que se ha depositado allí. No era pues justo hablar del modo que has hablado. Si tu hijo se hubiera querido quedar en el siglo, en-

tonces se debia llorar y decir ¿á quién dexaré los campos? ¿Á quién el oro? ¿Á quién las demas riquezas? Ahora es tanta la abundancia de las posesiones y campos que tiene, que ni después de su muerte las pierde, sino que quando salimos de aquí, entonces gozamos mejor de sus frutos. ¿Quiéres verle aun aquí dueño y poseedor de estos bienes? Pues aun de este modo lo es mas siendo monge, que siendo secular. Y sinó, dime, ¿quién es mas dueño de los bienes, el que los gasta y los distribuye con grande libertad, ó el que por su avaricia no se atreve á tocarlos, los entierra, y se abstiene de ellos como si fueran agenos? ¿El que los gasta temerariamente, é inútilmente, ó el que lo hace oportunamente? ¿El que siembra en la tierra, ó el que siembra en el cielo? El que no puede distribuir sus bienes á quien quiera, ó el que está libre de todos los que cobran semejantes tributos?

Al labrador y al comerciante siempre les estan instando para que paguen, cobrando cada uno de los acreedores

la parte que les toca. Al que quiere repartir sus cosas entre los pobres nadie le amenaza, y así este es mas dueño de sus cosas. Por ventura ¿llamarás dueño de sus bienes al que los gasta con las mugeres públicas, en mesas opíparas, con los parasitos y aduladores, convierte en ignominia su gloria, pierde la salud, se hace el objeto de la irrisión, y del desprecio de los otros; y no al que los gasta segun la voluntad de Dios, y con mucha prudencia? Dirás acaso, que es dueño de sus bienes el que los arroja en los canales y rios; y tendrás lástima del que los emplea en los usos necesarios, como si no tuviera dominio sobre ellos? Antes bien estos no deben compararse con los que los gastan inútilmente, sino con los que los emplean para su ruina.

Los gastos necesarios y prudentes hacen al hombre mas ilustre, mas opulento y mas seguro; mas los insensatos y temerarios le hacen torpe y digno de oprobrio, y expuesto absolutamente á su condenacion. ¿Pues qué, me dirás, des-

pues del matrimonio , y de tener hijos, no podremos abrazar este género de vida en la vejez? ¿Quién nos ha prometido que hemos de llegar primeramente á una larga vejez? Y en segundo lugar en la suposicion de llegar á ella, ¿quién nos ha prometido que perseveraremos en el mismo propósito? Porque nosotros no somos dueños del tiempo que se nos da para vivir, como nos lo enseña S. Pablo, diciendo ¹ “El dia del Señor vendrá como ladrón de noche”, ni perseveramos siempre constantes en los mismos propósitos. Por esta razon cierto sábio nos amonesta con estas palabras ²: “No tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de dia en dia, no sea que dilatándolo seas oprimido, y perezcas en tiempo de la venganza.”

Aunque nada de esto fuera incierto, ni aun así deberíamos detener á los hijos, ni causarles tan gran perjuicio; porque sería la mayor locura, si viendo á un

¹ I. Tesal. V. 2.

² Eccles. V. 8.

jóven que necesita socorro, atacado con el mayor furor por un enemigo obstinado y muy fuerte, le mandásemos que se entregase á los negocios del siglo donde facilmente puede ser vencido, y despues de haber recibido infinitas heridas, sin quedar en él parte sana, le armásemos entonces; y estando caído y débil, le animásemos al combate. Así es, me dices, porque en este estado el combate será leve, y facil el vencer, apagada ya la concupiscencia. ¡Que combate quando ya no se presentará ningun enemigo contra nosotros! Por esta razón las coronas serán menos ilustres. Pues como nos dice la Escritura: "Bienaventurado el que
 „ lleva el yugo desde su juventud, el soli-
 „ tario se sentará y callará". Digno es de infinitas alabanzas, de elogios y de bendiciones el que sabe enfrenar la naturaleza quando está en su mayor furor, y el que sabe burlarse de la tempestad, salvando su nave. Mas por no disputar sobre estas cosas, te concederé, que aun

entonces habrá combates. Ciertamente si dependiera de nosotros el tiempo del combate, podríamos libremente esperar ese tiempo. Pero si toda la vida hemos de combatir, es á saber, desde que tenemos uso de razon, ó desde los diez años, porque desde esta edad hemos de dar cuenta de nuestros pecados, como se ve por aquellos niños, que por haberse burlado del profeta Eliséo fueron devorados de los osos, y ahora se ha de pelear desde aquella edad en que nos amenaza la guerra mas cruel, ¿cómo te atreves á determinar el tiempo de los combates?

Si estuviera en tu poder el mandar al diablo que no acometiera, ó que atacára, podrías tener alguna razon en lo que dices; pero si por una parte estando en su poder el acometernos y atacarnos, me mandas que me esté quieto, y que no resista, ¿qué daño mayor puede haber que éste, es á saber, bramar de furor el enemigo, y quitarme á mí que soy acometido las armas, y ponerme de este modo en sus manos? Mas es jóven y débil. Por la misma razon son necesarias mayores

precauciones, y se debe poner mas cuidado. Conviene que los jóvenes vivan en la quietud y tranquilidad, no meterse en los negocios, ni en medio del mundo, donde el tumulto y la confusión es grande. Pero tú quieres poner en medio del siglo, sin permitirles que se vayan al desierto para ejercitarse y prepararse al combate, aquellos que están expuestos á la guerra mas cruel por su edad, por su debilidad, y por su impericia, y por hallarse en medio del mundo: es como si mandases al que pudiera conseguir mil victorias, y erigir mil trofeos que se estuviera quieto, meditando y aprendiendo el arte de la guerra; y obligases al que no tuviera valor ni aun para ver el combate, que combatiera, y así pusiera mayores impedimentos para conseguir la victoria.

Ademas es necesario considerar, que el que se ha casado, ya no es dueño de sí mismo; y así es necesario una de dos cosas, ó vivir siempre con su muger, si ella quiere, ó si quiere vivir en la continencia, abandonada ella, caer en el adul-

tesio: ¿Por qué he de hablar de otros vínculos necesarios, es á saber, de los hijos, y del cuidado de la hacienda, los cuales son capaces de hacer inútiles todos nuestros propósitos, y poner el alma en la mayor inaccion?

Así es mucho mejor instruir bien desde el uso de la razon en el exercicio de las armas al que es dueño de sí, y libre, no solamente por lo que hasta aquí hemos dicho, sino tambien por lo que luego voy á decir. Porque el que empieza este modo de vivir al fin de su vida, todo el tiempo lo consume en llorar los pecados que anteriormente ha cometido, y en esto pone toda su aplicacion; y muchas veces no habiendo tiempo bastante para acabar de cerrar las heridas, es preciso salir de esta vida con las reliquias de ellas. Mas el que desde su mas tierna edad renuncia al mundo, no gasta el tiempo en estas cosas, ni está sentado curando sus heridas, sino que desde el principio ya recibe premios.

Aquel hace bastante de combatir para reparar las pérdidas; mas este desde la

entrada de la carrera ya levanta trofeos, y añade victorias á victorias, como el vencedor de los juegos olímpicos, que habiendo empezado á vencer desde los primeros años, llega hasta la vejez mas decrépita, despues de haber sido proclamado vencedor infinitas veces, y muere ceñidas las sienes de millares de coronas. ¿De cuál de estos quibres que sea artificio? ¿De aquellos que pueden mirar á los arcángeles con suma confianza, ó de aquellos que estan entre la turba, y ocupan el último lugar? Porque si pueden vencer todos los obstáculos que hemos dicho, ocuparán absolutamente el último lugar, es á saber, si una muerte prematura no los arrebatara, ni la muger los estorba, ni han recibido tantas heridas, que ni todo el tiempo de la vejez sea bastante para curarlas, conservando siempre firme, y constante su propósito.

Reunidas todas estas cosas, apenas ocuparán el último lugar. ¿Quiéres que tu hijo sea del número de estos, ó de aquellos que brillarán delante de las falanges? ¿Quién hay, me dirás, tan men-

técato, que no desée que sus hijos sean colocados entre éstos, y no entre aquellos? Mas seguimos la costumbre, y queremos que esten en nuestra compañía. Lo mismo quiero yo, y no deseo menos que vosotros que vuelvan á la casa de sus padres, que les alimenten, y que en el cumplimiento de esta obligación sean mas exáctos que todos los hombres; pero dexemos esto por ahora. ¿Pues como dexará de ser una cosa absurda, si quando los enviamos á los estudios los tenemos mucho tiempo lejos de la patria; y si para que aprendan una arte mecánica, ú otra mas vil, sin permitirles volver á nuestras casas, les hacemos comer y dormir en casa de sus maestros; mas quando no han de aprender una ciencia humana, sino celestial y divina, al punto los llamamos, y los hacemos volver á nuestras casas, antes de conseguir lo que deseamos? El que aprende á correr por la cuerda está ausente de su casa mucho tiempo; ¿y los que han de aprender á volar de la tierra al cielo, los encerraremos en la casa

de sus padres? ¿Qué cosa mas absurda puede darse que esta? ¿No veis que los labradores, aunque deséen con ansia coger los frutos, nunca lo hacen antes de estar maduros.

Así no retiremos del desierto á nuestros hijos antes de tiempo; dexemos que las instrucciones se impriman fuertemente en sus espíritus, y que se refirman como las plantas bien arraigadas. Aunque sea necesario que esten en el monasterio diez ó veinte años, no lo llevemos á mal, ni nos aflijamos; porque quanto mas tiempo se exerciten, tanto mayores fuerzas adquirirán. Y aun si quereis, no prefijamos otro tiempo que el que es necesario para que los frutos lleguen á madurar; y que entonces, y no antes, vuelvan de la soledad. De nada sirve la precipitacion, sino para que los frutos nunca maduren. Porque el que pierde el alimento de la raiz antes del tiempo, ciertamente no será útil á su tiempo. Para que esto no suceda, suframos con paciencia la separacion, y no les obliguemos á volver; antes bien prohibamos que

vuelvan antes de tiempo. Entonces serán perfectamente útiles al padre , á la madre , á la casa , á la ciudad y á toda la nacion ; pero si vuelven imperfectos, serán ridículos, y despreciables, expuestos á la infamia, y dañosos á sí y á los demas.

Por tanto no causemos nosotros estos perjuicios ; porque quando enviamos los hijos á algun viage, no queremos verlos hasta que hayan concluido su comision. Si vuelven antes, estamos tan lejos de alegrarnos, que nos entristecemos, porque han hecho en vano su viage. ¿Cómo no será una grandísima necesidad no poner el mismo cuidado en las cosas espirituales que en las temporales ? En las seculares sufrimos la separacion de los hijos con tanta tranquilidad, que si se trata de alguna utilidad, deseamos que sea de mucho tiempo ; mas en las cosas espirituales , quando se apartan de nosotros , somos de un ánimo tan débil , y estamos tan abatidos , que con nuestra pusilanimidad perdemos muchos bienes, siendo así que tenemos muchas cosas que nos consuelan ; no tan solamente porque

van á buscar cosas mayores, y las han de conseguir, sin que haya nadie que ponga óbice á sus esperanzas, sino tambien porque la misma separacion no tiene nada de desagradable. Quando los hijos han emprendido un largo viage, ya no es fácil verlos, especialmente si los padres han llegado á la vejez; mas en el monasterio se les puede ver frecuentemente.

Hagamos pues esto: quando los hijos no pueden volver á nuestras casas, vamos nosotros á verles para gozar de su compañía, y de su conversacion, de lo qual sacaremos una grande utilidad, y gozaremos de mucho deleite; pues no solamente nos alegraremos con la vista de nuestros amados hijos, sino que despues de haber conseguido un gran fruto, nos volveremos á casa, y muchas veces nos quedaremos con ellos enamorados de la filosofía. Llamémoslos quando hayan adquirido fuerzas, y puedan ser útiles á los otros. Hagámoslos venir entonces á nuestras casas, para que la luz se haga comun, y se ponga la antorcha sobre el candelero. Entonces ve-

reis que hijos teneis, y quáles son los de aquellos que vosotros ahora llamais felices. Entonces vereis los frutos de la filosofía, quando curen las enfermedades incurables de los hombres, quando todo el mundo les celebrará, como los bienhechores comunes, los patronos, los salvadores de la patria, y como ángeles que conversan con los hombres, poniendo todo el mundo los ojos en ellos. Todo lo que hemos dicho no puede representarnos la cosa, como se ve por la experiencia, y por las mismas obras.

Esto convenia que los legisladores hubieran determinado, si hubieran hecho lo que se debia; y no contener con penas á los jóvenes que han llegado á la edad viril; sino que convenia instruirlos y doctrinarlos bien desde muchachos; y y no sería necesario despues usar de temores y amenazas.

Ahora hacemos lo que aquellos médicos, que nada dicen á los enfermos, ni manifiestan como deben curarse las enfermedades, y quando está ya desauiciado el enfermo, entonces recetan infinitos

remedios. Porque los legisladores nos empiezan á instruir quando ya somos perversos. Mas no lo hace así Pablo, sino que desde el principio, y desde la primera edad les pone maestros de virtud que cierran la puerta á todos los vicios. Esta es la disciplina mas excelente, no dexar que primero dominen los vicios, y despues buscar de qué modo se pueden extirpar, sino buscar todos los medios para que nuestra naturaleza no sea corrompida de la iniquidad; y así exhorto, que no solamente no se opongan á los que quieren hacer esto, sino que los reciban, que salven el barco, y en habiendo viento favorable, que los dexen navegar. Si todos fuésemos de este parecer, y omitidas todas las cosas, los llevásemos á la virtud, juzgando que esta era nuestra principal obligacion, y que lo demas era accesorio, se seguirían de esto tantos bienes, que si ahora hiciese mencion de ellos, se tendria esto por jactancia y ostentacion. Mas si alguno lo quiere saber, lo conocerá por las mismas cosas; y nos dará infinitas gra-

cias, y mucho mas á Dios, viendo que florece en la tierra aquella vida celestial; y que aun entre los infieles se cree la doctrina de los bienes futuros, y de la resurrección.

La prueba de que esto no es una vana ostentacion es, que quando les contamos la vida que hacen los que estan en los desiertos, nada tienen que oponer contra esta verdad, sino que insisten mucho sobre que los que viven de este modo son muy pocos. Mas si sembrásemos este fruto en las ciudades, y se estableciese por una ley fixa la buena disciplina, amonestando ante todas cosas á los hijos, que se hicieran amigos de Dios, y les diésemos principalmente, ó por mejor decir únicamente instrucciones espirituales, desaparecerian todas las calamidades, nuestra vida presente estaria libre de infinitos males, y no habria entre nosotros ni tristeza, ni dolor, ni gemidos, como se dice de la vida bienaventurada; porque si el deseo del dinero y de la vanagloria no ocupará nuestros corazones, no temeríamos la muerte ni la pobreza,

ni reputaríamos por daño los trabajos ni las miserias, sino por la mayor ganancia. No tendríamos odio ni enemistad con nadie, ni jamás nos dexaríamos vencer por los trabajos propios ni ajenos; en fin el género humano sería muy semejante al de los ángeles: ¿pero qué hombre, me dices, ha vivido jamás de este modo? Con razón no lo crees, porque vives en las ciudades, ni has leído los libros divinos. Si conocieras los que viven en los desiertos, y aquellos de quienes hablan los libros espirituales, no dudarias que los monjes, y antes de estos los apóstoles, y los justos del antiguo testamento, todos vivieron de este modo con la mayor diligencia y cuidado. Por no disputar, supongo que tu hijo se quede en el segundo ó tercer grado inferior á los primeros: ¿de cuántos bienes no gozará aun así? ¿Le privaremos acaso de su honor, porque no llegue á la perfección de Pedro, ni de Pablo, ni aun se acerque á ella? Es lo mismo que si dixeras no puede brillar como un diamante, pues que sea tan pesado como el hierro, y no

tan precioso como el oro y la plata. ¿Por qué en las cosas de este mundo no raciocinas de la misma manera, sino de un modo enteramente contrario? Porque quando lo envías á estudiar, no crees que será de los mas sábios, y no por esta causa lo apartas del estudio, sino que por tu parte haces lo que puedes, contentándote con que llegue, si no al sumo grado de la elocuencia, á lo menos al quinto, ó al décimo.

Quando destináis vuestros hijos á la milicia, no siempre juzgais que han de llegar á ser generales; y esto no obstante, ni los apartais de ella, ni les prohibís que vayan á la corte; antes haceis todo lo contrario, procurando que no se aparten de ella, satisfechos de que se queden entre los medianos. ¿En qué consiste pues que en las cosas del siglo, aunque no se haya de llegar á lo sumo, se trabaja por conseguir lo mediano, aunque esto no sea cierto; mas en las espirituales sois perezosos y pusilánimes? Porque teneis un gran deseo de conseguir aquellas; y mirais estas con mucha indiferencia: y por-

218 *Apología del estado monástico.*

que os avergonzais de confesar esto, buscáis excusas, y pretextos. Si lo quisierais verdaderamente, no hallaríais ningún obstáculo; porque la condicion de los hombres es tal, que si alguno desea alguna cosa con eficacia, aunque no pueda conseguirla toda, ni perfectamente, se contenta con una medianía ó con un grado muy inferior. Así el que ama el vino y los licores, aunque no pueda conseguir el vino mejor y mas suave, no desechará jamás el de la ínfima calidad. Y el avaro, aunque no pueda conseguir las piedras preciosas, ni el oro, no despreciará la plata, si se la ofrecen, antes bien dará muchas gracias. Tanta fuerza tiene la concupiscencia, tan tiránica es, que obliga á los que ella domina que lo sufran todo, y lo toleren con paciencia; y el que desea con ansia alguna cosa, hace todo lo que puede para que se consiga, y jamás pone impedimentos para esto.

Los que se presentan en los juegos olímpicos, aunque sepan que uno solo ha de vencer, no dexan todos de hacer esfuerzos, y fatigarse aunque hay mucha

diferencia entre aquellos y éstos combates, no solamente en quanto al fin de de ellos, sino en que en estos solo uno sale coronado; mas en aquellos la diferencia entre la primera, y la última condicion no consiste en que uno salga coronado, y otro no, sino en que siendo todos aclamados, los unos lo son mas que los otros. Finalmente si quisiéramos desde el principio instruir á nuestros hijos, ó entregarlos á los que lo quieren hacer, podría suceder que llegasen á ponerse de los primeros, pues Dios no despreciaría un ánimo tan pronto, y tanta aplicacion, sino que cooperaría para formar la imagen, y con tal auxilio es imposible que sea inútil nada de lo que se haga, ó por mejor decir, es imposible que no se llegue á la cumbre del esplendor y de la gloria, si nosotros hacemos lo que podemos; porque si las madres pudieron conseguir que Dios les ayudase para educar á sus hijos, mucho mejor lo podremos conseguir nosotros. Aunque pudiera traer muchos exemplos para confirmar esta verdad, no hablaré sino de una de ellas

por no alargar demasiado mi discurso.

Habia una cierta Ana, muger judía, que parió un hijo, sin esperanzas de tener otro, porque este lo habia tenido despues de muchas lágrimas y votos siendo estéril; y viendo que una émula suya la insultaba frecuentemente, no hizo lo que vosotros haceis; sino que habiendo parido el niño, solo lo tuvo consigo hasta el tiempo que le destetó; y destetado, como ya no necesitaba de leche, lo ofreció al Señor, no pidiéndole jamas que volviera á la casa de su padre, vivia siempre en el templo de Dios. Quando le quería ver, pues era madre, no le hacía venir á su casa, porque lo habia consagrado al Señor, sino que con su padre subia ella misma á verlo en el templo. Salió este niño un jóven tan esforzado y grande, que habiéndose apartado Dios de la nacion hebrea por sus muchas iniquidades, no dándoles sus oráculos ni vision alguna, por su gran virtud le aplacó, y consiguió que les concediera las mismas gracias que antes, y que les restituyera la profecía que les habia

quitado; y todo esto lo consiguió, no en una edad madura, sino siendo aún muchacho¹: "Pues no habia vision distinguiendo, y la palabra era preciosa." Sin embargo en este estado de cosas Dios le hablaba frecuentemente. Tan fútil es siempre dar á Dios lo que poseemos, despojándonos de todo, no solo del oro y de las posesiones, sino aun de los mismos hijos; porque si esto debemos hacerlo con nuestra alma, mucho mas debe hacerse con las demas cosas; lo qual habiéndolo hecho así el patriarca Abraam recibió su hijo con mucha mayor gloria. Entonces son principalmente nuestros los hijos quando los consagramos á Dios: mejor los dirigirá que nosotros, porque tiene mas cuidado de ellos. ¿No veis que esto sucede en las casas de los ricos? En ellas los siervos que se quedan en el lugar ínfimo con sus padres, ni son tan ilustres, ni tienen tanto poder; mas los que sus señores apartaron de la compañía de sus padres, destinán-

¹ I. Reg. III. 1.

dolos para su servicio , ó haciéndolos administradores de sus bienes les manifiestan mayor cariño, mayor confianza; y se distinguen tanto de los demás: consiervos como los señores de sus criados. Si los hombres manifiestan tanta benignidad y benevolencia con sus criados, mucho mas la tendrá Dios, que es la infinita bondad, con los que le sirven.

Dexemos pues que nuestros hijos sirvan á Dios llevándolos, no como Samuel al templo, sino al cielo con los ángeles y los arcángeles. Pues es manifestado que los que se dediquen á este género de vida le han de servir con ellos en el cielo, en donde con mayor confianza mirarán, no solamente por sí, sino tambien por vosotros. Porque si algunos hijos por causa de sus padres han gozado de algunos consuelos, mucho mejor los lograrán los padres por sus hijos; pues en aquellos solamente habia el título de padres que la naturaleza les dá, mas aquí habrá tambien el de la educacion, que es mas poderoso que aquel. Y esto lo vemos confirmado en las divinas Escrituras.

Dios promete en el libro cuarto de los Reyes , que por la virtud de David salvará al piadoso rey Ezequías , que por sus buenas obras no tenia esperanza de salir del gran peligro que le amenazaba.

“ Yo protegeré esta ciudad, dice Dios, y la salvaré por mí y por David mi hijo¹ ” ; y Pablo escribiendo á Timoteo le decía sobre los padres: “ Empero salvársehan engendrando hijos, si permanecieren en fé y caridad, en santificacion y modestia”². Á Job la Escritura le alabó, no solamente porque era justo, sincero y religioso con Dios , sino por el cuidado de los hijos. El qual consistia, no en allegar oro para hacerlos ilustres y gloriosos, ¿mas en qué cosa? Oye á la Escritura que lo dice: “³ Habiéndose concluido los dias de sus convites, Job enviaba, y los purificaba; y levantándose de mañana ofrecia por ellos un sacrificio segun su número por sus almas , y un ternero por el pecado.

1 IV. Reg. XIX.

2 I. Tim. II. 15.

3 Job. I. 5.

224 *Apología del estado monástico.*

„Porque decía Job en su corazón: no sea
„que mis hijos en su espíritu hayan pen-
„sado cosas malas contra Dios.” ¿Pues
qué excusa tendreis vosotros que cometeis
tales maldades? Porque si aquel que an-
tes de la gracia y de la ley, que no ha-
bia tenido ninguna instruccion, tuvo tan-
to cuidado de los hijos, que aun tembla-
ba por sus pecados ocultos, ¿quién nos
excusará á nosotros que vivimos en la
gracia, que tenemos tantos doctores,
tantos exemplos, tantas amonestaciones;
que no solamente no tememos por las co-
sas inciertas, sino que despreciamos aun
las ciertas; y no solo las despreciamos,
sino que arrojamos á los que quieren
enmendar estos yerros? Tambien Abra-
ham entre otras muchas acciones ilus-
tres hizo esta accion heróica.

Teniendo pues tanta multitud de
exemplos, preparemos para el servicio de
Dios unos criados buenos y fieles. Por-
que si los que crían y educan los atletas
para las ciudades, y los que exercitan
los hombres en las armas para servir al
rey, reciben tanta honra, quanta no es

justo que recibamos nosotros que criamos y educamos para el servicio de Dios á tantos y tan esforzados hombres, ó por decir ángeles?

Procuremos pues con todo el esfuerzo posible dexarles las riquezas de la piedad que permanecen y acompañan á los que salen de esta vida; y que no solamente nos aprovechan en este mundo, sino especialmente en el otro. Porque las riquezas seculares no acompañarán á los que salen de este mundo, antes bien perecen aquí, antes que nosotros, y muchas veces hacen perecer á los que las poseen. Mas las espirituales se conservan aquí, y en el otro mundo, y á los que las poseen les conservan en una gran seguridad. La cosa es tal, que el que prefiere las cosas terrenas á las espirituales, pierde unas y otras; mas el que desea las cosas celestiales, gozará tambien de las terrenas. No son estas palabras mías, sino del Señor, que es quien nos ha de dar estas cosas: "Buscad, nos dice, primero el reyno de Dios, y por añadidura tambien se os darán estas co-

P

„sas.” ¿Qué cosa hay que pueda igualarse con esta honra? Cuida, dice, de lo espiritual, lo demas déxalo á mi cargo. Como si un padre de familias que ama á su hijo, tomando sobre sí el cuidado de la casa, el gobierno de los criados, y de todo lo demas dixese á su hijo que se aplicase á la virtud, así lo hace Dios con nosotros.

Seamos pues dóciles, y busquemos el reyno de Dios, así veremos á nuestros hijos ilustres, y nosotros lo seremos con ellos, gozaremos de las cosas presentes, si tan solamente amamos las futuras, y las del cielo. Si obedecéis, mereceréis por esto una gran recompensa; mas si os resistís y no obedecéis, sereis gravemente castigados. Pues no podreis excusaros diciendo: “Nadie nos ha enseñado estas cosas.” Porque antes que yo os las dixera, no tenia lugar esta excusa. La misma naturaleza tiene una fuerza muy grande para discernir los bienes de los males; y esta filosofía se nos presenta por todas partes, siendo los males de esta vida por sí bastantes para arrojarnos al

desierto, y hacernos amar la soledad. Así aunque yo hubiese callado, no habia lugar á ninguna excusa. Y ahora mucho menos despues de haber escrito estos libros tan largos, y una exhortacion tan extensa, tomada de las mismas cosas y de las divinas Escrituras, que es mucho mas clara y mas sólida. Y aunque quedándose en casa, pudiesen absolutamente evitar su ruina, y conseguir á lo menos el grado último de salud, aun así no podriamos evitar las penas, si impidiésemos que hiciesen progresos en la virtud, y detuviésemos en el siglo á los que quieren volar al cielo. Mas como esto no pueda suceder, sino que sea necesario perecer, y exponer nuestra suerte eterna, ¿qué indulgencia, ni qué excusa podremos tener, si hacemos caer sobre nuestras cabezas, no solamente las penas de nuestros propios pecados, sino tambien las de los que nuestros hijos cometerán en adelante? Pues yo juzgo que ellos no han de sufrir tan graves penas por los pecados que despues cometerán, puestos en medio del torbellino del mundo, como

vosotros que los habeis puesto en esta necesidad. Porque si aquel que ha escandalizado á un parbulillo, debe ser sumergido en la mar con una muela de molino colgada en el cuello, ¿qué pena, y qué tormentos no estarán preparados contra aquellos que son tan crueles y tan inhumanos con sus hijos? Por lo qual os ruego, que dexéis de altercar, y que seáis padres de hijos filósofos. Y no digáis lo que muchos oigo que pretenden. ¿Y qué es ello? Viendo que no podian llegar al fin, por eso los hemos estorvado.

Aunque esto lo hubiérais previsto claramente, y no por congeturas; pues muchos de los que se creía que habian de caer, perseveraron; digo, que si ciertamente lo hubieras sabido de antemano, ni aun así debiais retraerlos de su propósito. Porque si nosotros viéramos algunos inclinados á caer, y empujándolos, los precipitasemos en su ruina, tan lejos estaría esto de servirnos de excusa, que antes bien serviría principalmente para nuestra condenacion. ¿Por qué no has permitido que por su pereza é indolencia

cayera , sino que adelantando su pecado con tu influxo , te has hecho culpable de él? Antes bien no debia permitirse que se cometiera , ¿pues por qué no has hecho quanto podias para que no cayera tu hijo? Así porque veías de antemano que habia de caer , y no lo has impedido , eres digno de mayor suplicio. El que prevee la caida de alguno , no debe precipitarlo , sino alargarle la mano , poner el mayor cuidado para que el que ha de caer persevere firme , que pueda , ó no pueda perseverar. Nosotros debíamos hacer todo lo que estaba de nuestra parte , aunque los demas no hubieran de sacar ningun provecho. ¿Por qué esto , y con qué fin ? Para que Dios no nos pida cuenta á nosotros , sino á los demas , como lo hacía así con el que habia recibido el talento , y no habia negociado con él ¹ “Por tanto te
”convenia dar mi dinero á los ban-
”queros , y viviendo yo , recibiera lo
”que es mio con usura.” Obedezca-

¹ Marh. XXV. 27.

mos pues al que así nos avisa , para que evitemos el suplicio. Pues no podremos engañar á Dios, como á los hombres; porque todo lo vé, hasta lo que pasa en lo mas secreto de nuestros corazones, y lo manifestará al público , y frecuentemente en las divinas Escrituras hace responsables á los padres de la conducta de sus hijos. Si el que no depositó su dinero fué castigado con penas tan graves, ¿qué no sufrirá el que impidió á los que querían depositarlo? No solamente sereis castigados vosotros, si con vuestros consejos deteneis á vuestros hijos en el siglo, sino que sufrirán la misma pena los que quieran impedirles, que se retiren á los montes, resistiendo generosamente á la violencia que les haceis.

Como los que exhortan los demas hombres á seguir la virtud , que les persuadan, ó no, recibirán la recompensa debida, porque han hecho quanto estaba de su parte; así el que ha querido perder á alguno, que lo haya conseguido, ó no, sufrirá su suplicio, porque hizo todo lo que pudo para este fin. De la misma manera aun-

que no hayais podido derribar la constancia generosa de vuestros hijos, sufriréis las mismas penas por los esfuerzos que habeis hecho, que los mismos que los derribaron. Considerando pues todas estas cosas, y dexando aparte todas las cavilaciones, procuremos ser padres de hijos generosos, de edificar templos vivos de Jesucristo, ser curadores de los atletas celestiales, ungiéndolos, levantándolos, proporcionándoles todas las comodidades para que en el cielo seamos participantes de sus coronas. Pero si insistís en oponeros á la resolucion santa de vuestros hijos, venciendo ellos con su constancia la resistencia que les haceis, llegarán á esta filosofía, y gozarán de todos los bienes, y cargareis sobre vosotros un peso inmenso de tormentos; y entonces confesareis y alabareis la verdad de nuestras exhortaciones, quando de éstas alabanzas y confesion no os ha de resultar ninguna utilidad.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

APOLOGÍA

DEL ESTADO MONÁSTICO.

LIBRO CUARTO.

Comparacion del poder, riquezas y excelencia real con un monge que vive exáctamente conforme á la verdadera filosofía cristiana.

Quando considero que la mayor parte de los hombres encantados con los bienes imaginarios los estiman mas que los sólidos y verdaderos, me parece necesario hablar brevemente de entrambos, comparándolos entre sí para que conocida la diferencia que hay entre ellos, estimemos los que son dignos de nuestros cuidados y diligencia, y capaces de sal-

varnos, y miremos con desprecio los que son indignos de nuestra estimacion.

Se estiman mucho en el mundo las riquezas, las dignidades, el imperio y la gloria; y el vulgo tiene por felices á los príncipes, que presentándose en público en carros magníficos, acompañados de gran número de criados y de guardias, gozan de los aplausos del pueblo; mas la vida de los filósofos, y de los que han elegido vivir en los monasterios se mira con desprecio y con indiferencia. Luego que aquellos se ven, todos fixan en ellos sus ojos; mas por el contrario, nadie quiere mirar á los monjes, y á los que son verdaderamente filósofos quando se presentan en público. Son muy pocos los que quieren imitarlos, mas casi todos quisieran ser semejantes á los príncipes y poderosos; no obstante de que es muy difícil y casi imposible conseguir el imperio, y llegar al trono, y para muchos aun conseguir el gobierno de una provincia; porque son menester muchas riquezas para sostener esta dignidad con el esplendor

conveniente ; mas consagrarse al servicio de Dios, y elegir la vida religiosa á todos les es muy fácil y conforme á sus inclinaciones. Á esto se agrega que la posesion del principado se acaba con la vida, y á no pocos les puso muchas veces en peligro de perderla con mucha ignominia. La vida monástica despues de haber llenado á los justos de muchos bienes en este mundo, los envia despues de la muerte alegres y adornados de muchos méritos y virtudes al tribunal de Dios, el Padre, al tiempo que muchos de los que han tenido el principado sufren grandes penas por los pecados que en su vida cometieron. Así comparando los bienes de la filosofía con los bienes aparentes de esta vida, es á saber, con el principado y la gloria, podremos conocer facilmente la diferencia de ellos ; y si os parece comparando solamente el mayor de todos los bienes, que es el principado con la filosofía veremos los frutos que resultan de ellos, los quales conoceremos exâctamente considerando á quien manda el rey, y á quien el filósofo. El rey

tiene el imperio de muchas ciudades, provincias y naciones, gobernando con la mas leve insinuacion de su voluntad á los generales y prefectos, á los exércitos, al pueblo y al senado; mas el que se ha consagrado al servicio de Dios, y ha elegido la vida solitaria, manda á la ira, á la envidia, á la avaricia, á los deleites, y á todos los demas vicios, considerando y meditando siempre de qué modo tendrá libre su ánimo de estos afectos obscenos, y su razon de la servidumbre de una tiranía amarga, teniendo su pensamiento superior á todas las cosas terrenas, y dominando el temor de Dios sobre todos los afectos.

Tal es el imperio y el principado que tienen el rey y el religioso; de manera, que con mayor razon puede llamarse rey el religioso, que no el que vestido de púrpura, teniendo un cetro en la mano, y una corona brillante en su cabeza, está sentado en un trono de oro. Porque verdaderamente aquel es rey que domina la ira, la envidia y los deleites; y obrando conforme á la ley de Dios,

conserva su espíritu libre; y no permite establecer en su corazón el imperio de los deleites. Real y verdaderamente veríamos con el mayor gusto un hombre de este carácter sentado sobre el trono, dominando y dando leyes á la tierra, á las ciudades, á los pueblos y á los ejércitos. Pues el que ha sabido establecer el imperio de la razón sobre sus afectos, fácilmente gobernará á los hombres con las leyes divinas; y todos los súbditos le tendrán en lugar de padre, conversando él mismo con la mayor mansedumbre con todos los ciudadanos. Mas aquel que dominando á los hombres es esclavo de la ira, de la ambición y de los deleites, primeramente por la misma razón que lleva la corona de oro entretejida de piedras preciosas, puede parecer ridículo y despreciable á sus súbditos, porque no está coronado por la corona de la templanza. Todo su cuerpo resplandece con la púrpura; pero su alma está sin ningún adorno. Además que no sabrá como gobernar el imperio; pues el que no sabe gobernarse á sí mismo ¿cómo sa-

brá gobernar con las leyes á los demas?

Si quieres ver la guerra que entrambos hacen , hallarás que el uno pelea con los demonios, les vence y les domina , y recibe la corona de Jesucristo , porque viene á la batalla con el auxilio divino, armado con las armas celestiales; de manera, que es preciso que consiga la victoria. Mas los reyes no combaten sino con los bárbaros. Siendo pues infinitamente mas terribles los demonios, que los hombres, es evidente que el que vence á aquellos es mucho mas ilustre que el que consigue la victoria con estos otros. Si quieres considerar la causa de entrambas guerras, hallarás ciertamente mucha desigualdad. El uno pelea con los demonios por la piedad, y por el culto de Dios, deseando librar del error las ciudades y los pueblos ; mas el otro hace la guerra con los bárbaros para defender sus pueblos, los límites de su imperio, ó los bienes usurpados, excitados de la avaricia ó del deseo de un principado injusto; y así sucede muchas veces que algunos príncipes deseando extender los límites de su

imperio, perdieron el que tenían. Por lo qual el principado y las guerras, nos manifiestan bien claro, quanta diferencia hay entre el rey y los solitarios que se consagran al culto de Dios. Para conocer mejor esta diferencia, no hay mas que considerar con atencion, y comparar su vida y sus acciones. Al religioso lo hallaremos conversando con los profetas, y llenando su alma de la sabiduría de Pablo, pasando de continuo de Moysés, á Elías de éste á Juan, y de éste á alguno otro de los profetas ó apóstoles; mas el rey está conversando de continuo con los prefectos, los generales, los centuriones y los soldados.

El uso nos hace ver que nuestras costumbres son semejantes á las de aquellos con quienes vivimos. El que vive en la soledad arregla su ánimo por el modelo de los profetas y de los apóstoles; mas el rey forma sus costumbres por las de los generales, de sus capitanes, de sus soldados y de sus guardias, hombres dados al vino y á los deleites, los quales emplean una gran parte del dia en

beber ; y el vino no les dexa aprender nada que sea honesto y útil. Por esta razon es preciso confesar que la vida religiosa es mas feliz que la de los que viven en el principado, la soberanía y los cetros.

Si quisiéramos exâminar el tiempo de la noche , veríamos ocupado al religioso en el culto de Dios y en las oraciones, cantando antes de la aurora, y viviendo con los ángeles, hablando con Dios, y gozando de los bienes celestiales. Mas el que manda á muchos pueblos, á muchas naciones, á y los exércitos, extendiendo su imperio por la tierra y por la mar, está tendido y durmiendo en su cama, pasando de este modo muchas horas y perdiendo el tiempo inútilmente. El religioso se sirve de alimentos sencillos y frugales que no exigen un sueño muy profundo; pero el soberano está adormecido con las delicias de la comida y de la bebida, teniéndolo atado en su lecho, hasta que ha amanecido, y es de dia. El religioso tiene el vestido y la mesa moderada, y los

que viven con él se exercitan en las mismas virtudes: el rey es preciso que se presente en público con un vestido soberbio, adornado de piedras preciosas y de oro: que tenga una mesa espléndida; y si es imprudente, come con personas dignas de su necedad; mas si es sábio y templado, no tendrá en su compañía sino hombres buenos y justos; pero muy inferiores en virtud á los que hemos dicho. Y así por mas que sea filósofo el rey, no puede de ningun modo compararse con el monge, ni acercarse, sino muy remotamente á su virtud.

El rey casi siempre incomoda á sus súbditos: quando hace viages es gravoso: quando vive en la capital en tiempo de paz ó de guerra: quando cobra los tributos: quando forma los exércitos: quando triunfa de sus enemigos, y quando es vencido. Porque si es vencido las desgracias y los males de la guerra caen sobre el pueblo; mas quando es vencedor, es intolerable, adornándose con trofeos, y llenándose de orgullo, dando licencia á los soldados para robar, saquear, in-

juriar á los viageros , sitiar las ciudades, devastar las casas de los pobres exigiendo de los que los han recibido en ellas lo que ninguna ley permite , por mas autorizado que esté con alguna costumbre antigua, iniqua é injusta. Entretanto el rey no daña á los ricos con estos males, sino solamente á los pobres, como si verdaderamente temiera á los ricos, y los respetára. No sucede así con el monge, el qual luego que se presenta en público, hace algun regalo á los ricos y á los pobres, mostrándose igualmente liberal con todos, no usando en todo el año sino de un vestido, bebiendo el agua con mas gusto, que otros el vino generoso: no pide á los ricos ninguna gracia para sí, ni grande, ni pequeña; mas pide frecuentemente muchas para los pobres, las quales son útiles á los que las dan, y á los que las reciben. Y así es el médico comun de los ricos y de los pobres, librando aquellos de sus pecados con sus buenas amonestaciones, y á estos de su indigencia. Quando el rey modera los tributos, sirve mas á los ricos que á los

Q

pobres. Quando hace lo contrario, perjudica á los que tienen pocos intereses, porque al rico poco daño le hace el peso de los tributos, mas destruye como un torrente las casas de los pobres, y llena todos los pueblos de lágrimas y gemidos; porque los que cobran los tributos, ni se compadecen de la vejez, ni de la viudedad, ni de la orfandad de los hijos, no poniendo fin á su desvergüenza y orgullo: son los enemigos del pais, exigiendo del infeliz labrador lo que nunca produjo la tierra.

Exâminemos ahora los beneficios que distribuyen los reyes y los religiosos. El rey da el oro, el monge la gracia del Espíritu Santo. Aquel quando es bueno enriquece al pobre, mas este libra con sus oraciones las almas oprimidas con la tiranía del demonio; y si alguna se halla en semejante calamidad, sin hacer caso del rey, se acoge á la habitacion del monge, como los que amedrentados con la vista del lobo huyen precipitadamente ácia el cazador que lleva las armas en la mano. Las oraciones son para el monge,

lo que la espada es para el cazador, y no temen tanto los lobos las armas de estos, como los demonios las oraciones de los justos. Y así no solamente, nosotros nos acogemos á los santos, quando nos obliga la necesidad, sino que los mismos reyes en los tiempos calamitosos imploran la proteccion de los religiosos, y acuden á ellos como los pobres en tiempo del hambre á la casa de los ricos.¹ Achab, rey de los judíos, afligido del hambre y de la carestía, ¿no puso toda su esperanza en las oraciones de Elías? Ezequías que ocupaba el mismo trono y el mismo imperio, enfermo, y en las agonías de la muerte que iba á arrebatarle, se acoge al profeta como mas poderoso que la muerte, y capaz de conservarle la vida². Encendida la guerra, puesta la Palestina en peligro de ser enteramente destruida, los reyes de los judíos, dexando el ejército, los infantes, los sacerdotos, los caballos, los generales y los centu-

¹ IV. Reg. XX. 1.

² III. Reg.

riones se acogieron á las oraciones de Eliseo; pues tenian por cierto que el siervo de Dios sería mas poderoso que infinitos ejércitos. Tambien el rey Ezequías en la guerra contra los persas, quando estos amenazaban destruir la ciudad, temblando y temiendo los ciudadanos que estaban sobre las murallas, y conmovidos como suelen estarlo los hombres á la vista de un gran terremoto, ó de un trueno horroroso, que todo lo hacen estremecer, opuso á las innumerables tropas de los persas las oraciones de Esaías, y no se engañó en sus esperanzas. Porque tan pronto como el profeta levantó las manos al cielo, luego al punto arrojando Dios saetas desde el cielo contra los persas, acabó en un momento la guerra: enseñando de este modo á los reyes que deben apreciar á los ministros del Señor, como que ellos son los que salvan el mundo, y conservan los imperios, y aprendan por las exhortaciones de los justos á hacer el bien en todas las cosas, á respetar sus consejos, y obedecer á sus santas amonestaciones.

La diferencia que hay entre el rey y el monge la podemos conocer, no solamente por lo que dexamos dicho, sino aun mejor por el modo que sufren las desgracias que padecen. Si el uno pierde la virtud, y el otro el reyno, el monge fácilmente vuelve en sí, y recobra enteramente su estado antiguo, borrando sus pecados por las oraciones, las lágrimas, la tristeza y el cuidado de los pobres. Mas el rey arrojado de su trono, para recobrarle necesita de muchos auxiliares, de muchos soldados armados, de caballos, dinero y exponerse á mil peligros. Finalmente la esperanza de su salud está puesta en los otros, y su suerte depende del capricho de muchas gentes y armas: el monge si quiere, si lo desea, si muda de propósito, recobra muy pronto su salud¹; pues el reyno de los cielos, nos dice, está dentro de vosotros.

El rey mira con horror la muerte, mas el religioso con mucha tranquilidad. Pues el que desprecia las riquezas, los

deleites y las delicias, por cuya causa muchos desean vivir, es necesario que no sienta mucho salir de este mundo. Si sucede que uno y otro sean asesinados, el religioso se expone á los peligros por la virtud y la piedad, con el fin de conseguir por su muerte la vida inmortal, y entrar en el reyno de los cielos ; mas el rey perderá su vida á manos de algun tirano , ó de alguno que quiera sentarse sobre su trono : espectáculo miserable, y aun horroroso despues de su muerte; mas ver á un monge que ha muerto por la piedad , es un espectáculo agradable de mucho consuelo y utilidad , envidiando todos los que han sido testigos de ella su suerte, deseando ser sus discípulos, é imitar sus virtudes; pero el rey en vano hará largas oraciones, pidiendo á Dios que no haya nadie que desee el reyno. Ademas de esto no habrá nadie que se atreva á matar á un monge , considerando esta accion como una horrible impiedad cometida contra Dios , y por el contrario al rey intentan matarle muchos que desean subir al trono. Por lo qual el uno

tiene soldados para la guardia de su persona, y el otro defiende las ciudades con sus oraciones, como con un muro impenetrable. Los religiosos no temen á nadie, porque son pobres: el rey vive en un continuo sobresalto, temiendo ser acometido en todos los momentos por los que desean quitarle sus riquezas y el trono.

Por tanto me parece que he hablado bastante de los bienes de esta vida. Si quisiéramos hacer un exámen del estado futuro del religioso y del soberano, veremos que aquel resplandeciente y lleno de gloria es arrebatado entre las nubes para salir á recibir á Jesucristo, que es la guia y el maestro de esta vida saludable y de todas las virtudes. Mas si el rey ha gobernado su imperio con justicia y humanidad, lo que rara vez sucede, tendrá menos grados de gloria y de honor, y así no será igual la suerte de un buen rey, y la de un religioso que pone todo su cuidado en el servicio del Señor. Pero si fué un rey injusto y perverso que llenó de males la tierra, ¿quién será capaz de contar las calamidades que sufri-

248 *Apología del estado monástico.*

rá, porque será quemado, azotado, atormentado, y sufrirá tormentos, que ni pueden explicarse con las palabras, ni realmente tolerarse. Por lo qual instruidos y convencidos de todas estas cosas, no miremos con envidia la suerte de los ricos, pues hemos demostrado que la condicion del soberano es sin comparacion inferior á la de los religiosos. Y así quando vieres á un rico con un vestido magnífico bordado de oro, y en un coche soberbio, no le llames feliz. Porque todas las riquezas temporales, y todo lo que parece en este mundo que es un bien, todo se pierde con la vida. Mas quando veas á un monge solo, humilde, manso, quieto y pacífico procura imitar su filosofía, y pide á Dios la gracia de ser semejante á este justo. Pedid, nos dice, y se os darán los bienes verdaderos, saludables y permanentes por la benignidad y misericordia de Jesucristo, de quien sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amen.

Fin del 4.º libro de la apología de los monges.





